una novela

¿qué pasa con baum?

Alianza voces

de woody allen

Woody Allen

¿Qué pasa con Baum?

Alianza editorial

¿qué pasa con baum?

una novela

de **woody allen**

Alianza editorial

A mi maravillosa esposa Soon-Yi.
¿Dónde aprendiste eso?

Últimamente, Asher Baum había empezado a hablar solo. No se trataba de esos murmullos ocasionales de alguien que intenta aclararse las ideas o tranquilizarse ante una tarea abrumadora. Tampoco andaba sumergido en delirantes ajustes de cuentas con figuras imaginarias del pasado o del presente. En tal caso estaría loco de remate, y no había llegado a ese extremo. Al menos no del todo. Quedaba descartado además que esas conversaciones indicaran demencia precoz, ya que tenía cincuenta y un años, estaba en buena forma, con una memoria ágil y antecedentes familiares limpios de diabluras cognitivas. Los consejos de sus médicos se reducían a no pasarse con la sal, usar protección solar y seguir con lo que ya hacía en la cinta de correr. Si de algo padecía, era de ataques de pánico hipocondríacos, en los que veía el abismo en cada lunar, tos y padrastro. Y peor aún, también en cada canción, flor y arcoíris. Cuando Baum se miraba en el espejo, se identificaba con un chucho inteligente, un cruce entre los ojos tristones de su padre, la nariz semítica de su madre y las angustias de su propia cosecha. El cabello abundante aunque disperso y las gafas Foster Grant de montura negra le conferían un aire intelectual. De haberse dedicado al cine, habría interpretado papeles de psiquiatra, profesor, científico o escritor, y precisamente este último era su oficio. Ante ese mismo espejo no dejaba de reparar en unos cuantos hilos plateados que se presentaban aquí y allá, y que percibía como una señal que auguraba no ya la sabiduría sino, con esa suerte suya, un andador de aluminio.

A medida que se desvanecía el verano, Baum comenzó a dar paseos por las treinta y tantas hectáreas de césped y bosques silvestres que rodeaban el gran estanque, frente a la casa de campo suya y de Connie, o mejor dicho, la casa de campo de Connie. Durante esos paseos, hablaba consigo mismo de diversos asuntos trascendentales. Recorría la parte más alejada del estanque, en el límite con el bosque, inmerso a menudo en

animadas discusiones internas sobre cualquier problema acuciante. Incluso dentro de casa, cuando no había nadie, le daba por conversar de repente si sentía la necesidad de comunicarse, de desahogarse. Al fin y al cabo, reflexionaba, ¿con quién más puedo hablar? ¿Hay alguien que sea igual de amable, de agradable y atento, de leal e íntegro? Sí, íntegro y, sobre todo, comprensivo. ¿Hay alguien dispuesto a escucharme de verdad, con un poco de empatía y consideración? ¿A alguien le preocupa lo más mínimo que me sienta como si empujara una roca cuesta arriba por una montaña? Y si llego a la cima, ¿qué es lo que tengo? Una roca en una montaña. Estupendo. Así pues, tanto esfuerzo, ¿para qué?

Últimamente, Baum se enfrascaba cada vez más en esta clase de discusiones consigo mismo. Algunas bastante acaloradas. Pese a ello, proseguía, ¿quién va a comprender, aparte de Asher Baum, la envergadura de mi sufrimiento, la gravedad de mis preocupaciones? A quién voy a contar mis dudas más persistentes sin que desconecte a los dos minutos y me suelte un «basta de dar la tabarra, Asher, ya está bien. Todos tenemos problemas». Y sin embargo, tan solo quiero entender mejor este estado de agitación en el que habito por rutina. O no, quizás se trate de algo más. Quizás lo que quiero es encontrarle sentido a la vida, a la de mis semejantes. A todo, al tinglado entero.

Con sus escritos, Baum quería ordenar el caos y la amarga verdad que nublaban cada amanecer de la especie humana. Tiempo atrás, le había declarado la guerra al trueno de Auden que suena lejano en un pícnic[1]. Creía que, como novelista, libraría mejor esa batalla contra la condición humana mediante la escritura de obras literarias que consiguieran despertar emociones. Tenían que ser obras geniales, pensaba, porque la noche es profunda y el enemigo está al acecho y dispuesto al juego sucio.

Desde el principio descartó afrontar aquella lucha como un simple periodista que se limita a informar sobre las vicisitudes mundanas de la realidad. La ficción, opinaba, era más real que la realidad, más capaz de aproximarse al alma y explicar la puñetera verdad de lo que nos rodea. Por el amor de Dios,

¿hay aquí algún responsable? Quería que sus libros tuvieran impacto, cambiaran la mirada de la gente, y para ello había de tenerlo todo previsto. No quería arrastrarse como un condenado al otro mundo sin haber escrito, por lo menos, unos cuantos libros que allanaran el camino a los demás. Estaba empeñado en no dejar una lápida que dijera: «Aquí descansa Asher Baum, ¿y qué?».

Con su mujer ya no podía hablar. Al menos no de los asuntos que le preocupaban en serio. Hay demasiada hostilidad con Connie, demasiados enfados, demasiadas decepciones. Ya no tiene paciencia con mis quejas, pensaba. Catorce años que habían empezado con cenas románticas y flores terminaron por llenarse, gota tras gota tras gota, de sueños rotos y cosas dichas sin vuelta atrás, hasta formar una masa crítica a punto de explotar. Es cinco años más joven que yo, estimó. Y todavía con esa belleza, todavía con ese atractivo, todavía con ese instinto afilado, que tanto le había cautivado en su momento, para ir directa a la yugular. Es normal, Drácula tenía su instinto para la yugular, solo que ahora la yugular en cuestión era la de Baum. Supongo que, en cierto modo, todavía quiero a esa criatura compleja, ese ejemplar purasangre, pero ya no hay manera de hablar con Connie. Imposible sin que se ponga de los nervios. Tampoco puedo hablar con mi hermano Josh, dado que se acuesta con ella. O se acostó una vez. O creo que lo hizo. No estoy seguro. Tengo la sensación de que hemos dejado de conversar con naturalidad y, aunque lo quiero, no confío en él; y como no voy a desvelarle el motivo de la desconfianza porque le sentaría mal, no podemos hablar. A ver, hablamos, pero no con el corazón en la mano. Al menos, yo no con el mío. ¿He dicho que creo que se acostó con Connie? Ah, sí. Estupendo. Esto ya es el colmo, empezar a repetirme. Lo que me faltaba. Tampoco puedo hablar con mi primera mujer, Nina. Me sentiría muy culpable. Fui un *meshugganah* de cuidado y ella era un cielo. Con Nina se manifestaron mis primeras muestras de comportamiento irracional.

Baum se había casado a los veintiún años, con muchas ganas de independizarse del hogar paterno y dar sus primeros pasos en el periodismo. Se enamoró de una preciosa estudiante

de Barnard, Nina Glass, que además tenía una hermana gemela idéntica. El caso es que, tras dos meses de matrimonio, se enamoró de la hermana, Ann. Digamos que lo que vino después no fue precisamente una comedia de Shakespeare, sino una experiencia que ocasionó a Nina un inmenso sufrimiento, y a Baum, una mezcla de confusión, culpa y desprecio hacia su propia persona. Consultó a un psicoanalista, que buscó la respuesta en los sueños de Baum, pero lo que funcionó con José y el Faraón no se activó en aquella salita con diván de la calle Sesenta y ocho Este. Perdió el rastro de las gemelas, pero estaba tan avergonzado que, si volviera a coincidir con alguna de las dos, sabía que no abriría la boca. Hacía tiempo que había renunciado a los psiquiatras, porque la terapia únicamente resulta efectiva si uno quiere cambiar, y lo único que quería cambiar Baum tras cada sesión era de terapeuta.

Tampoco podía hablar con su segunda mujer, Tyler. Para empezar, porque vivía en Nueva Zelanda; pero, más allá de la distancia, porque le había abandonado por un batería de rock que, de muy joven, se había hecho inmensamente rico y se había retirado a los treinta años para comprarse una granja en Walter Peak y dedicarse a la cría de ovejas. Fue un golpe tremendo para Baum, quien hasta entonces solo había acudido a un psiquiátrico de visita. No quería saber nada de Tyler ni pensar en ella, pese a que en ocasiones se le venía a la cabeza, sobre todo en las tardes de lluvia.

Y ya está. No había nadie capaz de comprender a Asher Baum excepto Asher Baum. Ningún psiquiatra, ninguna ex, ningún amigo, todos se habían alejado con los años. Nadie con quien entenderse salvo con él mismo.

Mientras caminaba por el jardín, se metió la mano en el bolsillo y sacó la cajita de anticuario que, siglos atrás, había contenido polvos para provocar refinados estornudos. Qué tontos son a veces los mortales, pensó. Estornudar por placer. La caja contenía ahora Nexium para aliviarle el ardor de estómago, un Xanax y un Ativán. Lo único que echaba en falta, bromeó, era una cápsula de cianuro.

Se tomó un Nexium tras finalizar el paseo por la parte del estanque donde había mantenido una acalorada discusión

respecto a la tibia acogida de su última obra. Alguna vez había probado suerte con el teatro, en salas improvisadas del off-Broadway, y le había parecido aún más difícil que la novela. Denso y aleccionador, había sentenciado la prensa. Las mismas críticas que obtuvo por su novela. Moralizante, se dijo. Llegó a la conclusión de que las críticas, por muy bien escritas y llenas de ideas sofisticadas que estuvieran en apariencia, siempre se reducían a la mera opinión.

Estaba en racha con su escritura, aunque por desgracia era una racha cuesta abajo. Su último libro recibió muchos varapalos, igual que el anterior, que trataba sobre un hombre y una mujer que se enamoran en un campo de concentración, consiguen mantener un apasionado romance, se exponen a la muerte y la tortura a lo largo de tres años de encuentros clandestinos y al final, cuando son liberados, ella lo deja con estas palabras: «Estuvo bien mientras duró, pero en el fondo no eres mi tipo». El libro cosechó escasos elogios. Muy pocos se molestaron en leerlo, y entre quienes lo leyeron, la mayoría ignoró la sátira y lo vapuleó por tomarse el Holocausto a la ligera. Ese año probó la meditación, pero era incapaz de pensar en nada más que en las reseñas.

Con mal sabor de boca tras la última conversación consigo mismo sobre la muerte del teatro, Baum regresó a la casa, una construcción moderna de estilo colonial bastante lograda, salvo por los amplios ventanales de vidrio, que habrían maravillado a los Padres peregrinos si a su decorador se le hubiera ocurrido ponerlos. Los ventanales ofrecían una vista privilegiada del estanque, repleto de ranitas y adorables pececillos, y de los fabulosos bosques de Massachusetts, cubiertos por arces rojos y abedules. A Baum no le gustaba nada el campo y prefería contemplar la salida del sol en Beekman Place antes que cualquier encanto de la América rural. Sin embargo, ahora que las plantas de otoño estaban en plena floración, reconocía que los ásteres, pensamientos y crisantemos alegraban la vista, aunque no tanto como el salmón ahumado y los bollos del puesto de Barney Greengrass. En invierno, la escena cubierta de nieve parecía un cuadro de la Abuela Moses[2], una pintora que le cautivaba pese a los motivos de sus obras.

A Baum siempre le había resultado molesto el campo y todo lo que implicaba: las garrapatas y las arañas; los mapaches, muy monos pero transmisores de la rabia; las hiedras venenosas; el sonido de los grillos y las cigarras. No le gustaba nada estar aislado, ni el silencio fantasmal, ni la oscuridad de la noche. De acuerdo, experimentar en la vida real un paisaje de Constable te deja boquiabierto, pero solo durante unos seis minutos. Estaba bien para un rato, pero después de los ooh y los aah, había que volver a la civilización. Librerías, tiendas de discos, salas de cine. Le encantaban aunque casi todas habían desaparecido. Pero, en serio, ¿a quién le va eso de vivir en un sitio donde tienes que ir con linterna para dar un paseo después de cenar? Vale, las estrellas, libres de las luces de Broadway, eran dignas de admiración, con ese brillo en la infinita inmensidad, pero a Baum le causaban espanto. Esas abrasadoras esferas de gas caliente, tan enormes, tan lejanas. Madre de Dios, pensar en esas cifras, todo medido en años luz. Y todo ese descomunal *megillah* de pedruscos gigantescos que se desplazan a lo loco de forma violenta. ¿Qué es lo que pasa allí arriba? Ya puedes encomendarte a las estrellas, que nunca te concederán el más mínimo deseo, por pequeño que sea. Baum pensaba que el crimen y la violencia de las calles eran un mero *bupkis* en comparación con lo que sucedía en el cielo nocturno. Recordaba una vez, en una tienda, en que los ladrones cogían lo que querían sin pudor, con todo el mundo quieto y el guardia de seguridad paralizado ante el cañón de una pistola, una de esas Glock que abundan en Nueva York. Aun así, en la ciudad hay lugar para la esperanza y uno cuenta con ciertas opciones. Hay gente, hay coches de policía, buenos samaritanos y conserjes. Si estás solo en una casa de campo y aparece un coche a las tres de la mañana, la próxima persona en acudir será la señora Fletcher[3].

Evidentemente, ninguna de estas zozobras le quitaban el sueño a su esposa, Connie. Ella estaba a salvo de angustias gracias a una infancia llena de cariño, su buena apariencia, una inteligencia elevada y el respaldo de una fe en «algo más grande», que, según decía siempre Baum, era el dinero de su herencia familiar. Contemplarla cuando se recuperaba de la

carrera matutina, una hermosura de mujer, alta y altiva, de piel clara, pelo negro azabache, ojos oscuros. Solo hay que pensar en la reina malvada de *Blancanieves,* antipática, pero también sexi.

«Este fin de semana viene Thane y se trae a su novia. A ver si no desconectas en las conversaciones. Me alegro de que vaya en serio con esta chica».

«¿La conozco?».

«Tú no, pero yo sí. La habrías conocido si hubieras venido a la presentación de su libro».

«Estaba con fiebre».

«Y un cuerno. Le tienes envidia, pero podrías haber aguantado una hora sin más».

«Connie, ¿no podríamos…?».

«Ya está, no se hable más. Es una chica encantadora, y de todas las que ha traído a casa, esta me parece perfecta para él».

«De acuerdo».

«Y el viernes vendrá un equipo de filmación. Van a hacer un reportaje sobre él y su libro. Menudo éxito está teniendo. No sé si te había dicho que ha superado los treinta y cinco mil ejemplares. ¿Te haces una idea de lo que supone eso para ser su primera novela?».

«Quería escribir un poco este fin de semana. ¿Tenemos que aguantar que vengan a filmar?».

«Basta de quejas. Igual nos entrevistan, así que empieza a pensar lo que vas a decir. Te obligas y listo. Y no sueltes tus comentarios de que solo tengo ojos para Thane ni tus chistecitos sobre Yocasta».

Connie. Constance. Connie y Thane. Le encantaba el nombre de Constance. Era de otra época. Anticuado, pero con un cierto toque moderno. El bombón de cabello de ébano, fruto de dos judíos no practicantes de Beverly Hills. Malcriada y caprichosa, claro está. El papá era el gran agente Ben Lister, y la mamá, la antigua actriz de cine Holly Neal. Holly había sido de joven una intérprete despampanante que no llegó a triunfar. Al final se cansó de recibir palos en todos los *castings,* tiró la toalla y se pasó al sector inmobiliario; dejó atrás el mundo del cine para vender castillos franceses, casas de adobe de estilo mexicano y

villas italianas, construcciones situadas unas al lado de otras en Sunset Boulevard. Alquilaba casas en las que habían vivido personalidades como Clark Gable, Katharine Hepburn, y tal vez Esther Williams, a estrellas de veintiún años con salarios astronómicos que le aportaban jugosas comisiones. Fue con la venta de mansiones como conoció a Ben, al ofrecerle una residencia en Malibú con piscina y pista de tenis.

Connie, que era hija única, se crio rodeada de famosos, de niños con fiestas de cumpleaños temáticas, que veían las películas de estreno en salas de proyección en casa, y a los que no soportaba. Así que se fue a la Costa Este para matricularse en Harvard. Se casó con un cirujano oftalmólogo muy renombrado en Boston y el matrimonio duró cuatro años. Acto seguido apareció el arquitecto Philip Dunn, un genio neurótico al que conoció en Londres y con quien vivió casada durante algunos años en la zona de Cotswolds. A Connie le gustaban mucho el campo y la naturaleza, los techos de paja, los huertos y los hombres brillantes. Tuvieron un hijo, y cuando el escenógrafo Damian Bass, un amigo de la familia de Philip, sugirió que lo llamaran Thane, les encantó. Se trasladaron a Nueva York, allí tuvo una aventura con Damian Bass que supuso el fin de su matrimonio, Dunn regresó con sus manías y rarezas a Londres, y ella se quedó con la casa que habían comprado en Massachusetts, a unos kilómetros de Great Barrington. Pese a la ruptura, mantuvo la amistad con su ex, si bien casi nunca se veían.

Connie tenía otra vivienda en Manhattan, pero pasaba la mayor parte del tiempo en el campo. Le atraía la idea de llegar a ser la mujer de un genio tremendamente creativo, vivir en una casa recubierta de rosas y enredaderas y quizás disponer de estudio propio con salón para codearse de vez en cuando con cerebros privilegiados y sensibilidades exquisitas. Cuando conoció a Baum, creyó haber dado con ese artista genuino, pero las cosas no evolucionaron según lo esperado. Aun así, la decepción quedó compensada al vivir en los Berkshires. Pasaba los días dedicada a la jardinería, a la fabricación de joyas y a quedar con amigos que tenían la vivienda principal o vacacional en la zona de Lenox-Stockbridge. Se encargó de la

crianza de Thane, un chico sensible, de pelo castaño, con los rasgos patricios de la abuela paterna y la energía intensa y el encanto pasivo-agresivo de la madre. Connie adoraba a Thane, y para el hijo, su madre encarnaba la perfección. Se desvivía por hacerla feliz, por ganarse ese amor que, aunque ya tenía, disfrutaba de reconquistar a diario.

A pesar de que Connie salía con una amplia gama de hombres interesantes, se imponía en su corazón la perspicacia precoz y el juvenil refinamiento de su hijo. Todo se lo consentía, al igual que sus padres a ella, o incluso más, dado que era su mejor compañía y no tenía intención de casarse otra vez después de dos fracasos. Se llevaba a Thane a Nueva York, al cine y al teatro, de museos y conciertos. En esas excursiones cenaban en restaurantes de lujo, mantenían buenas charlas y a veces hablaban en francés. Al chico le fascinaba la naturaleza en toda su diversidad caleidoscópica, hacía fotos a los pájaros y poseía un terrario de hormigas. Era un lector voraz, su madre le leía libros con enorme placer, y cuando cumplió diez años, le regaló la edición en tomos de la *Enciclopedia Británica* porque tenía mucho más encanto que la digital.

A diferencia de Baum, Connie no sentía, respecto al tiempo y el espacio, ningún tipo de pavor ni angustia. Le traían sin cuidado los cometas y las estrellas fugaces que a él lo tenían en un sinvivir, y tampoco prestaba atención a los misteriosos agujeros negros que engullían un millón de estrellas al día, una estadística capaz de provocar un síncope a Baum si se detenía a pensar en ello. Tiempo atrás, había llegado a manos de Connie un artículo de una revista de alto nivel. Trataba sobre Tadeusz Borowski y estaba firmado por un periodista llamado Baum. Le gustó tanto que sintió ganas de leer el libro de Borowski *A la cámara de gas por ahí, señoras y señores*. Por primera vez en su vida, se dirigió por carta al autor del artículo para expresar su admiración y agradecerle el descubrimiento de Borowski. Baum contestó amablemente y añadió en su respuesta algunas referencias sobre el Holocausto, una de ellas escrita por él. Ella contestó con otra carta de agradecimiento. Transcurrirían varios años antes de que sus caminos volvieran a cruzarse, pero cuando ese reencuentro se produjo, pasó lo

que tenía que pasar.

El caso es que Baum vio que Connie entraba en la casa y la siguió. Ella subió al piso de arriba a darse una ducha y él se dirigió a la cocina a prepararse un sándwich. Cortó una loncha de un buen queso suizo que aún permanecía, de la noche anterior, en la tabla de madera donde se habían servido los entremeses por la visita de Damian Bass. Bass había comprado en su momento una casa por allí y fueron él y su mujer, Nora, quienes recomendaron a Connie y Dunn aquella zona. Baum tenía miedo de que Connie todavía sintiera algo por Damian Bass. Ya se había liado con él cuando estaba casada con Dunn, y quién dice que no volvería a hacerlo. Damian se había casado de nuevo y parecía más relajado, aunque conservaba cierto magnetismo. Era un gran escenógrafo, un artista ampliamente reconocido, y ella sentía debilidad por las personas creativas. Baum pensaba que quizás se hicieran arrumacos de vez en cuando detrás de un árbol. Al fin y al cabo, eran vecinos. Lo tenían bien fácil. Y hacía dos años que las relaciones íntimas entre Connie y Baum iban a menos y, como todo lo que cae, el proceso se aceleraba con la caída.

«Creo que se acuesta con Bass», se dijo en voz alta.

«Y yo creo que estás perdiendo la cabeza», prosiguió la conversación unipersonal.

«Ya estamos. Ahora me vendrás con que estoy paranoico».

«Estás cada vez peor. Primero que si tu hermano Josh, ahora Damian».

«Es lo que hay, nuestro matrimonio se va deteriorando».

«Bueno, claro, no estás a su altura».

«Oye, que te veo venir, a ver si hablas de más y dices lo que no debes».

«Ella creía que ibas a llegar lejos, había puesto muchas esperanzas en ti. La conoces, también tiene su ego».

«Me lo dices o me lo cuentas».

«Y no has llegado a nada».

«Porque soy exigente. Me pongo el listón alto».

«¿Sabes lo que te digo? ¡Ja!».

«Vale, listillo, ilústrame, dime por qué la gente pasa de mis novelas».

«¿Quieres mi opinión? Porque quieres alcanzar la genialidad a toda costa. Tus historias no paran de dar lecciones. Quieres cambiar la vida de la gente, impartir tu sabiduría. Eso aburre, Asher, equiparas el disfrute con la banalidad».

«No soy un mindundi. Tengo mucho mundo interior. Soy una persona profunda. ¿Y eso es un problema para escribir? Mira a los grandes autores rusos».

«Pues entonces no me preguntes. Estoy siendo sincero. Ella pensaba que se casaba con un artista. Y lo cierto es que un genio no eres, hablas mucho pero luego, nada de nada».

«No me toques las narices. No tienes ni puñetera idea. Encima está ese polluelo criado entre algodones, ese crío siniestro que parece sacado de *El pueblo de los malditos*[4], al que llaman artista por vender treinta mil ejemplares. Connie cree en serio que va a ganar el Pulitzer».

«Está muy orgullosa».

«¿Orgullosa? Es puro orgasmo. ¿Y por qué? ¿Por una porquería de *best seller?*».

«Y por las reseñas. Y la opinión de los mejores críticos. Todos resaltan su trasfondo y el manejo de la sátira».

«Nunca he podido con ese chaval. Un crío mimado, arrogante, con respuesta para todo. Y esa prepotencia… el muy niñato va y me dice que me cambie de *aftershave*. Que me ponga una fragancia menos desagradable, que le provoca sinusitis. Ya me cayó fatal cuando lo conocí hace años, cuando se lo trajo a la fiesta de nochevieja. Aquel crío de nueve años con su trajecito y su copita en la mano. La madre que lo parió. Me derramó un Shirley Temple en la chaqueta nada más conocernos. Quería matarlo. Te juro que fue adrede».

«Seguro que no».

«¿Y tú qué sabes? Me hizo la cruz desde el principio, en seguida se sintió apartado de su madre. Vio que había química entre nosotros y me tiró la bebida en toda la americana, y encima decía que había sido sin querer».

«Thane, Connie y Damian Bass, tu hermano y Connie… ¿te estás escuchando? Se te va la pinza».

«Te digo que mi hermano Josh se la tiró la noche de la nevada».

«¿Tienes alguna prueba?».

«Es que no conoces a Josh».

«Por el amor de Dios, que es tu hermano. Os habéis criado juntos».

«Sí, de acuerdo, pero nos distanciamos cuando nos hicimos mayores. Es que no lo conoces. Allí a solas con la nieve fuera y con una mujer tan guapa. A ver, que hasta se tiraría a una serpiente si otro le sujetara la cabeza. Crees que no, por ser hermanos y haber crecido juntos, pero somos polos opuestos. Él sabe vivir la vida. Le gustan el senderismo y la caza. Tiene muchas mujeres y yo… yo…».

«Tú eres un patán con miedo a que se lo trague un agujero negro».

«No sé vivir la vida. Qué se le va a hacer. Para mí todo es un asco y no soy como Josh. Él sí es sociable. Yo no. Tengo muy mala opinión del ser humano, y mi prueba son los seis millones de muertos».

En ese momento, Connie asomó la cabeza por la puerta del baño.

«¿Me llamabas?», preguntó.

«No, no».

«Ya te pasó el otro día. Te vi por la ventana cuando estabas en el estanque. Hacías gestos como si hablaras con alguien».

«Estaría pensando en una escena que tengo entre manos. No paro de darle vueltas a una obra nueva. No podrán conmigo todos esos del mundillo del teatro, tan falsos y pedantes».

«Ya sé que no es agradable que te den tantos palos, pero me contaste la idea y te dije que era rebuscada. Eso sí, Asher, por favor, no hables en voz alta. Da cosa».

Y, dicho esto, volvió a meterse en el baño.

Baum se sintió mal por desconfiar de su hermano. Josh era una buena persona, un hermano cariñoso y al que le iba muy bien en el sector inmobiliario. Baum esperaba que Josh lo ayudara económicamente con la nueva obra, algo que se antojaba difícil por el dinero perdido con su último fracaso. Además, el argumento que barajaba, basado en la hambruna provocada por Stalin que mató a cinco millones de rusos y el silencio de Dios al respecto, no parecía que fuera a arrasar en

los festivales de teatro. Aun así, Baum estaba convencido de que esos temas eran los únicos a los que valía la pena dedicarse. Asumía que la gente necesitaba obras entretenidas para evadirse, pero esa no era la finalidad de los grandes textos literarios. Lo de desconectar de la realidad habría que dejárselo a Hollywood y la televisión. Chaplin le hacía reír, claro, pero eran películas de mayor calado porque también retrataban el sufrimiento humano.

Connie salió del baño recién duchada, el pelo húmedo y reluciente resaltaba su belleza. Se puso unos vaqueros y una camisa de cuadros.

«Iré a Nueva York mañana o pasado mañana. Volveré en el mismo día», comentó Baum. «¿Te traigo algo?».

«¿Qué tienes que hacer?».

«Voy por unas reuniones. Y tengo que ver a Josh».

«¿Y eso?».

«Ah, un asunto del testamento de nuestro padre. Es increíble, dos años ya desde que murió. Y mi agente también quiere verme».

«Scott. ¿Qué quiere?».

«Ni idea. No ha querido decírmelo por teléfono, me ha dejado un poco preocupado. Dice que no es nada, pero conozco a Scott Bell, y cuando pone esa voz a lo Orson Welles, es que pasa algo».

«Yo que tú iría en tren. Últimamente veo que te distraes mucho al volante».

«No».

«Sueltas murmullos. Y cada vez estás peor de la vista».

«Para nada».

«¿Te he comentado que la novela de Thane es finalista para el Premio Nacional del Libro?».

«Ajá».

«Por Dios, un poco más de entusiasmo. Te doy una buena noticia y me pones esa cara. Solo tiene veinticuatro años. Su primera novela. Te corroe la envidia».

«Ya le di la enhorabuena. Solo le dije que no me gustaba el título».

«¿Qué le pasa a *El corazón biselado?»*.

«Que suena fatal, no sé lo que significa. Queda pedante».

«Estás tú para hablar de pedanterías. Con tus distopías tan retorcidas. Reconozco que en su momento ese cinismo me parecía casi romántico, con un toque trágico, pero ahora ya no».

«El cinismo es el realismo deletreado de otra manera», murmuró Baum, con cierta satisfacción por esa sentencia espontánea.

«Según los medios, Thane tiene un potencial ilimitado», prosiguió Connie, «y también han dicho que ya se notaba cuando publicó en *Zoetrope,* y luego están los elogios que recibió aquel relato sobre los flamencos. Y mira ahora qué éxito con su primera novela».

«No es la primera. La primera la vi y no era muy allá. Ahí comprendió que una novela puede ser diez veces más larga que un relato, pero no es diez veces más difícil, sino cien. Hizo bien en dejarla».

«Lo que pasa es que tienes celos».

Y por eso Baum ya no podía hablar con Connie. Hubo un tiempo en que sí, hablaban, compartían sentimientos, discutían, discrepaban y reían. Pero eso era entonces y estaban en el ahora, y los ahora nunca resultan tan agradables como los entonces.

Sucedió años atrás, en una animada fiesta de nochevieja celebrada en casa de Sid Green y su mujer, en Central Park West con la calle Noventa y dos. Sid escribía reportajes de sucesos, y cuanto más macabros, mejor. Asesinatos, violaciones, envenenamientos, estrangulamientos, decapitaciones: Sid cubría lo que fuera. La amistad con Baum surgió mientras se abría paso en el mundillo de las revistas de Manhattan, y a Baum todavía le sorprendía y aterraba la proliferación de la maldad por doquier. Los casos trataban siempre de personas amables a primera vista, generalmente hombres aunque a veces mujeres, que trabajaban cerca de ti en el supermercado, la tienda de animales o la oficina de correos; tipos cordiales y simpáticos que sonreían, silbaban, contaban chistes, que ayudaban a los transeúntes a localizar una calle o socorrían a quienes resbalaban y se caían en la acera;

individuos a los que incluso llevarías a cenar a casa con tu mujer y tus hijos. Y resulta que cualquiera de ellos podría tener el sótano lleno de cadáveres, asesinados a balazos, estrangulados, de todo; incluso cuerpos troceados para comérselos. Sid escribía con viveza sobre esos sujetos, esas historias donde la policía llega con una orden judicial, entra en la vivienda de un hombre tremendamente sociable y encantador, profesor de quinto curso en una escuela pública, y allí encuentra montones de revistas porno, vídeos espeluznantes, fotografías de mujeres atadas de pies y manos, por no hablar de cuchillos, machetes, esposas, guantes de látex, zapatos, ropa interior y partes anatómicas de unas cuantas colegialas. Esto también era propio de la especie humana, pensaba Baum, del plan de Dios si uno hace caso al clero. Nosotros los mortales no lo entendemos, pero hay que tener fe, las alumnas desmembradas forman parte de algo más bello y sublime. Thane no tocaba estos temas, pero Baum sí, tal y como habría hecho Dostoyevski, por mucho que la corrosión del alma no vendiera treinta y seis mil ejemplares.

Pero no era el momento de incordiar a Sid Green con las últimas atrocidades, detalles morbosos incluidos, que había cubierto para ganarse el pan. Los invitados bebían. Bebían y disfrutaban de esa nochevieja neoyorquina, ajenos al más despiadado de todos los asesinos, presente en el salón, a la vista pero oculto. Era el reloj, que avanzaba mortalmente hacia la medianoche. Adiós al año viejo, que se arrastra maltrecho y magullado a la línea de meta, y bienvenido el nuevo año, cargado de esperanzas, sueños y proyectos, dispuesto a dar el do de pecho. Y ahí está Baum, a solas, empapado de melancolía y cantos de fraternidad, con la atención fija de repente en una morena esbelta, un «pibón de altura», según habría dicho su hermano Josh.

«¿Quién es esa preciosidad de terciopelo negro que va con su pareja de nueve años, ese de la chaqueta Ralph Lauren y pantalón de vestir?», preguntó a Sid Green. «Al crío solo le falta sacarse la pitillera, dar un golpecito con un Marlboro y encendérselo».

«Vamos, te la presento».

Connie, con un vestido de Saint Laurent que animaba a contemplar todas las curvas de su cuerpo, era una de las invitadas a la fiesta y había llevado a Thane para que viera los fuegos artificiales. Sid Green condujo a Baum hasta Connie y dijo: «Connie Lister, Asher Baum».

«Dios mío», comentó, «menuda sorpresa. A ti una vez te envié una carta para decirte lo mucho que me había gustado un artículo que escribiste, la única vez en mi vida que he hecho eso, y fuiste tan amable de contestarme. Thane, ven aquí, quiero que conozcas a un hombre muy brillante».

«Encantado», dijo Baum con la mano extendida.

«Encantado», respondió Thane, y se dieron la mano. Thane miró a su madre, notó que no apartaba la vista de Baum e inspeccionó a aquel desconocido de arriba abajo. Baum se quedó pasmado al descubrir que estaba ante su mayor admiradora postal, se apartaron los dos a un rincón para hablar con tranquilidad, y a Thane le dio por derramar una copa entera de un cóctel sin alcohol en la americana que Baum se había comprado en Saks. Connie puso cara de espanto, y aquella fue la única ocasión en que Baum la vio regañar seriamente a su hijo. Tras la reprimenda, Thane se acurrucó en el suelo de un cuarto sin gente y se durmió. Para Connie y Baum, que conversaron hasta el amanecer, el año nuevo, ya a toda prisa y sin frenos, traía consigo todas esas esperanzas que ambos habían albergado.

Aunque Baum ya no podía hablar con Connie, cuando se conocieron era otro cantar. Se intercambiaron sus autobiografías; ella era la chica guapa y culta, formada en la frívola ciudad del cine y la televisión, casada con un médico brillante, sin tiempo para atenderla entre los pacientes y sus avances en el campo ocular. Después llegó un famoso arquitecto que perdió el interés sexual por ella por alguna razón absolutamente incomprensible, de modo que inició una aventura con un amigo, otro hombre de enorme creatividad, para terminar sola y tan a gusto en una zona agradable de los Berkshires, al cuidado de un hijo especialmente inteligente. Había jurado no volver a casarse, pero entonces apareció Baum. Un intelectual empeñado en competir nada menos que

con los maestros rusos y Kafka, y vio en él a ese príncipe azul que, pese a saber que no existía, tanto anhelaba.

La cautivó con el relato de su vida, que desgranaba entre copa y copa en el Chumley's o el Minetta Tavern, o mientras comían *dim sum* en Chinatown, o en las galerías del centro, frecuentadas con Tyler en el pasado. Ella empezó a pasar más tiempo en su piso de Manhattan, no porque se hubiera adaptado a la ciudad, sino porque era la única manera de pasar más tiempo con él. A veces Baum acudía en coche a la casa de campo, donde disfrutaba de los platos que ella le preparaba. En esas cenas estaba su hijo, y de vez en cuando, cuando quedaban en Manhattan para ir a una obra de Broadway, al Museo Metropolitano o para degustar las exquisiteces de Le Cirque, le preguntaba si podía llevar a Thane. Decía que quería iniciarlo en la cultura, el arte, la música, el teatro. A él le fastidiaba un poco, pero no era una línea roja. Al igual que hizo con un actor con el que había salido, que la invitó a París y se llevó a Thane consigo, Connie viajó con su hijo a Venecia cuando Baum propuso pasar allí juntos una semana. El asunto estaba claro, iba todo incluido, para estar con Connie, tenías que quedarte con Connie y Thane. El chico no le caía ni bien ni mal, pero a ella la quería, y si ese era el peaje, valía la pena. Eso sí, pensaba, ojalá Thane no fuera un mocoso sabelotodo.

Entre las historias de sus años mozos en Brooklyn y las desventuras de sus matrimonios fracasados, aparecía Tyler, su segunda mujer, de la que hablaba poco y con cierto sarcasmo, junto con, por supuesto, sus elevadas aspiraciones profesionales. De momento se ganaba la vida con artículos, reseñas de libros e incluso críticas de cine esporádicas para revistas pequeñas, además de algunos ensayos publicados, sobre todo su extenso texto en que comparaba la experiencia de Bruno Bettelheim en los campos de concentración con la de Primo Levi, que causó cierto revuelo en círculos reducidos. Su gran objetivo, según explicó con profusión a Connie, el verdadero sueño que estaba convencido de lograr, era escribir literatura para plasmar sus ideas; hacer obras de ficción, no solo reportajes, crear historias que emocionasen a la gente, que conectasen con sus sentimientos, con sus deseos y temores más

arraigados. Y dejar que mentes menos inquietas se enriquecieran con *best sellers* efímeros. No había que malgastar la vida en tales bobadas. Vender es venderse.

Con Connie ahora a su lado se sentía con más confianza que nunca. Un día, tumbados en la cama después de hacer el amor, le dijo ella: «Lo conseguirás porque tienes un estilo preciso y una mente privilegiada. Estás muy pegado a la realidad. Ves la vida tal y como es, no como a los demás les gustaría que fuera. Son unos objetivos encomiables y te apoyaré en lo que haga falta. He leído algunos de tus relatos y sé lo que quieres. Tengo fe en tu futuro». Tras esta breve arenga de entrenador de fútbol, se lanzaron al segundo asalto del acto amoroso.

Así eran las cosas al principio, pero a medida que pasaban los años, nunca aparecía la línea de meta. Las novelas suponían un esfuerzo considerable, la crítica veía «aspectos destacables» en algunas obras, pero Dostoyevski y Kafka no tenían de qué preocuparse, y la fe errada de Connie en sus virtudes pasó a ser un problema.

Se desenvolvía como un artesano aplicado y creaba obras irregulares que mostraban a veces la influencia de los grandes. A medida que se sucedían los años, Connie, acostumbrada a rodearse de genios, se vio en el papel de animadora de un marido íntegro y cariñoso, de loable ambición, aunque carente de talento. Y carente también, desde luego, del empuje de su primer marido y el segundo. Dadas las circunstancias, ¿por qué resulta paranoico sospechar que tu mujer se siente atraída por tu hermano, que es todo lo contrario a ti, o por un escenógrafo con el que se acostó una vez, que además es un genio y vive detrás de los setos, al final de la calle? Por no mencionar la rabia contenida al ver esa manera de adular obsesivamente a un pequeño polímata arrogante, alabado ahora por quienes Baum consideraba un hatajo de bárbaros sin clase ni formación. Entre Baum y aquel asqueroso *putz,* así lo llamaba Baum, siempre iba primero el *putz*.

Ese reyecito, que había crecido y todavía era rey, el rey de Tebas para cualquiera con la mente sucia, va y ahora es finalista del Premio Nacional del Libro. Normal que me dé por hablar conmigo mismo, pensaba Baum. Todo le parecía una

injusticia más de esta realidad perversa, que intenta disfrazar la maldad de indiferencia.

Thane tenía un piso de soltero en Nueva York, en el East Village. Era un *loft* antiguo y acogedor en el que vivía y trabajaba, aunque los fines de semana iba a la casa de campo de la madre para dar paseos por el monte, leer, nadar y encender buenas fogatas en invierno. A menudo se llevaba a alguna chica para satisfacer sus deseos sexuales y, por cierto, ¿de dónde saldrían aquellas diosas esculturales? ¿En qué parte del mundo hay criaturas así?, pensaba fascinado Baum. Modelos, actrices, de una hermosura más allá de lo imaginable. Como si hubieran llegado en una nave procedentes de un planeta donde no existía la imperfección. Vale, es un chaval atractivo y ahora le va muy bien, pero en el fondo es un niño de mamá. Ya se darán cuenta. Por lo visto, ahora sale con una en serio. Esa chica no sabe dónde se ha metido. Bueno, ¿a mí qué más me da?

«¿Qué crees que pasará con Scott? ¿Para qué querrá verme mi agente?», se preguntó Baum por la mañana, mientras se dirigía a Manhattan por la autopista.

«Ni idea», se contestó a sí mismo. Al llegar a un control de tráfico, otro coche se puso a su altura. La mujer al volante vio que hablaba solo de manera animada, no le dio importancia, se encogió de hombros y se alejó.

«Tenía voz seria al teléfono», dijo Baum a Baum.

«Bueno, ya sabes cómo es. A veces se pone un poco dramático».

«No sé».

«¿O sí lo sabes?».

«¿Qué insinúas? Me cansa que siempre te hagas el misterioso».

«Piénsalo, Asher. ¿Por qué de repente prefiere hablar contigo en persona que por teléfono?».

«Vas a hacer que me preocupe».

«Hay algo que no acabo de ver».

«¿Estás pensando en aquella mujer?».

«¿Cómo?».

«Cindy, o Mindy, Loo. La china, no recuerdo muy bien su

nombre».

«Cindy Tanaka, y era japonesa. Te entrevistó por el estreno de tu obra».

«Es que le había gustado mi obra».

«Sí. Y a ti te pareció una mujer brillante».

«Estaban muy bien todas las preguntas. Había captado todas las referencias. Era como si me entrevistara Hannah Arendt. Me sorprendió».

«¿Crees que hay algún problema con ella?».

«¿Qué problema? Hicimos la entrevista, nos caímos genial, estaba claro que le había gustado la obra».

«Asher, que estás hablando conmigo».

«¿Qué me quieres decir?».

«Al terminar la entrevista, os metisteis a solas en el ascensor».

«Sí, ¿y qué?».

«¿La tocaste?».

«¿Que si la toqué?».

«Ya me has oído. No te hagas el tonto. ¿Te acercaste a ella?».

«Por supuesto que no».

«¿No la agarraste? ¿Te pegaste a ella?».

«¿Ha dicho eso?».

«No lo sé, pero Scott parecía preocupado. Me encanta esa palabra. Indica algo malo, sin llegar a fatal, aunque va camino de la fatalidad».

«Como mucho le pondría las manos en los hombros y le soltaría algún cumplido cariñoso. Era un cielo de chica, inteligente, y si le dije que era muy inteligente o que me gustaba mucho su personalidad, ¿qué tiene de malo?».

«¿Le dijiste eso?».

«O que era la periodista más guapa que me había entrevistado en la vida. Si es que se lo dije. No me acuerdo».

«Ya. No me lo trago».

«Por el amor de Dios, ¿qué es lo que ha dicho?».

«No lo sé».

«Para mí que sabes más de lo que dices».

Baum avanzaba por la carretera con el Volvo, un coche al

que no le veía nada especial, pero Connie opinaba que era sumamente seguro y adecuado para los caminos rurales. Pasado el puente de George Washington, se dirigía hacia la autopista del West Side.

Salió en Battery Park y, al incorporarse al tráfico urbano, hizo acto de presencia la claustrofobia. El miedo a quedarse atrapado y falto de aire era otro regalito de los dioses. Se había manifestado a los cincuenta años, en la rampa en espiral de un aparcamiento subterráneo, bajaba y bajaba, vuelta tras vuelta, cuando le sobrevino un pánico inexplicable. Fue en ese momento cuando añadió otro padecimiento a los mil males que hereda la carne. Claustrofobia, Dios no quiera que deje de tener un solo síntoma. Retenido en un atasco donde no se movía ningún coche, el corazón le latía más fuerte a medida que pensaba en el interés de Scott por verlo en persona. Su estado de ánimo empezaba a hervir de ansiedad y bajó la ventanilla para tomar aire. Quizás la reunión no tenga nada que ver con esa china loca, se dijo a sí mismo. ¿Qué es lo que he hecho? Solo le comenté que era guapa. Y eso *si es que* llegué a decírselo. ¿Entonces soy el malo de la película?

Le costaba siglos avanzar entre el tráfico y se encontró atrapado detrás de un camión de la basura, con los empleados del servicio cargando de forma meticulosa las bolsas negras de plástico con los desechos de los residentes. Murmuraba todo tipo de maldiciones mientras sentía que la presión sistólica iba en aumento. Cuando el camión dejó libre el paso y volvió a moverse, tenía la cabeza en otra parte y no frenó a tiempo para evitar una ligera colisión contra el coche de delante. El conductor, un personaje desagradable, cubierto de tatuajes y con una cara que daba a entender que Baum había matado a su hijo, le lanzó una mirada de pocos amigos. Se bajó para ver si tenía un mínimo rasguño en su preciado todoterreno y, al comprobar que no había nada, volvió a montarse en el vehículo e hizo un gesto obsceno con el dedo.

Lo que menos le apetecía a Baum era verse inmerso en una bronca de tráfico con un tipo tatuado. En esta ciudad era fácil dar con un exmarine, entrenado para matar, armado hasta los dientes y con estrés postraumático. Años atrás, Connie había

propuesto comprar un arma, pero él se negó. Estaba empeñada, pese a lo mucho que insistía en la seguridad del campo frente a la ciudad. Baum explicó su punto de vista y asunto cerrado. Lo consideraba una locura porque podría dispararse por accidente y matar a alguien. Tenía claro que, si eso ocurría, sería él quien acabaría por pagar el pato, no Thane. Fue una de las pocas veces que ganó en una discusión con ella. Si había que morir de algo, que no fuera de forma violenta. Recordaba un caso de hacía años, el de un hombre que, en el ferri de Staten Island, murió asesinado por un pirado que lo atravesó con una espada de samurái. Imaginemos, pensaba Baum, entre las múltiples maneras que hay de morir, que alguien te ofreciera apostar a que te matarían en el ferri de Staten Island con una espada; resulta tan improbable que sería de tontos no aceptar la apuesta.

Baum se metió en el aparcamiento más cercano y dejó el coche por la cantidad irrisoria de dieciocho dólares.

Josh vivía en un apartamento nuevo y precioso en Battery Park. Lleno de cristal por todas partes. Cristal, el material de construcción del hombre moderno. Si en la Antigüedad hubieran tenido cristal, las pirámides serían transparentes y quienes disfrutan con esas cosas podrían pasar un buen rato contemplando a las momias dentro de sus espléndidos sarcófagos. Baum siempre había pensado que el peor trabajo del mundo era el de sirviente del faraón, porque cuando este moría, te quedabas enterrado con él aunque estuvieras completamente sano. Los criados tenían el deber de servir a su señor en el más allá, y todos felices con ese desvarío, aunque Baum se preguntaba si hablarían entre ellos de presentar la dimisión.

El apartamento de Josh contaba con unas vistas espectaculares. Desde todas las habitaciones se veían el East River, el Hudson y a lo lejos la Estatua de la Libertad, simulando que da la bienvenida a los inmigrantes en busca de una vida mejor.

«¿Qué tal vas, Asher? ¿Tienes alguna obra nueva?».

«Aún no».

«Si necesitas apoyo o algo, cuenta conmigo. La última me

encantó. Me dan absolutamente lo mismo los comentarios de aquellos críticos tan imbéciles».

«La verdad es que no leo las críticas».

«Mejor».

«Siempre pienso lo peor de mi trabajo y nunca me fío de los elogios».

«Perfecto. Mucho mejor que no leyeras nada sobre la última».

«Te veo bien», señaló Baum. Y lo cierto es que tenía buen aspecto. Pantalones blancos, camisa blanca, mocasines marrón claro de Gucci, sin canas, favorecido con los años, una cara atractiva de rasgos italianos. Alejado, en cierta forma, del estereotipo judío. Su hermano era una persona con clase. Había heredado los genes buenos, opinaba Baum. A mí me tocaron los cálculos biliares de papá y el pesimismo vital de mamá.

«¿Hay algo en lo que te pueda ayudar?», preguntó Josh. «Dímelo sin problema. Sabes que, por ti, iría hasta el fin del mundo. Asher, lo sabes, ¿no?».

Míralo, pensó Asher. Menudo complejo de culpa tiene. Ahora de repente se desvive por mí. Desde aquella noche. Desde la nevada, cuando se tiró a Connie.

Baum se recostó en el sofá danés de Josh. Todos los muebles eran de Dinamarca, excepto un par de sillas italianas, que podrían ser de las montañas Adirondack o de Júpiter. Eran unas cosas abstractas e incómodas, ideales para una secuencia de Buster Keaton intentando sentarse en ellas.

«¿Ninguna obra nueva? No me digas que estás en una fase de bloqueo. Tienes que cambiar de aires. Vente a Canadá unos días. Y nos vamos a cazar osos. Es coña, es coña. Vaya cara has puesto».

«Ten cuidado, Josh. Esas actividades de riesgo. Ya no eres un chaval. Algún día te caerás por un precipicio o te chocarás esquiando contra un árbol». ¿Lo harían en nuestra cama, se preguntaba, o al menos tuvo Connie el miramiento de llevárselo al cuarto de invitados?

«Estoy en forma. ¿Te he enseñado las fotos del viaje a Alaska? No me sentiré realizado hasta que cace un oso polar.

De momento no ha habido suerte».

«¿Y para qué? ¿Para tener una alfombra de piel de oso y hacer el amor encima?».

«No me digas que no estaría bien».

Quizás Connie preparó la cena y, evidentemente, tomarían vino. El Clos de Vougeot. El favorito de ella. Connie se suelta con un par de copas.

«¿Cómo está Connie? ¿Ha venido a Nueva York contigo?».

«No, está en Connecticut».

A saber si fue un golpe planeado o si surgió sobre la marcha, pensó Baum.

«¿Otro café jamaicano? ¿A que está increíble? Tu mujer me enseñó a prepararlo. Se añade Tía María y nata montada».

Así que eso es lo que bebieron. Después del vino, un par de tazas con el Tía María para rematar y la tenía a tiro.

«Este ya se me ha subido a la cabeza. No estoy acostumbrado».

«Venga, disfruta la vida. Yo estoy enganchado».

Baum aceptó el segundo café jamaicano. «Bueno, si no estás buscando financiación para montar una obra, ¿qué te cuentas? Por cierto, ¿qué tal vas de salud, Asher? Te veo bastante bien. A ver, siempre tienes esa cara de drama. El año pasado me diste un buen susto con eso de los mareos. Al final no te encontraron nada. Mejor. Eres tú quien tiene que cuidarse. Y venga a hacerte resonancias. Un día te saldrá algo por error y te abrirán para comprobarlo».

«Quería hablar contigo de papá».

«Papá está muerto».

«Ya lo sé, Josh. Ni que fuera idiota».

«¿Lo echas de menos?».

«¿Tú no?».

«Un montón».

«Te tenía en un pedestal».

«A ti también, Asher. Eran muy buenos padres. Con sus cosas, pero unas personas estupendas. ¿Qué pasa con papá?».

«Tenemos que desenterrarlo».

«¿Cómo? Perdona, no te he oído bien».

«Últimamente se me aparece mucho en sueños, Josh,

tenemos que desenterrar a papá».

«¿De qué vas? ¿Estás mal de la cabeza?».

«Papá era masón».

«A ver, Asher. Ya lo sé. Todo aquello del Ojo que todo lo ve y el saludo secreto. ¿Te acuerdas? Lo del tres-cinco-siete o como fuera aquel código».

Baum empezaba a sentir el efecto del segundo café jamaicano.

«Escucha, Josh. Íbamos de cráneo con todo: el funeral, mi obra, la colonoscopia que me hicieron, tú que acababas de volver de África».

«No te enrolles».

«Se nos olvidó enterrarlo con el mandil de borrego».

«¿Qué mandil?», preguntó Josh. «¿Qué tonterías dices?».

«Es una cosa de la masonería. Recuerda lo que siempre decía: "Cuando muera, que no se os pase enterrarme con el mandil de borrego"».

«¿Qué te has fumado, Asher? ¿Quieres que desenterremos a papá para ponerle un delantal?».

«Lo tengo en casa. Estaba en aquella maleta. La marrón con sus iniciales. Para él es importante».

«Está muerto».

«Y dale con que está muerto. Que ya lo sé. Es un ritual masónico. Que te entierren con el mandil de borrego».

«Tranquilo, un poco de calma. Vale, fue una cagada. Una pena, pero lo hecho hecho está».

«Para él era importante, fue su último deseo».

«Que sí. Fallo nuestro, pero a él ya le da igual, Asher».

«Es el tema de la eternidad, Josh. Él quería que lo enterráramos con el mandil de borrego para la eternidad».

«Cuando estaba vivo, Asher. Quería eso cuando estaba vivo. Metimos la pata, pero es de tontos practicar una exhumación para ponerle un *schmatte* al cadáver».

«Será de tontos para ti».

«Esto no me lo esperaba. Tú en esas cosas no crees. Ni en la religión ni en el más allá. Tú piensas que todo eso son chorradas. Que no tiene ningún sentido. ¿No es uno de los temas que siempre tocas?».

«Para él tenía sentido».

«Está muerto».

«Y dale con eso, que ya sé que está muerto. Por el amor de Dios, no me parece para tanto».

«Alucino. Tú, que consideras que el universo entero es un manicomio sideral, que mucho ruido y pocas nueces, que todo es absurdo».

«Y sigo pensándolo, pero ese era el deseo de nuestro padre».

«Asher, no es tan sencillo desenterrar a una persona. Hay que buscar al director de una funeraria y es mucho papeleo. Lo leí una vez en un artículo. A no ser que cambien la ley, hay que tener una razón de peso para conseguir la autorización».

«Tenemos una razón de peso para desenterrarlo».

«¿Ah, sí? ¿Cuál? ¿Que queremos ponerle un mandil de borrego?».

«Es importante para los masones. No lo denegarán. Creo que la familia tiene que dar el consentimiento».

«Pues yo paso. Es una ridiculez absoluta. Por el amor de Dios, déjalo descansar en paz».

«Es que no está en paz. No paro de soñar que le hemos fallado».

«Es un disparate. No voy a tolerar que desentierres al pobre de papá para cambiarle la ropa. Esto no es un desfile de moda. Es un sacrilegio. Es que no sé ni cómo llamarlo».

«No te pongas así, Josh. Solo estamos hablando».

Baum comenzaba a volverse un tanto peleón por el ligero toque de alcohol del café.

«Paso de seguir con esto. Es una locura», comentó Josh. «A ver si muestras un poco de sensibilidad. Como ateo convencido, ¿me vienes ahora con eso de la eternidad y el más allá? Venga, por favor».

«Agnóstico. No ateo», matizó mientras arrastraba levemente las palabras.

«Agnóstico, ateo. Yo soy judío y muy devoto, y tú, que no tienes ni una mota de religión en el cuerpo, que siempre has visto a los masones como una secta ridícula y plagada de rituales secretos y místicos, ahora quieres profanar la tumba del pobre Jacob Baum, que lleva años enterrado tan tranquilo,

para ponerle un mandil de borrego. Yo quería mucho a papá, y tú también, pero déjalo ya. Jamás había oído una estupidez tan grande».

Los hermanos se enzarzaron en la discusión y el asunto subió de tono. Los comentarios hirientes iban de un lado a otro, y Baum, más desinhibido por el Tía María, soltó: «Tú a mí no me vas a marear. Que no me chupo el dedo».

«No entiendo un carajo de lo que dices», contestó Josh.

«Faltaría más, para variar», zanjó Asher, y se marchó furioso al no convencer a su hermano de que permitiera exhumar a Jacob Israel Baum para ponerle el mandil de borrego.

Se sentó un rato en un banco, con la mirada clavada en la Estatua de la Libertad, para recobrar la sobriedad con el aire fresco. Josh salió por el portal, vio que Asher estaba allí, no le prestó atención y se fue en un Uber.

«¿Has visto cómo se ha puesto al mencionar lo de Connie?».

«No has mencionado nada. Solo le has dicho que no te iba marear y que no te chupas el dedo. Dos frases hechas».

«Él ya sabe por dónde iba. Lo he dejado descolocado».

«Para mí que no. Estás meando fuera del tiesto. Igual ni la ha tocado».

«Mira ahora quién me viene con frases hechas».

Pasó una mujer que, al ver que hablaba solo, se desvió para alejarse del banco y aceleró el paso.

«Y toda esa historia de desenterrar a papá, ¿a santo de qué? Tú, que tienes claro que cuando te mueres dejas de existir».

«¿En serio le das la razón? Es una promesa que le hice a papá y se me olvidó».

«¿Y cómo se te olvidó algo tan importante?».

«Los ensayos de la obra no iban bien, y luego lo del infarto…».

«No tuviste ningún infarto».

«Las piedras en el riñón son similares a los infartos».

«No tuviste piedras en el riñón».

«La artritis es similar a las piedras y tengo artritis. Por Dios, tanto lío con las similitudes… Se me olvidó. ¿Vale? A veces pasa. Y después se me apareció en sueños llorando por lo del mandil masónico y me desperté todo sudado por el complejo

de culpa. Josh no lo entiende. Jamás en la vida se ha sentido culpable por nada».

Baum pensó en lo diferente que era de su hermano. Los mismos padres, los mismos genes, la misma educación, y aun así, tan distintos. Sentado en el banco, le dio por pensar en el pobre viejo. Le vino a la cabeza el más viejo todavía, no su padre, Jacob, sino su abuelo Samuel, al que no llegó a conocer.

Samuel era actor teatral en Berlín. Contaba con muchos seguidores, y entre sus admiradores estaba Joseph Goebbels, que iba con frecuencia al teatro. Una noche, al terminar una obra en la que salía Samuel Baum, *Der goldene Pierrot,* una opereta, Goebbels acudió a los camerinos para ligar con una de las bellas y cándidas actrices. Mientras esperaba a que la chica se quitara el vestuario para ponerse la ropa de calle, Goebbels se encontró con Samuel Baum y empezaron a hablar. Goebbels se deshizo en elogios. Le dijo que había tenido el placer de verlo muchas veces y a continuación preguntó muy amablemente si podía darle un consejo. Samuel Baum, intrigado, contestó que por supuesto, y entonces Goebbels señaló: «Yo en tu lugar, cogería a mi mujer y me iría de Alemania ahora mismo».

El actor preguntó a Goebbels el motivo de sus palabras. Samuel Baum era plenamente consciente de la progresiva erosión de las libertades civiles que vivían los judíos, pero suponía, de manera un tanto optimista, que la persecución había tocado techo, que después comenzaría a disminuir y Alemania volvería paulatinamente a la normalidad. «El caso es que», prosiguió Goebbels, «el año que viene las cosas se van a poner muy feas para los judíos. Este 1937 no ha sido precisamente un buen año, pero 1938 va a ser mucho peor. Te aviso por tu condición de artista y porque respeto tu trabajo. Deberías marcharte ahora que aún puedes».

El consejo de Goebbels no cayó en saco roto. Samuel Baum cogió a su mujer y, con la ayuda de unos parientes lejanos, salieron ambos en avión hacia Londres. Se quedaron allí unos años, y cuando empezaron a caer las bombas en Inglaterra, consiguieron partir rumbo a Estados Unidos para instalarse en Nueva York, en un apartamento lúgubre de Eldridge Street.

Aquella no era la vida a la que estaba acostumbrado Samuel Baum y, desde el principio, no le gustó nada el país. Nunca se adaptó, andaba siempre de mal humor, criticón, amargado y con una nostalgia tremenda de su ciudad natal. Condicionado por su limitado inglés y resignado a trabajar en un restaurante, un día apoyó la cabeza en las vías del metro cuando se aproximaba el tren, y así es como Sam Baum dijo *auf Wiedersehen* a Roosevelt, Joe DiMaggio y Frank Sinatra. Murió el 20 de abril, el día que nació Hitler, una mera coincidencia según su único hijo, Jacob, que nunca estaba para historias místicas o del destino. Al poco tiempo, Jacob se mudó con su mujer e hijos a Brooklyn, cerca de Prospect Park y cerca del Brooklyn Museum y la biblioteca pública.

Jacob era, como Samuel, un hombre culto, graduado del City College, profesor de idiomas en un colegio privado, que cargaba con el gen misántropo y melancólico del padre. El mundo era un lugar cruel e incomprensible, opinaba, y las personas, más que mejorarlo, lo empeoraban. Normal que estuviera desencantado. Se había educado en la veneración y la súplica por la salvación a una deidad que no atendía las llamadas. Allá donde Jacob buscaba respuesta, jamás obtenía nada. Spinoza, camarada de fe, lo decepcionó con su panteísmo absurdo. No tenía sentido que Dios estuviera en todos nosotros, en cada piedra y cada flor. Jacob buscaba un Dios que, en oposición al de Spinoza, quedara al margen de la existencia, contemplara todo desde arriba y no tuviera problema alguno en intervenir con un milagro si hacía falta. Tampoco conseguía dar el salto de fe que planteaba Kierkegaard. La fe está bien, sostenía Jacob, pero tampoco pasaría nada por disponer de alguna prueba ante un salto arriesgado. Coqueteó con las religiones orientales, pero se mostraba incapaz de renunciar a ningún deseo, y la última vez que anduvo por este mundo era masón practicante, muy involucrado además en toda la parafernalia secreta. Con todo y con eso, era un masón selectivo, se centraba en la filantropía, los rituales de saludo y en dejar que las cosas siguieran su curso, y entonces se le paró el corazón, de modo que si había algo más allá, ahora estaría en pleno descubrimiento.

En cuanto a su mujer, Rachel, era una pesada con una perspectiva sombría de la vida y de la gente, y por más que Sam Baum se esforzaba para que viera las cosas de otra manera, no resultaba sencillo. Rachel era una mujer culta y le dio a su esposo dos hijos. El primero, Asher, y el segundo, Joshua. A Asher, el ADN de su abuelo le transmitió la propensión al drama, y el de su padre, el amor por la literatura. Cuando tenía diez años, la madre le regaló un microscopio, dado el interés que mostraba por la ciencia. Con el fin de que su hijo mirara la sangre en el portaobjetos, ella se pinchó el dedo con un imperdible; el pequeño, al ver la muestra, se desmayó.

Como el microscopio no le revelaba los secretos del universo, Asher se pasó al telescopio, y aunque no había que derramar sangre para observar las estrellas, el inmenso firmamento le disparaba la adrenalina de puro pánico. Al igual que su padre, siempre buscaba respuestas; respuestas para cualquier cosa, para lo que fuera, para todo. Además lo llevaban al teatro y al cine, a conciertos y galerías de arte. La madre lo apuntó a flauta para que aprendiera a tocar a Mozart y compartió con él la experiencia de fumar marihuana. A los diecisiete años escribió un artículo sobre Fausto, que salió publicado en el número de julio de una revista de poco alcance.

Su hermano Josh era otra historia. Aunque también estaba dotado de bastante inteligencia, carecía de paciencia con la literatura. Le aburría la letra impresa y dejó la Universidad de Nueva York en el segundo año para alistarse en los marines. Lo enviaron a la guerra de Irak, donde hubo de afrontar de verdad las decisiones existenciales que su hermano solo conocía por los libros. Se expuso a la muerte, provocó muertes. Ejecutó con su pistola a un chaval árabe que había intentado sabotear un camión con suministros médicos. No temía el peligro y tampoco le quitaba el sueño la idea de la extinción eterna. Morir en combate constituía una opción aceptable. Más que una cuestión de valentía, no daba importancia al hecho de caer en el olvido, y si le importaba, en absoluto le afectaba como a su hermano mayor. Para él, recorrer el desierto entre los

cuerpos sin vida de sus compañeros más cercanos eran gajes de la guerra. Sus amigos habían muerto, ya está, punto, a otra cosa. Asher, en cambio, se ponía a temblar ante el paso de un coche fúnebre por Brooklyn.

Josh terminó el servicio, lo mandaron de vuelta a Estados Unidos, a la Costa Oeste, y antes de regresar a Nueva York, se fue quince días a Las Vegas con unos tipos a los que había conocido en el ejército. Allí ganó un montón de dinero en los casinos. La suerte le sonreía en todos los juegos, desde las tragaperras hasta los dados y la ruleta, y en el *blackjack,* un juego que no había probado nunca, le fue tan bien que los jefes de sala llegaron a pensar que contaba las cartas. Cuando se instaló en Manhattan, utilizó las ganancias para invertir, por recomendación de un amigo, en una inmobiliaria pequeña que resultó ser un filón, y a los treinta años ya tenía la vida resuelta. No le faltaba de nada para irse de viaje, de caza, de escalada y para seducir a las chicas. Josh y Asher se querían en teoría, aunque Josh no conseguía «pillar» del todo a su hermano, que parecía un poeta extraviado, aferrado a quimeras y siempre a la defensiva. No entendía su miedo constante a la vida, cuando la tenía ahí, al alcance de la mano. Josh nunca se había casado, prefería la aventura que suponía cada conquista.

Asher, que nació con la sensación de soledad como quien nace con autismo, se declaró a los veintiún años a una chica encantadora que acababa de terminar la carrera en Barnard. Se llamaba Nina Glass y vivía en Central Park West. Se conocieron en un lugar ideal para dos jóvenes con inquietudes y ávidos de experiencias culturales: una sala desprovista de muebles del Lower East Side. Era una estancia sin florituras de un piso en ruinas donde un hombrecillo insulso impartía una conferencia sobre realismo estético. A Baum no le convencía la filosofía de la unidad de los opuestos, y en cuanto a la estética, había leído a Kant y tampoco la entendía. Llegó a la conclusión de que la estética no era un sistema de pensamiento que ayudara a aliviar las cosas que lo atormentaban, pero al igual que su padre, estaba dispuesto a buscar remedios donde fuera. Sin embargo, en aquella sala destartalada en la que no dio con

ninguna respuesta a sus preocupaciones, sí dio con una morena atractiva y de familia judía llamada Nina Glass.

Los dos habían acudido solos y, al concluir, de alguna manera se pusieron a comentar en voz baja la conferencia que habían presenciado. Al cabo de unos minutos, Asher propuso continuar con un capuchino y ella entró al juego. Sobre una mesa iluminada únicamente por una vela, la charla comenzó con Eli Siegel, el fundador del realismo estético, derivó hacia la idea de lo bello en Platón, de ahí a Oscar Wilde y su visión de la belleza, Dorian Gray y los escritores irlandeses, después a los autores rusos, la literatura europea, el cine internacional, la *nouvelle vague* francesa, las películas de Ingmar Bergman y la cuenta, por favor, luego un taxi para acompañarla a casa y, como sus padres estaban en Londres, una vez allí, premio. Los tres meses siguientes fueron maravillosos para ambos. Conocerse más, paseos por el parque, sesiones de cine en el Angelika, la casa de los padres de Nina en los Hamptons y momentos de sexo furtivo, dado que ninguno de los dos se había independizado todavía. Ah, y tenía una hermana gemela que estudiaba en California, en la UCLA, llamada Ann. Nina trabajaba en la recepción de una galería de arte. Él, de vigilante en un museo del Upper East Side. Era muy aburrido pasarse la noche sentado a solas y pendiente de que nadie intentara huir con un Kandinsky, pero tenía la ventaja de disponer de mucho tiempo para leer.

¿Y llegó el momento en que las partes implicadas, según dirían los abogados, se casaron? Efectivamente. Entonces apareció Ann, que había viajado desde California para asistir a la ceremonia, y Baum clavó los ojos en la doble de Nina. Le llamó la atención que fueran idénticas no solo físicamente, sino también en los gestos y el carácter. Al cabo de unos meses, Ann terminó la carrera, se instaló en Nueva York, comenzó a quedar bastante con Baum y Nina, iba con frecuencia a cenar al apartamento de ellos en Cornelia Street y saltó una chispa extraña. Sucedió una noche en que Baum cenaba con las dos hermanas, fascinado por el enorme parecido, incluso en la manera de vestir, ya que ambas llevaban falda y jersey con los mismos tonos tierra. Y, cosas de la vida, sentado en el salón

con ellas, las contemplaba y le vino de pronto un pensamiento nítido, luminoso y contundente, similar al eureka de Einstein al descubrir que la energía es igual a la masa por la velocidad de la luz al cuadrado, esto es, que a quien de verdad quería era a Ann, no a Nina. Así empezó, unas semanas después de aquella cena, un romance que duró un mes, iniciado, quién lo habría dicho, con un beso íntimo a oscuras. Estaban los tres en el apartamento de la pareja y veían una película en la televisión. Nina se fue a abrir una botella de vino, Baum se acercó a Ann y, en el momento exacto en que Montgomery Clift besaba a Elizabeth Taylor en un plano muy cerrado, la besó. Al instante supo que ella también quería y sus labios se encontraron con naturalidad. Lo demás, como suele decirse, es fácil de imaginar.

Más que el hecho de sentirse atraído por un calco de su esposa, le desconcertaba que se desvanecieran el amor y el deseo hacia Nina, dado que a simple vista las dos ofrecían lo mismo. Ambas eran de risa fácil, inteligentes, coincidían en gustos literarios y teatrales, musicales y cinematográficos, ambas igual de desinhibidas en la cama.

Conocía las ideas de Nietzsche al respecto: no existen dos cosas realmente idénticas si se observa con atención, pero, por más que se fijara, las diferencias resultaban inapreciables como para elegir a una. Pese a ello, eligió. Con Nina se excitaba cada vez menos. Atormentado por lo absurdo de la situación, no quería seguir así por razones de conciencia, de modo que se lo confesó a Nina, que rompió la relación el mismo día. Poco después decayó la intensidad con Ann y decidieron separarse. Llegó a la conclusión de que el amor, la atracción romántica, guardaba un misterio que jamás entendería, y pasó a ser el segundo enigma más importante de su vida, solo superado por la cuestión de por qué hay algo en lugar de nada.

Asher pagó el aparcamiento y salió disparado a la cita de las cinco y media con el agente literario Scott Bell.

Trabajaba con él desde hacía cinco años, después de haber terminado a malas con el anterior, Bob Bluestone, por una serie de llamadas no contestadas y una broma que, al parecer, había hecho en una fiesta sobre el último libro de Asher y una

trituradora de papel. Pese al atasco crónico, los baches, los semáforos estropeados y las obras de mantenimiento, Baum prefirió conducir callejeando que tomar la FDR Drive. Si la autovía hubiera estado despejada, se habría ahorrado la mitad de tiempo, pero, cielo santo, los carriles no avanzaban por lo que fuera y, con su mala suerte habitual, daba por hecho que se quedaría atrapado. En las calles circularía con mayor libertad al sortear los coches en zigzag.

Al final, el tráfico no estaba tan mal y se dio el gusto de mirar por la ventanilla una ciudad que todavía le hechizaba con su magnetismo. De acuerdo, había cambiado mucho, sobre todo si la comparaba con la estampa que siempre había idealizado, con la música de Rodgers y Hart de fondo. Decía la prensa que esta gran urbe estaba en guerra con las ratas y, para combatirlas, se había creado el cargo de «zar de las ratas»[5]. Asher se imaginó un escenario en el que las ratas, por pura astucia y superioridad numérica, habían tomado el control de Manhattan, habían atado y amordazado al zar de la ratas y manejaban todo a su antojo. Las ratas eran dueñas de los restaurantes, los supermercados, las joyerías de lujo y las tiendas de ropa. Gestionaban Tiffany's y Bergdorf's, y controlaban Broadway, producían todas las obras de teatro y los musicales. Suponía que, con su inteligencia, hallarían el modo de reducir el precio de las entradas.

Absorto en estos pensamientos, dio en la radio del coche con una emisora de clásicos de siempre, donde sonaban Cole Porter, George Gershwin e Irving Berlin. Ojalá hubiera vivido los años veinte y treinta, cuando Manhattan tenía el glamur que Hollywood había ensalzado en tantas películas. En sus fantasías de color de rosa, soñaba con vivir en un Manhattan donde los hombres llegaban a casa del trabajo, se ponían el esmoquin, y las bellas esposas, sus vestidos caros. Recibían a unos cuantos amigos igual de engalanados para tomar un cóctel y entablar conversaciones interesantes, y si salían después, era para acudir al Twenty-One o El Morocco, o a cualquier estreno del Booth o el Morosco, en lugar de circular por la oscuridad total de los caminos rurales, donde lo más normal era atropellar a un ciervo. Se preguntaba si esa Nueva

York existió de verdad o solo en las películas de la Metro.

Dejó las ensoñaciones de tiempos dorados y volvió a la realidad cuando atravesaba Irving Place y se dirigía a Gramercy Park. Siempre había querido vivir en Gramercy Park, pero jamás se materializó ese deseo. Cuando se fue de casa de sus padres para residir en Manhattan, se instaló en el Village, en un pequeño apartamento situado bajo el nivel de la calle. «Vivo debajo de Bedford Street», decía, y era cierto, ya que para entrar había que bajar cuatro escalones. Sintió una ráfaga de ira porque, con el transcurso de los años, pasaba cada vez menos tiempo en la ciudad. Se maldecía por haber cedido a la hábil manipulación de Connie. Mientras atravesaba una serie de baches, le vino a la memoria una cafetería del Village, cerrada hacía tiempo y en la que prácticamente vivía cuando se mudó a la zona. Allí se juntaba con los amigos ante interminables capuchinos para hablar de la vida, el arte, las mujeres, las penas y las alegrías. Había perdido el contacto con todos, aquellos idealistas extravagantes y entrañables. Para bien o para mal, cada uno siguió con su vida.

Asher estaba con la cabeza en las nubes y se acordó de Peter Yellin. Escritor como él, amigo de su época de veinteañero. Ambos aspiraban a superar a O'Neill y Dostoyevski. Cualquier meta inferior sería venderse, indigna de invertir tiempo en la Olivetti portátil. Yellin vivía también en el centro y juntos frecuentaban el Raoul's y los numerosos cafés pequeños que brillaron fugazmente para apagarse después, uno tras otro, como las luces de un árbol navideño. En cuanto frutos intelectuales de la cafetería del City College, él y Peter formaban un gran dúo. A Peter le encantaban *El repartidor de hielo* y *Largo viaje hacia la noche*. Escribía con rapidez e intensidad, como se dice que pintaba Van Gogh. Hacía obras de un solo acto, también algunas más extensas y, en ocasiones, relatos. La mayoría no llegó a ningún sitio. Las obras de teatro apenas tenían recorrido y los relatos rara vez se publicaron. Cuando por fin logró, tras años de aplicada escritura, estrenar una obra en el off-Broadway, todo salió mal. Los actores no se llevaron bien y el director trató el texto como un melodrama realista cuando en realidad era una pieza poética. Al ser

extranjero, nunca entendió dónde marcar el énfasis de las frases. El vestuario era deslucido, y el decorado, anodino. Para Yellin, aquello suponía un martirio constante, así que habló con Baum y lo llevó a ver un ensayo. Le pareció un desastre absoluto y aconsejó a su amigo que, si no quería recibir palos por todos lados, cancelara el montaje.

Por si hacía falta más caos, Yellin se acostaba con la actriz principal, quien prefería seguir sus indicaciones antes que las del director. El idilio entre el autor y la actriz se saldó con una gonorrea para Yellin y, tal como había vaticinado su amigo, la obra no sobrevivió más allá del primer fin de semana. En palabras de Baum, retirarla fue un acto de misericordia. Yellin se alejó del teatro, no logró publicar ninguna novela y acabó en una agencia de relaciones públicas, donde su función era conseguir que los nombres de los clientes salieran en las secciones de cotilleos. A veces tenía que evitar que aparecieran en los periódicos, como cuando conducían ebrios, atropellaban a un peatón o los sorprendían robando en una tienda. Ni que decir tiene que jamás llegó a constituir una amenaza para el autor de *Largo viaje hacia la noche* y al final se fue a vivir a Santa Bárbara.

Baum, por el contrario, no estaba dispuesto a venderse y sobrevivía con la escritura de artículos y clases particulares. Sus textos de ficción mostraban cierto potencial, pero no alcanzaban la calidad de sus reportajes sobre temas de actualidad o culturales, que le daban para subsistir en Manhattan.

Tenía un estilo culto y directo, si bien algo denso en ocasiones. La etiqueta de «denso» lo perseguiría durante años. Le resultaba más fácil provocar la reflexión que la emoción, parecía hecho para el periodismo y se aferraba al consuelo de que muchos grandes escritores habían empezado como periodistas. Le costaba crear personajes que no se limitaran a ser meros transmisores de sus ideas. Sé muy bien quién es este hombre, es lo que quería Baum que pensara el lector sobre sus personajes. Este hombre soy yo. Tiene los mismos anhelos y miedos que yo. Lo he acompañado a través de cada página en sus experiencias, sus vicisitudes, y ahora veo la vida de otra

manera. Ya no me hace falta Dios para hallar el sentido de la existencia. Puede que nada tenga sentido, pero digo sí a la vida. Todo esto es lo que Baum quería que el lector sintiera al pasar la última página de sus historias. El problema radicaba en que intentaba convencer de algo que ni él mismo se tragaba.

Otro amigo de esos años era Sam Jablon; regordete, simpático y con mucho sentido del humor. En Nueva York no daba pie con bola. Se pasaba horas en los cafés de la gente del teatro y compartía sueños con Baum, a quien alentaba entre risas cuando tenía el ánimo por los suelos. A Jablon le encantaba vivir, le encantaba el mundo del espectáculo, le encantaban las hamburguesas de Raoul's. También las mujeres, y no le afectaban el aluvión de rechazos ni las críticas adversas a sus textos satíricos, plagados de una sátira muy zafia. Ni los guiones frustrados ni el vapuleo de la prensa cuando estrenaba o publicaba una obra en alguna revista marginal doblegaban a ese hombre de hierro. Había quienes eran más crueles que Baum y lo consideraban un tonto de remate, alguien a quien no tomarse en serio, ideal para reírse a su costa. Por su parte, Jablon salía adelante con textos para humoristas que actuaban en bares, y algunos funcionaban, pero la mayoría eran un desastre y los artistas no dudaban en amenazarlo con demandas y hasta con violencia.

Baum pensaba que Jablon era gracioso sin pretenderlo. Un ejemplo. Se decía que Jablon se encontró una vez, en la avenida Lexington, una cartera con una tarjeta de crédito y, en lugar de proceder con rectitud, fue a Bloomingdale's a comprarse con ella un televisor portátil. Entregó la tarjeta para pagar y al rato se dio cuenta de que varios dependientes lo miraban y hablaban en voz baja. En seguida aparecieron dos guardias de seguridad, lo condujeron a un despacho y lo detuvieron. El hombre que había perdido la tarjeta de crédito era Gregory Peck.

Fuera o no cierta la historia, resume muy bien cómo era Jablon. Al no abrirse camino en Nueva York, se trasladó a Los Ángeles y consiguió que se adaptaran a la televisión varios guiones suyos en forma de comedias de situación que

alcanzaron un éxito fulminante. Una de ellas le permitió pasar a la producción, de ahí a realizar secuelas de esas series, se hizo multimillonario y adquirió la reputación de genio. En el mundo de Hollywood, muchos recurrían a sus consejos y experiencia. Baum había perdido contacto con él, pero lo recordaba con nostalgia. Todos albergamos sueños y ambiciones, y con el tiempo entendemos que lo que hicieron Dostoyevski y O'Neill es más complicado de lo que creíamos.

Se detuvo frente al edificio donde trabajaba su agente y, como no quería gastarse de nuevo dieciocho dólares por una hora de aparcamiento, buscó sitio durante media hora y al final estacionó a poca distancia del despacho de Scott Bell.

«Me alegro de que hayas venido», dijo Bell, mientras se acomodaba detrás del escritorio, de un modo que a Baum le recordó cierta ocasión en la universidad, cuando acudió convocado al despacho de un profesor que le cantó las cuarenta por un trabajo en el que defendía a Alger Hiss[6]. «¿Había mucho tráfico?».

Baum detectó que la pregunta era un pretexto para demorar el inicio de la charla. A Bell le traía sin cuidado si había tenido mucho tráfico o había llegado en tiempo récord. Bell vivía en Sutton Place y no tenía que usar la autovía. Estaba claro que iba a abordar un tema incómodo. «El artículo con tu entrevista, tenemos ya un ejemplar de la revista. Saldrá a la calle dentro de una semana o así».

«¿Sí? Tengo ganas de leerlo».

«No te va a gustar, Asher, no es muy favorable».

Lo de «no es muy favorable» apenas transmitía el tono demoledor del artículo, pero Bell intentaba sortear con diplomacia los escollos semánticos para no decir que se trataba de un ataque feroz.

«Tal vez quieras llamar a tu abogado. No controlo temas de calumnias. Se lo pasé a Barry Kirchner, de servicios jurídicos, para que le echara un vistazo. Lo miró por encima y cree que no tienes nada que hacer. De todas formas…».

«Por Dios, ¿qué es lo que dice? ¿Puedo verlo? ¿Tienes ahí el ejemplar?».

Bell se levantó y empezó a buscar entre las hojas y revistas

esparcidas por el despacho.

«Dice que le tiraste los tejos en la entrevista y que no se lo esperaba».

«¿Que le tiré los tejos?».

«Y que la agarraste e intentaste besarla».

«¿Qué?». En el cuello de Baum empezó a hincharse una vena que casi nunca daba señales de vida.

«¿Le tocaste el pecho?».

«Le di al final un beso en la mejilla, de esos asépticos y de compromiso tan habituales en el mundillo de la farándula».

«Por lo visto, se quedó muy afectada».

«Esa mujer está loca», gritó Baum, con una voz que alcanzó el rango de soprano.

«Después releyó cosas que habías escrito y encontró algunas pistas», prosiguió Bell.

«¿Pistas? ¿De qué?».

«De lo que dice ella en el artículo. Que se nota que eres un misógino y un depredador».

«No la agarré, Scott. A ver, pasó esto. Era inteligente, simpática y alabó mucho mi trabajo, y al despedirnos, le puse las manos en los hombros para que me mirara bien y le dije que había sido un placer de entrevista, que tenía mucho criterio y que no era habitual que una persona tan joven hiciera preguntas tan interesantes. Vale, tal vez me pasé de entusiasmo, pero, por Dios, no le metí la lengua en la oreja».

«No dice que le metieras la lengua en la oreja».

«¿Para qué iba a meterle la lengua en la oreja?».

«Cálmate, Asher. ¿Y no le dijiste nada de los ojos? ¿Que eran verdes y preciosos?».

«Tenía los ojos verdes. Eran dos. ¿Y eso a qué viene?», Baum empezaba a perder la paciencia.

«Y que eran unos ojos que transmitían pasión».

«Es que es así. Búscalo. ¿Sabes quién tenía los ojos verdes? Jane Eyre. La habrás leído. Madre mía, lo que tuvo que aguantar la pobre».

«Y que entonces la besaste».

«¿Para qué iba a hacer eso? Ni que estuviera loco».

«Y que te empujó y te caíste, según dice en el artículo».

«Se puso nerviosa. Era un beso de despedida».

«Y que te caíste y le agarraste el pecho».

«Me estaba cayendo. Me agarré a lo primero que encontré. Y va y fue el pecho. Pero fue sin querer».

«Mira, Asher, a mí no me tienes que convencer. Siéntate. Estás un poco alterado».

«Que estoy casado. Tú conoces a Connie. ¿Tú te crees que me dedico a tontear por ahí teniendo a una persona como ella?».

«El problema es Landau».

«No me digas».

«Ya conoces a Landau. Y sus trabajadores lo están presionando».

A Jack Landau, responsable de la editorial Rhinegold, Baum nunca le había caído en gracia. Nunca había percibido ese potencial que algunos le atribuían, pero, a instancias de Scott Bell, había accedido a publicar, con escaso entusiasmo, sus obras. Opinaba que la obsesión de Baum con las «grandes cuestiones» era cargante y pueril.

«Los temas profundos no interesan a nadie. No afectan en el día a día», le dijo a Baum. «¿Por qué no cambias el chip y metes un pelín de sentimentalismo? La gente ya no lee, y menos obras de ficción. Cuando compran una novela, es para desconectar del infierno de vida que tienen. Vamos, por Dios, mete personajes de carne y hueso, con conflictos reales y algo de intriga. Luego te preguntas por qué no vendes».

La verdad es que el último libro de Baum reforzó la idea de Landau de que su sello perdía el tiempo con un autor al que la crítica tachaba de sermoneador. Al circular ya por la editorial las acusaciones de la periodista contra Baum, los empleados, todos jóvenes, muchas mujeres aunque también los hombres, habían hecho frente común para pedir a los mandamases que se desvincularan de un escritor cuyo comportamiento empañaba la imagen de Rhinegold.

«¿En serio me vas a decir que Landau sigue las órdenes de su personal?».

«He llamado a algunos editores».

«¿Y?», preguntó Baum, con el rostro más sombrío que

nunca.

«Tienes que entenderlo, el sector editorial ya no es lo que era. Landau tiene razón. Ya nadie lee. Y tampoco es que seas una gran figura».

«¿Me estás diciendo que Rhinegold no me va a publicar más?».

«Prefieren no arriesgarse por miedo».

«¿Cuándo sale esa revista?».

«La próxima semana o la otra».

«¿Y me acusa de ser un depredador?».

«Ese es el tema del artículo. Cómo ha pasado de admirarte, en lo personal y lo profesional, a presentarte una demanda».

«¿Una demanda? ¿Por qué?».

«Los medios más sensacionalistas tal vez hablarán de violación».

«¿Violación? ¿Dice que intenté violarla?».

«No, digo que esos medios tal vez se harán eco y dirán de todo».

«¿Y a ti esto te parece bien?».

«Claro que no, Asher, pero lo que yo piense carece de importancia. Hoy en día, una acusación es como una condena». En ese instante empezaban a brillar las primeras gotas de sudor en la frente de Baum.

«Por cierto, Asher, ¿cómo se tomará esto tu mujer?».

«Ella sabe que nunca ligaría con otra. Hemos hablado de cómo a veces se exageran estas cosas».

«Sí», comentó Bell, «la fidelidad es la única solución. Tengo otro cliente… no te digo el nombre, un editor. Su mujer y él practican el poliamor. Se acuestan con quien quieren. Llevan un año o así y les va bien, pero a saber. Ya veremos cuando pase más tiempo. Lo tuyo va a estar en boca de todos una temporada. Tú no dejes de trabajar en la siguiente obra o novela. Cuando todo pase, me reuniré con Landau. Tenemos buen rollo. En mi opinión, Rhinegold es la mejor editorial para ti, si vuelven a contar contigo».

«Voy a demandar a esa mujer».

«Eso ya es decisión tuya. No lo tienes fácil, pero yo qué sé. Por lo demás, para cualquier cosa, llámame. Tienes mi móvil».

Siguiente escena. Baum, aturdido, abandona el edificio y camina hacia el coche. A esa hora, la gente salía del trabajo y las calles comenzaban a llenarse. Estaba convencido de que todos los que se dirigían al metro o al autobús, o los que paraban un taxi, habían recibido el borrador del artículo que lo acusaba de una agresión vergonzosa a una chica joven e inocente de una minoría étnica. Llegó al vehículo y, antes de emprender el camino de vuelta, sintió la necesidad de compartir sus penas con alguien y tal vez tomarse un whisky. Llamó a su viejo camarada de batallas intelectuales, Amnon Weinstock. Le dijo que estaba en Manhattan y si podía quedar. Weinstock no se esperaba la llamada y se alegró.

«Voy preparando el té», anunció.

Eran amigos del instituto, y aunque ahora se veían poco, cada tanto hablaban por teléfono para ponerse al día, celebrar un nuevo libro o despellejar al pseudointelectual o político de turno. Con la barba y la kipá, Weinstock tenía pinta de rabino.

Se habían conocido a los dieciséis años, como rivales en partidos de baloncesto. A Baum no se le daban mal los deportes del colegio y Weinstock era el pívot estrella del equipo de la escuela talmúdica. Después de uno o dos partidos, empezaron a hablar y vieron que ambos compartían la pasión por Kafka, Auden y los New York Knicks. A Baum le gustaba ver partidos de baloncesto, pero discutía mucho porque su amigo se ponía muy nervioso en los minutos finales de los encuentros. Baum pensaba que no valía la pena centrarse tanto en el marcador final. Que ganara uno u otro carecía de relevancia, se mire como se mire. Weinstock sostenía que el resultado del partido tenía exactamente el mismo valor que el del universo entero, ni más ni menos.

La idea, aunque deprimente para él, alimentó las ganas de polemizar. Hablaban de todo, debatían sin parar; unas disputas que Weinstock denominaba, con su estilo de rabino, puntos de vista en conflicto. Con el tiempo había llegado a ser un gran intelectual, impartía clases y conferencias y publicaba artículos sobre temas complejos en revistas de prestigio. Filosofaba sobre todo, desde los textos de Husserl y Wittgenstein hasta la perversión de la dialéctica en la política de la Europa del Este,

con unas predicciones que luego resultaban proféticas. Sus vidas tomaron rumbos distintos cuando Weinstock se marchó a dar clases a Inglaterra y después a Israel. Escribió análisis de gran profundidad sobre el conflicto árabe-israelí, el sufrimiento interminable y los problemas aparentemente irresolubles de Oriente Medio, para los que planteaba soluciones humanas y sensatas, provocadoras y sugerentes. Al cabo de unos años, regresó para dar clase en universidades de la Ivy League. Baum siempre lo había tenido por buen amigo y los dos quedaban cada año para seguir con sus debates, mientras degustaban sabrosos *blintzes* en un restaurante judío de productos lácteos del Upper West Side. A Baum le pareció increíble haber encontrado aparcamiento justo enfrente del edificio antiguo de Riverside Drive, habitado ahora por Weinstock, un economista y un violinista de renombre. Aquello era como tocarte la lotería, pensó.

Weinstock se mostró muy contento por la inesperada visita de su viejo amigo y se dieron un abrazo. Baum hacía tiempo que no lo veía y reparó en su coronilla, con la calvicie que había avanzado considerablemente, aunque estaba bien disimulada por su inconfundible gorro.

«Qué alegría verte, Asher. Es un placer enorme. Te veo muy bien».

«Yo a ti también», contestó Asher.

«Estoy mejor que nunca. Por cierto, ¿has leído lo de Rapkin sobre Putin y la paranoia rusa? Me ha parecido genial».

«Me lo he guardado, pero no lo he leído aún. Lo tengo por ahí».

«Por teléfono te he notado apagado, un poco *shvach.* ¿Va todo bien?».

Baum explicó la situación. Una loca había puesto el grito en el cielo por un gesto completamente inocente y había convertido un simple cumplido en un auténtico *tzimmes* por acoso o algo peor. Los medios se harían eco y en la editorial habían prescindido de él porque no querían ningún escándalo.

«Me dejan tirado. Ya sabes lo cobardes y borregos que son. Por los eufemismos que ha usado mi agente, me van a tratar como a un paria. Luego está Connie. No es que se vaya a creer

esta historia, pero tal y como nos va últimamente, igual termina por creérsela».

«¿Problemas en casa?».

«No sé. En algún momento nos hemos ido distanciando».

«Y mira a tu hijastro, con ese exitazo que acaba de tener. Y con su primera novela. Menudo futuro tiene. Sentirás *nachas* de orgullo».

«¿Has leído el libro?».

«Lo he comprado. No me he puesto aún. Ya te diré».

«Es un *momzer* total, no lo soporto. Tú eres el único con quien puedo hablar. No hablo con nadie. Solo conmigo mismo».

«Eso no es buena señal, Asher».

«La madre lo trata como a un príncipe, y es un crío consentido y arrogante. Ella siempre está a sus pies, como si fuera el nuevo mesías».

Weinstock escuchaba con empatía, un poco como rabino, un poco como psicólogo, un poco como buen amigo. Le dijo que no había motivo para dejarse llevar por el pánico.

«Vivimos tiempos raros. Extremistas, con uno de nuestros dos principales partidos en declive, antisemitismo y una cultura popular cada vez más banal. Pero tranquilo, Asher, el cuerpo humano sabe protegerse. Esto no durará y volverá a imponerse el sentido común».

«Pienso lo mismo, es algo pasajero», señaló Asher. «Aunque por el camino se derrama sangre y se destruyen vidas».

«Sí, pero siempre salen héroes. Mira lo que vivieron los señalados por McCarthy y, con el tiempo, McCarthy ha pasado a ser un símbolo de la infamia y aquellos que estaban en las listas negras hoy son figuras admirables».

«Dice que la besé…».

«Recuerda a Martin Luther King y el arco moral del universo, que es largo pero se inclina hacia la justicia».

«Sí, Amnon, pero ese arco también puede romperse».

«Sé que es horrible sufrir injurias o calumnias, pero a veces es preferible esperar y no hacer nada que luchar contra un cúmulo de problemas y empeorarlo todo».

«Tú hiciste derecho. ¿No puedo poner una demanda por

calumnias?».

Weinstock sacó a relucir su lado de rabino. «Piénsalo bien, Asher. Eres como eres. Tienes muchas facetas, estás lleno de ideas, sentimientos, emociones. Eres marido, artista, ciudadano, filósofo. Si lo haces, te metes en una guerra interminable, tendrías que gastarte cantidades astronómicas en abogados, saldrías en los medios, te darían palos por todas partes, se reirían de ti en las redes sociales. Podrías tener razón y, aun así, perder el caso. Encima está el juicio de la opinión pública. A veces tenemos que sufrir en silencio hasta que el arco se incline a nuestro favor. Pero todo esto ya lo sabes, Asher».

Baum bebió a sorbos el té y digirió las sabias palabras de Weinstock. Soltó un suspiro de resignación.

«¿Y esto qué es?», preguntó finalmente, al observar la ropa y las maletas, algunas ya preparadas por completo, los cuadros descolgados y los trastos y *tchotchkes* envueltos en plástico de burbujas. «¿Qué pasa? ¿Te mudas? ¿Te han dado plaza fuera? ¿En Oxford? ¿La Sorbona?».

«Bueno, sí y no, amigo mío», respondió Weinstock. «Has acertado en una cosa. Me mudo».

«¿Y eso? ¿Adónde?».

«A Nueva Orleans».

«¿A la Universidad Tulane?».

«No, hasta aquí hemos llegado. Lo dejo todo».

«No…».

«Sí. La música es algo que siempre me ha atraído. Bueno, recuerda cuando escuchábamos juntos los cuartetos de Beethoven, y a Schubert y a Bartók. A ti te apasionaba el segundo movimiento del concierto para violín de Sibelius. Y recordarás que siempre me han interesado el góspel y el jazz. Tengo un texto sobre la estructura musical del blues. No sé si lo has leído, pero escribí un artículo bastante largo sobre los orígenes de las canciones e himnos del delta del Misisipi, salió en *Tikkun,* una revista académica judía. Ya sabes que aquello surgió en la época de la esclavitud. El caso es que tengo allí unos amigos que montaron una banda de jazz. Tocan sobre todo música tradicional, *ragtime,* música sacra, música de los

desfiles y del ambiente de los burdeles. Me han ofrecido incorporarme a la banda».

«¿Cómo? ¿A la banda? ¿A qué te refieres?».

«A veces quedo con ellos y me lo paso genial».

«Pero si tú no tocas nada. Dejaste el violín hace años».

«Sí, pero sé llevar el compás, y en las bandas de antes había uno que tocaba la pandereta. En fin, Asher, que con la pandereta no hay problema».

«Sí, pero…».

«He acabado muy harto de todo y me dije que sería una pasada irme a Nueva Orleans a tocar la pandereta. Es una ciudad impresionante, con una arquitectura maravillosa, el Garden District, el lago Pontchartrain y, Asher, menuda gastronomía. Esos *beignets,* y el pescado negro. Ya está bien de tanto artículo, de defender ideas políticas, de explicar textos a estudiantes que luego terminan al frente de cualquier empresa o en agencias de publicidad. No es que esté mal, pero llevo muchos años en lo mismo y me he cansado. He acabado hasta el gorro del mundo académico y la vida intelectual. Estar en una banda de las de verdad es un placer absoluto. ¿Me estás escuchando?».

Baum lo oía, pero no procesaba la información. Permaneció sentado con la boca abierta. La imagen de Amnon Weinstock con su kipá y la pandereta era como meterse en un cuadro de Magritte. De acuerdo, quería jubilarse; todavía le quedan años, que viaje, que escriba sus memorias, que se dedique a pintar, ¿pero marcar el ritmo en un bar de Bourbon Street lleno de humo? Por favor. Y ahí estaba Weinstock, sin perder un ápice de la lucidez con la que analizaba a Hegel de manera envidiable. Era como si le hubieran dado unos meses de vida y se hubiera puesto a cumplir a lo loco los deseos pendientes. Sin embargo, no estaba moribundo, ni tampoco aturdido, sino tan despierto como siempre.

«Mírame, Asher, soy una persona nueva. Esto saca mi lado más salvaje. Iré con mi kipá bordada. Le da al grupo un toque más teatral. ¿Te parezco ridículo?».

Sin saber qué decir, Baum le deseó suerte, se dieron un abrazo y Weinstock le pidió que, si iba por el sur, avisara para

ir a escucharlos. La banda se llamaba The White Chocolate Dandies. En los años veinte, explicó, había una formación de músicos afroamericanos llamada The Chocolate Dandies, y como todos los recién llegados a este grupo eran blancos, eligieron como homenaje ese nombre.

Lo capto, pensó Baum, tiene gracia, es ocurrente, pero yo habría elegido algo más neutro. Aunque solo sea para que no te quemen la casa. Poco después, Baum salía con el coche del aparcamiento y tomaba la autopista. Al dejar atrás el peaje, se sumergió de nuevo en una de sus conversaciones.

«Increíble lo de Weinstock. ¿Dejar el mundo académico para darle a la pandereta?».

«Si lo piensas, tenía una colección de discos bastante ecléctica. No había solo música clásica. Siempre ha sido de gustos amplios».

«Recuerdo que, cuando éramos jóvenes, tocaba una trompetita. Interpretaba a Bach. Luego se pasó al violín. Pero ¿quién iba a imaginar que acabaría así? Es un pensador serio. No lo entiendo».

«Esto ya lo hemos hablado. No se puede comparar el placer intelectual con los impulsos primitivos; el goce de la música es superior a todos los demás placeres. Sobre todo la música con buen ritmo».

«Yo… yo… pero…».

«Nunca subestimes la alegría que transmiten la melodía y el ritmo».

«Supongo…».

«Bueno, amigo, parece vas a ser el blanco de unas acusaciones muy feas».

«¿A ti te parece que eso tiene sentido? ¿Cómo voy a tirarle los tejos a una desconocida que me hace una entrevista? ¿Qué soy? ¿Un loco suicida?».

«Si no hiciste nada, no tienes que preocuparte».

«¿No me crees?».

«Solo digo…».

«¿Qué? ¿Qué es lo que dices?».

«Lo que digo es que no estás siendo del todo sincero, ¿no?».

«¿Cómo?», dijo Asher con tono ingenuo. «¿Crees que intenté

ligar con ella?».

«Como decía Shakespeare, sé sincero contigo mismo. Y sabía de lo que hablaba. Contigo mismo. No siempre es fácil».

«O sea, que tú te crees que me propasé con esa chica. Cindy, o Lindy».

«Cindy Tanaka. Lo que creo es que llevas una temporada con el ánimo por los suelos».

«¿Y qué? Vale… sí. ¿Y dices que intenté besarla? ¿Besarla?».

«A mí dímelo claro, Asher. No se lo voy a contar a nadie».

«Noto que me vengo abajo. Se me han amontonado muchas cosas este último año, o estos últimos años, más bien. No es culpa mía si a veces pierdo el control. Antes tenía a Connie. Pero ya ni nos besamos. Quería besar a alguien. ¿Tan terrible es?».

«No creo que Connie lo vea como tú».

«No digas eso. Todavía siento algo por Connie. O tal vez es que me he vuelto dependiente de ella».

«Ella pensaba que se casaba con Philip Roth o Saul Bellow».

«No he alcanzado todo mi potencial».

«Eso es verdad. Y ahora quien está alcanzando tu potencial es Thane».

«Y no te creas que ella no tiene problemas. Desde el principio debería haberme dado cuenta de que su relación con Thane no es normal».

«Te diste cuenta. Lo dejaste pasar para no fastidiarla».

«Bueno, excepto por Thane, lo nuestro iba bien».

«Hasta que vio que no cumplías sus expectativas».

«Mis expectativas».

«Además del otro tema».

«¿Cuál?».

«¿Te gusta vivir en Connecticut?».

«Se está bien».

«Una leche, no te gusta nada. Adaptarte a la vida rural te habrá pasado factura. La soledad, el silencio de la noche, las tormentas, el polen, la hiedra venenosa, los saltamontes de las narices».

«Aun así, creo que echaría de menos a Connie».

«Ajá… ya llegamos al meollo. Tienes un miedo atroz a

afrontar la vida a solas. Por el amor de Dios, ¿qué te asusta tanto que no puedes dormir sin otra persona a tu lado?».

«Me dan miedo el tiempo y el espacio. Los años luz. Las noches que me despierto me da por pensar en esos números tan grandes. Como el meteorito que viaja a un millón de kilómetros por hora, imagínate, un millón de kilómetros por hora, y que después de ir a esa velocidad durante miles de años, no recorre ni dos años luz. De esas dimensiones hablamos. Me apoyo en la almohada, intento concebir esas cifras y me entra el pánico».

Las angustias de Baum no seguían el manual de Freud. Un hogar agradable y unos padres cariñosos, a los que nunca sorprendió in fraganti en una situación que confundiera con una escena violenta. Estudiante aplicado, popular en el colegio, con amigos para quedar después de clase a escuchar en el fonógrafo a Mozart, Heifetz, Duke Ellington, música de la buena, pizza, *sushi,* lo típico, los veranos en la playa, el océano, el bungaló de alquiler en Michigan Street y la bahía a poca distancia a pie, la familia Selvin del bungaló de enfrente, la hermana de Eddie, Noel, de dieciséis años y con nombre de chico pero muy guapa, y con la que se habría casado Baum si no fuera porque él solo tenía ocho. Y cómo no, los cines, los programas de televisión, los regalos en los cumpleaños, en Navidad o la Janucá, pero qué le importará a un niño cuál sea la festividad si le regalan cosas.

No, no tenía motivo para haber crecido con esa sensación de soledad porque nunca estuvo solo, no tuvo traumas, no lo dejaron al cuidado de sirvientas, ni lo abandonaron, ni se perdió jamás en el metro. Pese a ello, por la razón que fuera, a muy temprana edad se cernió una sombra sobre Baum al darse cuenta de su insignificancia en un universo hostil, un universo que algún día querría recuperar todo lo que le había ofrecido.

«Necesito estar con alguien», balbuceó para sí en voz alta, mientras aceleraba por la autopista rumbo a una cama con Connie dentro. «Cada vez se enfada conmigo por menos. ¿Me escuchas?».

«¿Qué?».

«Digo que se enfada mucho. Tiene bastante carácter. ¿Te

aburro o qué?».

«A veces sí que me aburres, Asher. Si tan mal está contigo, ¿por qué no te deja?».

«Estoy seguro de que me dejaría si encontrara la ocasión. La inercia es una de las fuerzas más poderosas de la física. Y estoy seguro de que alguna historia ha tenido».

«Estarás seguro tú, pero yo no».

Baum recordó aquella noche de enero de hacía dos años. Fue la ocasión en que había ido a visitar a su dermatóloga, la doctora Gill. Después de la consulta, se quedó a dormir en Manhattan por un temporal de nieve. Había acudido convencido de que las dos manchas negras que tenía en la espalda eran melanomas. Las vio Connie la noche anterior, cuando él iba meterse en la cama con un libro para conciliar el sueño. «¿Qué son esas cosas que tienes en la espalda?», le dijo. Baum se acostaba con camiseta, se le había subido un poco y así es como se percató ella. Tuvo que moverse de un lado a otro ante el espejo, las contempló con sus ojos, y el corazón y el estómago entraron en alerta máxima.

«Ay, Dios mío», murmuró, mientras la adrenalina le rugía con fuerza por todo el cuerpo.

«¿Desde cuándo las tienes?».

«No lo sé. ¿Las habías visto antes?».

«No».

«Vaya», suspiró, y solo pensaba en cómo reaccionaría a la quimio.

«No será nada», señaló Connie, un comentario que aportó un nanosegundo de alivio hasta que oyó la otra bomba que destruyó toda esperanza. «No parecen picaduras». Eran alrededor de las once. Muy tarde para llamar a la doctora Gill, mejor enviar por mensaje unas fotos de las manchas. Le dio a Connie el teléfono para que se las hiciera. Baum observó de este modo las manchas con claridad y sin forzar el cuello ni la espalda para obtener solo un vistazo parcial. No le cabía ninguna duda, encajaban en la descripción del melanoma que tantas veces había buscado en Google: oscuras, prominentes, con bordes irregulares. Consumido por la ansiedad, envió las fotos a la doctora Sandra Gill con la esperanza de recibir un

mensaje tranquilizador. Al cabo de unos minutos, sonó el teléfono y la dermatóloga le preguntó cuánto hacía que tenía esas manchas. Respondió que no lo sabía y esperó a continuación algunas palabras de consuelo, como que aquello quizás tendría solución con células madre o inmunoterapia, sin necesidad de tratamientos más fuertes.

«¿Puedes venir mañana?», preguntó la doctora Gill.

«¿A qué hora?», dijo Baum. ¿Cómo que si podía ir mañana? Se subiría ahora mismo al coche en pijama para acudir de inmediato.

«Tengo la agenda llena, pero te haré un hueco».

«Estaré a las doce». Baum colgó convencido de que ese esfuerzo por atenderlo con tanta rapidez era una señal inequívoca de la urgencia que requerían las manchas. Evidentemente, pasó muy mala noche, incapaz de dormir, tumbado en la oscuridad, sin parar de dar vueltas en la cama y de anticipar escenarios, como la pérdida del pelo, su incineración, su alma vagando por el vacío, ¿pero hacia dónde? Hacia ese lugar en el que, según decía el poeta Philip Larkin, no hay nada. Al final venció el cansancio, y trajo consigo un sueño en el que padecía un cáncer muy agresivo que se extendía a los ganglios linfáticos, el páncreas, el cerebro, y luego a la silla de cuero de su estudio y a los jerséis finos de lana. Se despertó sudado. Ya era de día, se miró la espalda y las manchas seguían ahí. Se afeitó, se dio una ducha, se tomó un té y una tostada, se subió al coche y condujo bajo la nieve, que golpeaba sin cesar el parabrisas durante todo el trayecto.

Llegó con tiempo a la cita y se puso a hojear algunas revistas. En una aparecía la masacre del pueblo de Haití; en otra, la masacre del pueblo de Ucrania; también se masacraba al pueblo de Gaza. Dejó las revistas en su sitio y cogió un periódico, donde vio que no había que ir tan lejos para presenciar una masacre, ya que abundaban las noticias nacionales sobre gente que moría de un disparo, un apuñalamiento o un empujón a las vías del metro. Por no hablar de las matanzas en centros comerciales y colegios. Está claro, éramos un fracaso de especie, descendíamos de los

simios pero apenas habíamos evolucionado. Tras flagelarse un rato en la sala de espera, dijeron su nombre. Había llegado el momento.

Sandra Gill era joven, guapa e iba siempre con una falda ceñida y chaqueta blanca. Estaba casada con otro médico que trabajaba en el hospital Monte Sinaí. Es todo lo que sabía de su doctora. Eso y que, en otras ocasiones menos críticas, se había imaginado cómo sería pasar la noche con ella. La señal sexual gira sin cesar, como el radar de un barco. Siempre resulta un misterio. Era una clínica privada, no aceptaba ningún seguro, y eso le excitaba. A saber por qué. La doctora Gill examinó las dos manchas negras, comentó de manera inquietante que eran lesiones y concluyó: «En las fotos parecían peores. Es queratosis. Nada. Las quitaremos y haremos una biopsia, pero es solo por protocolo. Ya te digo que no es nada».

En ese momento, para Baum, la tierra empezó a desplazarse a cámara lenta como en una película. Saldría vivo de esta. Pensó que había estado a un paso del peor diagnóstico, pero una vez más había esquivado la muerte, una victoria para los hipocondríacos del mundo entero. Observó a la doctora Gill alejarse con los contoneos de la falda corta y respiró profundamente. Cinco minutos más tarde, se hallaba de nuevo en las calles de Nueva York rumbo al coche, pero el temporal anunciado por esos meteorólogos histéricos de la tele estaba ya desatado. Inició el camino de regreso a Connecticut, pero era un suicidio. Llamó a Connie para decirle que parecía más seguro hacer noche en su apartamento y que volvería por la mañana. Ella asintió y, acto seguido, le soltó que su hermano Josh había ido de visita y que, por el mismo motivo, se quedaría a dormir en el cuarto de invitados.

A Baum le pareció bien, pero al llegar al apartamento, comenzó a visualizar en su interior el panorama. La casa de campo, aislada por la nieve, el humo saliendo de la chimenea como en un cuadro de la Abuela Moses. Josh a solas con su mujer. El apuesto y viril Josh, allí con una preciosa criatura cuya actividad sexual con su marido estaba en declive desde hacía tiempo. Los copos cayendo suavemente, las bebidas, la chimenea a pleno rendimiento, la libido de Josh, digna de

figurar en el libro Guinness de los récords. ¿Iba él a resistirse? ¿Sería capaz? ¿Alguien se contendría en una situación así?

Con estas ideas en la cabeza, bajó al garaje del edificio y montó en el coche. El vigilante del aparcamiento lo miró como si estuviera loco.

«¿Adónde va, señor Baum?», preguntó.

«A Connecticut».

«No va a poder», respondió el empleado.

«Ya veremos».

Al poco de cruzar el puente George Washington, dio la vuelta. Después, en el apartamento, se quedó en vela, con la duda de si Josh le daría importancia a que fueran hermanos. ¿Renunciaría a esta oportunidad de platino? ¿Pesaría más, para Josh, el dilema moral del acto que el torrente sanguíneo que siempre lo empujaba hacia un desenlace previsible? Los imaginaba en la cena, su esposa con ese aire sensual y una copa de burdeos; su hermano, con esa sombra de barba que le salía por la tarde y con los ojos fijos en los de ella. ¿Acaso podría esperarse otro final? A Connie el alcohol le hacía efecto al instante. Dos copas de vino tinto y ya estaba lista para hacer *puenting*. En todo momento se mostraba dispuesta a probar cosas nuevas. Menuda suerte que ninguno de sus amigos le hubiera propuesto nunca ir de safari o tomar LSD. Terminar en la cama con Josh sería muy típico de ella, máxime con lo mal que les iba últimamente. «Venga, una copa más. Vaya, ¿nos hemos acabado toda la botella?».

Cuando Baum llegó a casa al día siguiente, notó que había cierta complicidad traviesa entre su hermano y su esposa, como dos gatos que se han comido al canario. No estaba seguro, faltaría más, pero cuando Josh se despidió, creyó percibir una mirada especial, aunque igual eran solo imaginaciones suyas.

«Así que, bueno», dijo para sí en el coche según se aproximaba a Connecticut, pensando en el problema reciente. «Esta chica oriental, muy simpática ella, fascinada con mi trabajo, muy guapa, y sí, no dejaba de mirarla mientras cruzaba y descruzaba las piernas. Había que estar ahí para entenderlo, y de Connie lo único que recibo son críticas hacia

mí y halagos para su hijo, que si es muy brillante, que si parece un modelo, que si su novela ha quedado finalista. Dios, es que no puedo con ese chaval».

«Ya estamos otra vez».

«Es decir, después de una de las entrevistas más agradables que me han hecho en siglos, cuando vamos a despedirnos, le pongo las manos en los hombros y le doy un beso. Y a continuación me empuja y pierdo el equilibrio».

«Entonces no se lo había inventado».

«Pero, a ver, ¿tenía que convertir eso en el tema central del artículo?».

«Se lo pusiste en bandeja. Es periodista. Le diste el toque culminante a su entrevista».

«Antes de lanzarme, no opinaba que mi estilo resultaba recargado. Le gustaba que mi obra tuviera fondo. Que no fuera solo para pasar el rato».

«Y la atacas y lo echas todo a perder».

«Y entonces cambia de opinión sobre mis libros».

«Te lo has buscado tú solito».

«No sabía lo que hacía. Te digo que últimamente no me reconozco».

Seguía de aquí para allá con esa cháchara y con las súplicas que pedían comprensión, hasta que llegó a casa y recuperó la compostura. Entró de puntillas en el dormitorio, con cuidado de no despertar a su mujer.

La miró acostada, con la manta desplazada, que dejaba al descubierto una pierna desnuda de forma provocadora y ese rostro intacto por el paso del tiempo, el mismo de la noche en que se conocieron, aún más delicado dormida que despierta, cuando podía volverse feroz. Un día, durante una discusión, le lanzó un tenedor. Obviamente, todo por Thane. Era el Día de la Madre y Baum había comprado para Connie unos gramos de un caviar de beluga muy caro con la idea de darse un festín los dos, o ella sola si quería. Pero Connie se lo había dado a Thane, porque sabía que le gustaba, y este se lo comió todo. Baum, enfadado, comentó que lo había comprado para ella. Connie le cedió encantada todo el caviar a su hijo. Esto derivó en unas cuantas palabras, y más palabras, y palabras subidas

de tono, cada vez más fuertes y desagradables, y al final Baum se fue del salón y ella agarró un tenedor y se lo tiró a la espalda. Tarde o temprano se calmaba, pero nunca pedía perdón. Transcurridos unos meses, Baum compró en Barney Greengrass un tarrito de arenques en salsa de crema, lo escondió en el cajón de los calcetines y se lo comió de una sentada y a solas.

El caso es que, años atrás, a ella le habría gustado despertarse al llegar su marido y hacer el amor de manera espontánea. Ahora, si la despertaba, se pondría de mal humor por arrancarla de los brazos del galán que esa noche protagonizara sus sueños. Y sería incapaz de dormirse de nuevo, un problema que antes no tenía. Una vez, estando en Bora Bora, fue ella quien lo despertó para disfrutar del amanecer, y como habría dicho Hemingway, «el amor que compartieron al alba fue auténtico y pleno. Fue un amor hermoso, y después de descansar un momento, volvieron a hacerlo». Thane estaba en la habitación contigua y ella tuvo cuidado de no gemir muy alto por temor a que se despertara.

Tenían siempre al chaval encima. Se lo llevó a Bora Bora. «Quiero que vea los peces de colores en ese océano tan azul y cristalino», explicó. También viajó con él a Venecia. «Venecia lo dejará sin palabras, como les pasa a todos la primera vez. Me muero por verle la cara». Thane fue con ellos a Atenas, y a Estambul. Le deslumbró la Mezquita Azul, pero se quedó más prendado de las dagas con esmeraldas enormes. En España, Thane cayó enfermo. Le quitaron el apéndice. Ella reaccionó como si estuvieran en la selva más remota del Amazonas y rodeados solo de curanderos. Connie no gestionaba bien la ansiedad. Cómo no, en San Sebastián todo salió a la perfección, y ese mismo día, Thane se paseaba como si nada por el vestíbulo del hotel mientras encargaba la cena en el restaurante.

«Mira que es sibarita», presumía Connie. «Le ha cogido gusto al paté y las trufas. Yo, a los doce años, ni sabía lo que eran las trufas». Al año siguiente, en el hotel de París, Baum preguntó a Connie: «¿De verdad ves necesario que le den un masaje?».

«Le encanta eso de que la masajista acuda a la habitación con su mesa», contestó ella.

«¿Y la pedicura?», siguió Baum.

«Reconocerás que está guapo», respondió. Baum habría tenido que reconocerlo, pero se calló porque, para entonces, Thane estaba bien situado en su lista negra. Sí, el chico era guapo, aunque de un modo peculiar. «Y muy inteligente», decía Connie en aquella época en que viajaban a menudo porque a ella le encantaba hacer turismo y educar a Thane, y aunque Baum no ganaba mucho, a Connie no le importaba llevar el peso económico de la familia. En todas las discusiones, únicamente salió el tema del dinero una vez, y él tuvo la sensación de que, en realidad, le importaba más de lo que parecía.

«Encargué un test para medirle el coeficiente intelectual», comentó un día, orgullosa de su hijo. «Se quedaron asombrados en Harvard. Sacó alrededor de ciento sesenta, que es estratosférico, pero eso yo ya lo sabía». Por más que lo intentara, Baum no lograba acercarse a Thane, quien tenía a su padre por un arquitecto brillante y excepcional, y a Baum, por un intruso que no podía apartar las manos de su madre. No había duda de que la madre y el padre biológico eran sumamente inteligentes, y por otro lado estaba Baum, un quiero y no puedo, rebosante tanto de ambición como de mediocridad. ¿Qué verá ella en este tipo?, se preguntaba Thane. ¿A un artista? ¿Y dónde está ese arte? ¿Cómo es que este payaso se ha convertido de repente en mi padrastro? Baum había intentado ejercer de buen padrastro, pero no conseguía ganarse a Thane. Y para Connie, su hijo lo merecía todo. ¿De verdad era necesario gastarse más de cincuenta mil dólares en un colchón para el niño?, pensaba Baum. La excusa era el dolor de espalda. El padre padecía una escoliosis leve y Connie no quería que Thane creciera con la columna torcida. El crío tiene que ser rubio y andar erguido, como las Juventudes Hitlerianas. ¿No se daba cuenta de que quizás lo malcriaba al regalarle un Rolex cuando cumplió catorce años solo porque había dicho que lo quería?

Thane y Baum discutían mucho a medida que el hijo se

hacía mayor, pero eran unas discusiones diferentes a aquellas con Amnon Weinstock, el nuevo pandeRetero de los White Chocolate Dandies. No se trataba de debates entre gente respetuosa que defendía opiniones distintas. En teoría, discutían de política y literatura, pero en realidad eran ataques personales, como anuncios agresivos protagonizados por un artista frustrado y un joven engreído. Con los años, Baum notaba que Thane estaba cada vez más pagado de sí mismo. Un día, los tres fueron al cine a ver *Persona,* la película de Ingmar Bergman, y Baum salió conmovido. Thane dijo que era críptica, pretenciosa, con ínfulas artísticas, un bodrio. En otra ocasión, Baum le recomendó *El ruido y la furia* de Faulkner, y Thane comentó que estaba bien, aunque no era para tanto. También le dijo que leyera *El guardián entre el centeno,* convencido de que era una lectura ideal para un chaval de trece años. No le gustó nada y redujo al personaje a la categoría de llorón empedernido.

Con el éxito espectacular de su primera novela, la química entre ambos fue a peor. A Thane le fastidiaba tener que defenderse de las críticas de comercial y mediocre, expresadas por quien, para él, no era más que un artista fracasado y resentido que, para colmo, había engatusado a su madre.

«No es de extrañar que todas las mujeres caigan rendidas a los pies de Thane, ¿no?», sostenía Connie con una amplia sonrisa. «A mí me pasaría si no fuera delito».

Para Baum, lo más asqueroso fue cuando Thane aprovechó la fama reciente para ofrecerse en público a intercambiarse por un científico retenido por el gobierno ruso. Aquello era una idiotez para hacerse notar, opinaba Baum, dado que Thane sabía que el Ministerio de Exteriores no consideraría la propuesta. Una idea sin riesgo alguno, destinada a la autopromoción. «Es un auténtico *putz»,* le dijo Baum a su prima, Sheila Wasserman, cuyo hermano había muerto en la guerra de Vietnam. «El muy cretino, que va por ahí de héroe».

El remate fue el día en que Thane acababa de entregar el manuscrito a su editor y Baum escuchó una conversación con su madre. Era una noche lluviosa de verano, y los tres jugaban al Scrabble y bebían una botella de vino. Baum comentó que

estaba cansado y que se retiraba a dormir al piso de arriba. Madre e hijo siguieron con el juego, sin darse cuenta de que Baum había ido a la cocina a picar algo antes de acostarse. Mientras buscaba unos *brownies* de dulce de leche, sintió un ligero dolor en el lado izquierdo del pecho. Asustado ante la idea de sufrir una trombosis coronaria, se sentó a ver si se le pasaba. Todo estaba en silencio, solo se oían las voces de Thane y Connie. Ignoraban que Baum no estaba en el dormitorio y que llegaba a sus oídos cada palabra de lo que hablaban.

«¿Qué le pasaba esta noche?», preguntó Thane. «No estaba centrado en el juego. Se notaba mucho».

«Siempre se abstrae cuando está con una nueva novela».

«¿Está con eso? Espero que no le salga otra lección de filosofía hueca en la que se manifieste su presencia, o mejor dicho, sus ideas, en todos los personajes».

«A veces pienso que sería más feliz dando clases en cualquier universidad», señaló Connie, «pero eso es poco para él».

«Querrás decir que es poco para ti». Thane bebió un trago de vino, debatiéndose entre la sinceridad y la delicadeza.

«Tienes razón. Soy una cabrona».

«El problema es que lo sobrestimaste».

«Tu madre es una mujer caprichosa. Y muy exigente».

«Reconoce que te equivocaste», dijo Thane. «Es un tipo del montón, con ocurrencias poco trabajadas. Todo lo que dice se ha dicho ya mil veces y mucho mejor. Esas preguntas sin respuesta cobran vida con los grandes escritores. Con él, todo suena a rutinario y moralizante. No digo que no tenga cierta facilidad de palabra, lo que está bien para el Scrabble pero no basta para la literatura. ¿Me estoy pasando de sincero?».

«Nunca te ha caído bien Asher, ¿no? Desde el principio», señaló la madre. Estaba ligeramente ebria por los sucesivos sorbos al Chambolle-Musigny durante las últimas horas.

«Ya que estamos, ¿te digo lo que pienso de verdad de él?».

«Ya sé que nunca te ha caído bien. No hace falta que me lo restriegues».

«Es un perdedor, madre. No está a tu altura. Es que no sé

qué le viste. Comparado con papá, es un don nadie. Es algo que sentí desde el principio y el tiempo me ha dado la razón. Tú has sacado el tema, así que te lo digo. Intento tratarlo con respeto, pero solo por ti. Es un idiota, un fantoche».

Ahora fue él quien dio un nuevo sorbo para reunir fuerzas antes de concluir su incómodo monólogo. Baum escuchaba en silencio, sin pensar ya en el dolor del pecho, que resultó ser una indigestión. Un idiota, un fantoche. Así que a eso lo rebajaba ese geniecillo arrogante. No un escritor honorable y afligido, sino un inútil. Tenía ganas de correr al salón a darle un guantazo.

«Tu padrastro era en su momento un hombre encantador y muy inteligente», añadió Connie con voz insegura. «En algunos aspectos, sigue siendo muy brillante, y eso que dices de la facilidad de palabra, es mucho más que eso. A mí me enamoró un artículo suyo sobre el Holocausto. Posee una visión profunda de la vida. Escribió unos relatos que apuntaban a un escritor de primera. Me dio la sensación de que tenía mucho potencial».

«Me parece que confundes lo sombrío con lo profundo. Es un cínico. Es fácil ir de pesimista sin aportar soluciones. No hay alegría ni redención. Dime quién va a leerse cientos de páginas para que al final le digan que el único camino en la vida es resignarse al autoengaño. Yo no. Es un suplicio. Todo lo que no sea la grandeza le parece poco. A nadie le interesa su versión descafeinada de *Los hermanos Karamázov*. Tampoco quinientas páginas recicladas de su otro autor favorito, Kafka», comentó Thane.

«Era ambicioso, y se preocupa por el bienestar de la humanidad. Cuando nos conocimos, expresaba muy bien esa ambición. Me impresionó, y yo además salía de dos matrimonios complicados».

«Vamos, que tiene mucha labia».

«Lo único que quiero es que os llevéis bien».

«Está resentido conmigo porque lo veo tal como es. Mi único deseo es que, cuando salga mi libro, te proporcione la felicidad y satisfacción que mereces. Sabes lo mucho que te debo».

Esa valoración sincera sobre Baum no contribuyó a que él quisiera ganarse el cariño de su hijastro. Menudo *vontz* infantiloide, pensó. Me repatea, y su libro es insoportable, pretencioso de principio a fin. La prensa que diga lo que quiera. Sí, la idea tiene gancho, y sí, los personajes son singulares, pero no hace más que seguir lo que está de moda. Y las modas cambian, y su libro será ingenioso, pero caerá en el olvido, en la basura, en la sección de saldos.

Baum se imaginó el libro en un club literario de mujeres mayores, como en las caricaturas de Helen Hokinson[7], que suspirarían durante su lectura y buscarían significados inexistentes. Encima iban a grabar un reportaje televisivo sobre la sensación del momento para un programa matutino de los domingos. Baum suponía que dirían maravillas de Thane, que ensalzarían sus hábitos de trabajo, su profundidad intelectual, su irresistible encanto. En una película mala, Baum se giraría hacia la cámara y arremetería contra ese payaso insolente. Es un narcisista consentido, un escritorzuelo que se aprovecha de críticos delirantes y de un público simplón. Pero no estaba en una película y no pensaba echar por tierra al crío. No iba a decir que el mundo entero se equivocaba, ni tampoco que en el futuro se hablaría del libro con la ferocidad con la que Mark Twain destrozó en su día a James Fenimore Cooper[8].

Baum se fue a dormir y, dado su nivel de ansiedad, lo normal habría sido que soñara con arañas o con su pesadilla recurrente, en la que un jurado popular, gente corriente como él, lo ata, lo amordaza con cinta adhesiva y lo mata a patadas. Pero no, esta noche tuvo un sueño bastante agradable. En él, sus padres celebraban el aniversario de bodas y Baum estaba muy feliz al verlos besarse y tan enamorados como el primer día. Soñó que les regalaba un aparato de radio de los antiguos, y que cuando lo encendían, aún funcionaba, aunque solo emitía programas y melodías de un tiempo ya desaparecido, y mientras dormía, se le dibujaba una leve sonrisa al evocar a sus padres abrazados frente a aquella radio Philco sintonizada en el programa musical *Make Believe Ballroom*[9].

Cuando despertó por la mañana, regresó a su cabeza la dura realidad, con lentitud, como una sustancia viscosa que se

adhiere sin remedio. Era un día nublado de otoño, de esos que tanto le gustaban. No soportaba los días de sol. Además del temor a los efectos cancerígenos de los rayos ultravioleta, le molestaba ver el mundo iluminado con su crudeza extrema. Le encantaba la luz gris y tenue, ya que la claridad intensa anulaba el romanticismo en todo y en todos, por eso prefería la lluvia, mucho mejor sin duda.

Baum y Connie desayunaban en silencio, absortos en sus sendos ejemplares del *New York Times;* el de ella, en un ordenador portátil, y el de él, en el teléfono móvil, y de vez en cuando se aventuraban en comentarios triviales sobre la calamidad o la incompetencia política del día. Intentó contarle su sueño, pero ella estaba concentrada en una noticia sobre la violación en grupo de una chica brasileña. Él se detuvo en la historia de un hombre al que un desconocido había golpeado con un martillo en plena calle. Sus lecturas se cruzaron únicamente en torno a una ley de 1821 aún vigente y cuya infracción conllevaba un año de cárcel. Les llamó la atención que se considerara delito federal fabricar dentaduras postizas sin ser dentista y enviarlas de un estado a otro. Connie se preguntaba si alguien habría ido a prisión por eso. Baum pensó que era un punto de partida estupendo para una columna de humor en el *New Yorker*. Él mismo se habría puesto a ello si no estuviera con la idea del nuevo libro, que mucho humor no tenía, ya que trataba sobre las torturas de la Inquisición a Galileo para que se retractara de sus hallazgos científicos.

Aquello derivó en una conversación sobre las leyes del país y el sistema penal, para llegar al tema de la pena de muerte. Connie estaba completamente en contra y Baum no lo tenía tan claro. Un hombre mata a los cinco hijos de una familia, expuso. ¿Y si los padres obtienen un mínimo consuelo al saber que el asesino ha terminado en la horca? Ella argumentó que la decisión era responsabilidad de la sociedad y no de unos padres ávidos de venganza, y que ninguna sociedad debería aceptar la muerte como castigo. El debate se prolongó durante el café y las magdalenas de maíz, sin llegar a ningún acuerdo. En los asuntos conflictivos, Baum nunca se sentía del todo seguro de su postura aunque la tuviera muy meditada. Era

maestro en dudar de sí mismo.

La verdad era que se alegró de que no apareciera ninguna noticia de un escritor que se había abalanzado bruscamente sobre una reportera después de una entrevista.

Terminado el desayuno, cada uno se fue a sus cosas. Connie, a mirar un libro que había adquirido de fotos de perros. Se había empeñado en tener uno, pese a que él no era muy fan de las mascotas. Ella opinaba que un dóberman sería perfecto para proteger la casa, y aunque no estaba preocupada por los ladrones, sabía que él tenía sus paranoias y pensó que no le haría ascos a un perro guardián. Baum decía que los dóberman le recordaban a la Gestapo y que seguro que los educaban para que fueran antisemitas. Ella propuso a continuación un *golden retriever*. A él los *golden* le parecían inteligentes, amistosos y leales, pero era un perro al fin y al cabo. Cuatro patas y ladraba. No era lo suyo. Ella incluso había planteado criar caniches para participar en concursos caninos. En definitiva, le dijo que quería un perro y que no estaría de más que él comenzara a informarse sobre las razas. Como de costumbre, las opiniones de Baum ni se tendrían en cuenta, se tomarían como meras pataletas del cascarrabias de siempre. «Por el amor de Dios», se desesperaba Connie, «a todo el mundo le gustan los perros».

Baum dio un paseo por el lago y pensó que no era que no le gustaran los perros; más bien, ahora que su vida se desmoronaba, lo que menos le apetecía era tener un chucho jadeante que lo mirara fijamente sin parar. De niño había querido tener un perro a toda costa, cautivado por las hazañas de valentía, coraje y superinteligencia que veía en las películas. Después de mucho insistir, sus padres le regalaron un *spaniel*, que le resultó al final una carga, un ser absorbente, tonto y, para colmo, cobarde. Por lo visto, no era muy amante de los animales. Le atraían los felinos de la selva, que eran bellos y majestuosos, pero un perro atado con correa, un loro enjaulado o, Dios nos libre, los pececillos de colores, ni en broma. Las mascotas no iban con él. A Connie todas esas historias le traían sin cuidado. O se hacía lo que ella decía o ahí estaba la puerta. La tensión entre ellos se había vuelto palpable con el tiempo,

y, como el espacio vacío que nunca está vacío del todo, esa tensión en la que vivían estaba cargada de partículas cuánticas.

«Y ahora me viene con lo del perro. Ella ya sabe lo que opino, pero como si oyera llover. Sí, podría sacar de nuevo el tema, pero eso nos llevaría a otra discusión, y de ahí a una discusión más fuerte, para terminar discutiendo no sobre los caniches, los dóberman o los *golden retriever,* sino sobre la cantidad de decepciones mutuas que hemos acumulado con los años». Tenía razón Baum. El asunto del perro daría pie a una serie de reproches sobre la falta de sensibilidad, las ocasiones desaprovechadas, el sexo rutinario, la soledad en compañía del otro. A saber. Pero desde luego que la discusión no tendría nada que ver con elegir a este o aquel perrito.

Al otro lado del lago, por el camino de entrada de la casa, apareció un coche, y era Thane con su novia. Esa a la que siempre pone por las nubes, esa a la que Connie considera perfecta para él. Baum no alcanzaba a verla por la distancia, pero sería una modelo más, impresionante en bikini pero con poca chispa.

«Algunas de las que se ha traído eran bastante inteligentes», se dijo a sí mismo.

«Sí, una era neurocirujana, ¿no?».

«Sí, con un cuerpazo que uno solo se imagina en sueños».

«Por Dios, ¿qué será lo que le ven?».

«A lo mejor, que le va bien en todo y que ahora va a vender los derechos del libro para el cine».

«¿Eso dónde lo has leído?».

«En una columna de sociedad».

«¿Van a llevarlo al cine? Bueno, no me extraña. Es un producto comercial».

«El argumento está muy bien y los personajes son interesantes».

«Una película que no pienso ver».

«No creo que se arruinen por tus quince dólares». Asher se lanzó unas cuantas pullas a sí mismo justo cuando Connie salía de la casa, y entonces confirmó, por la cantidad de abrazos, que la novia de Thane le caía estupendamente. Supongo que tendré que ir a saludarla y mostrar interés, murmuró Baum.

Connie le hizo una señal con el brazo para que se acercara. Baum pensó lo poco que le importaba a ella que estuviera ahora centrado en la estructura de su novela. Aquí hay un escritor que trabaja y se toma en serio la literatura, pero claro, ha venido Thane y hay que aparcarlo todo, y puede que hasta me diga lo que tengo que contar en el reportaje de la tele. El crío y Connie examinarán mis elogios para ver si transmiten el entusiasmo adecuado. Baum rodeó el estanque y se dirigió a la casa, donde ya habían entrado Thane, su novia Sam y Connie. La madre preparaba al hijo un mochaccino helado y el niño prodigio se lo presentaba a su chica como si fuera pura ambrosía, porque «así lo prepara mamá».

Cuando entró Baum y vio a la novia de Thane, se quedó de piedra. No solo por su belleza, sino porque además era calcada a su exmujer Tyler, el amor de su vida. Sam desprendía frescura, como recién salida del campo, deslumbraba de la misma manera que Tyler, aunque sin maquillaje ni artificios. Baum no apartaba la vista de ella. El parecido con Tyler era innegable. Al igual que Tyler, resultaría tan natural con un martini en un ático de lujo como tumbada en un pajar de Iowa. Llevaba un vestido blanco de algodón. Es Tyler, pensó Baum, la sonrisa, los ojos grandes, el pelo rubio y liso.

«¿Qué miras tanto?». Era Connie, que aparecía en el salón desde la cocina con dos mochaccinos helados y veía a su marido víctima de una pistola de descargas.

«Ah, disculpa. Intentaba recordar un verso», mintió torpemente. «“Engendrado por la desesperación ante lo imposible”… Me suena haberlo leído en alguna parte».

«Andrew Marvell», contestó Sam. «Un poeta muy romántico».

A esas alturas, le ardía tanto la cara que podrían haber asado carne encima.

«Sam, este es Asher», señaló Thane a modo de presentación. «Te he hablado de él».

Y que lo digas, pensó Asher. Todavía siento el dolor de la puñalada en la espalda.

«Tú eres el padre», dijo Sam.

«El padrastro», respondió Baum con rapidez, para pasar de

ser Baum el Torpe a Baum el Inseguro. Los cuatro jinetes del Apocalipsis de Baum, formados también por Baum el Miedoso y Baum el Histérico.

«Sam Taylor», dijo ella con la mano extendida.

«Tu nombre me suena de algo», titubeó Baum.

«Será porque Sam trabaja con el editor de Thane», explicó Connie mientras repartía las bebidas. «¿Quieres algo, Asher? ¿Agua caliente con limón?».

«No, gracias, estoy bien». Baum había leído por ahí que el agua caliente con limón ayudaba a eliminar toxinas, y como quería vivir eternamente, incorporó esa bebida a su arsenal de remedios. Connie y Thane se burlaban de él por eso.

«No sabía que estabas con una nueva novela, Thane no me había dicho nada», comentó Sam.

«Bueno, estoy dándole vueltas a la idea», afirmó Asher.

A saber lo que le habría contado o dejado de contar Thane, pensó. Supongo que habrá hablado de mis crisis de ansiedad. Seguro que para exagerarlas.

«Me encantaría conocer más detalles, si te parece», siguió ella. «Trabajo para el editor de Thane. Me gustó mucho la última que escribiste».

«¿La has leído?».

«Leo de todo. No entendí las críticas negativas. Quizás es que algunas de tus ideas eran difíciles de asimilar. Me gustó mucho tu valentía».

De repente habían valido la pena tanto sudor y sufrimiento invertidos en las cuatrocientas páginas escritas a lo largo de dos años insufribles.

«¿Qué tal el mochaccino?», preguntó Thane a Sam.

«Delicioso», respondió.

«Ven por aquí», continuó Thane. «Nunca te he enseñado bien el lugar».

Entonces, como quien se despierta por la mañana con una inesperada sensación de bienestar, Baum salió del trance y los jóvenes enamorados se alejaron para pasear entre los árboles y las hojas otoñales.

«Es la única chica que ha traído que, en mi opinión, está hecha para él», dijo Connie.

«¿Sí?».

«Quería presentártela la última vez que vino, pero estabas muy liado con aquella carta tan desagradable que enviaste al *Times* de Londres. Es un encanto, inteligente y muy metida en el mundo literario. Seguro que lo hará feliz y además lo ayudará en su carrera. ¿Has pensado en lo del perro? Creo que vuelvo a decantarme por el dóberman». En ese instante, la cabeza de Baum estaba tan lejos del mundo animal como la distancia que hay entre Neptuno y la ciudad de Perth Amboy. Solo era capaz de pensar en que Sam era la reencarnación de Tyler. Llevaba años sin experimentar ese subidón de serotonina, creía que jamás volvería a sentirlo y, en parte, casi mejor. Connie abandonó el salón y la casa, se subió al coche y se dirigió a New Milford a hacer unas compras. A Thane le gustaban mucho las langostas, y quizás aún quedaran si llegaba a tiempo al mercado. Baum se sentó en el sofá a tomar aire. No hizo nada más, solo tomar aire. Sentía una euforia extraña.

«¿Te has vuelto loco?», dijo de súbito en voz alta.

«¿Y eso?».

«Ahora te entra la nostalgia por una mujer que te dejó hecho polvo».

«Me recuerda mucho a Tyler. No solo por el físico, son también los gestos, la forma de hablar. La miro y veo a Tyler».

«Asher…».

«No me marees. Te digo en serio que es clavada. Cuanto más la miro, más se parece».

La historia de Baum y Tyler daría para una película, o mejor dicho, para una de esas malas películas de Hollywood. Reunía los elementos de una comedia romántica de las cursis, a excepción del final feliz. Baum había superado el divorcio con Nina cuando apareció Tyler. Entonces vivía en un apartamento pequeño de la calle Setenta y ocho, entre Central Park y Lexington. En aquellos días, muchos adosados unifamiliares se habían dividido en distintas viviendas, reformadas posteriormente y convertidas en una variada gama de apartamentos modernos, algunos espléndidos y otros más incómodos, todos caros aunque no prohibitivos. El de Baum no estaba mal. La ventana trasera tenía una bonita vista al jardín

arbolado de un vecino y contaba además con chimenea. Pagaba ochocientos cincuenta de alquiler; ese mismo espacio de dos habitaciones y media costaría hoy miles de dólares.

Era el fin de semana festivo del cuatro de julio. Manhattan, y también el Upper East Side, estaban vacíos. La gente con dinero se había ido a los Hamptons, Martha's Vineyard o Europa. Adonde fuera para huir del calor de la ciudad, que superaba los treinta grados. Allí se quedaron Baum y otros adictos al asfalto que disfrutan de Manhattan en verano. Personas encantadas de la disminución del tráfico y la facilidad para ir a todas partes, a los restaurantes y museos y a los espectáculos de Broadway. Baum no aguantaba los típicos lugares de vacaciones y prefería pasar el verano en Manhattan, siempre que no fallara el aire acondicionado. Cuando llegara septiembre, ya habría disfrutado de mucho tiempo de tranquilidad y asumiría sin problema la vuelta de los residentes y del caos habitual. Unos amigos lo habían convencido una vez para que fuera a visitarlos a su casa de East Hampton. El trayecto resultó largo y aburrido, con el tráfico tan congestionado que literalmente avanzaba a trompicones. La casa era grande y lujosa, frente al mar, y le dieron una habitación preciosa, pero las sábanas estaban húmedas y no conciliaba el sueño por el incesante sonido de las olas que alcanzaban la playa. Aunque parezca mentira, la estruendosa cacofonía urbana jamás perturbaba su descanso; ni las sirenas de la policía, ni las ambulancias, ni los camiones *mitzvá*[10], ni los martillos mecánicos que arreglaban los baches a cualquier hora del día o de la noche. Sin embargo, la relajante calma del Atlántico no le dejó pegar ojo.

En esa casa, en pie y con la ropa puesta a las seis de la mañana, salió a disfrutar de un paseo por la refrescante arena blanca. A solas en aquella costa infinita, con el cielo gris y taciturno del alba, con el vasto océano y su vaivén rítmico que indicaba el avance unidireccional del tiempo, sus pensamientos se evadieron de forma natural hacia lo eterno y después hacia lo religioso. Si había de manifestarse el plan de Dios, tenía que ser en ese entorno y esas circunstancias. Con la mirada fija en el horizonte, esperó una señal. Al no aparecer ningún mensaje

ni materializarse ninguna indicación sagrada que coincidiera con su intuición inefable en «algo superior», al no presentarse Dios, empezó a extrañar la ciudad, donde los indicios de la inmortalidad eran poco frecuentes, pero al menos, en caso de apuro, siempre tenía a mano el número de emergencias. Basta ya de esa celestial tomadura de pelo, es un timo para incautos.

Sus anfitriones lo llevaron después a un par de fiestas, pobladas ambas, a su juicio, por personajes que habrían hecho las delicias de cualquier caricaturista. «Rose Kimmel luce nuevos pendientes de la casa JAR», estampa de *La barbacoa en Amagansett,* serie de grabados de William Hogarth. Grabado número 2: «Sidney Kantor, presidente ejecutivo de un fondo de inversión, lanza un frisbi a su perro». Grabado número 3: «Max Koch recomienda a Edith Klein que demande a su cirujano plástico». Grabado número 4: «Un borracho mancha con guacamole el Rothko de la familia Gillman». Grabado número 5: «Fran Bigman le dice a un actor que no se cree ninguna de las acusaciones».

Al salir de la fiesta y dirigirse al coche, Baum pensó que no se veía en una caricatura, sino en un cuadro con las manos sobre los oídos, la boca completamente abierta y firmado por Edvard Munch.

Llegó a Manhattan después de un atasco monumental que duró tanto como una travesía en el Queen Mary, y cuando se quitó la ropa para ducharse y acostarse, descubrió horrorizado dos manchas negras en una pierna. El impulso inicial fue, cómo no, pensar en el melanoma y llamar de inmediato a su dermatóloga. Pero entonces se percató de una cosa: las manchas no tenían las características que señalaba el folleto de la consulta de la doctora. En ese instante, con un sobresalto que le paró el corazón, se dio cuenta de que eran garrapatas incrustadas en la piel. Se le congeló el cuero cabelludo, con el pelo tieso y en formación como la guardia de la reina de Inglaterra. Desesperado y con palpitaciones craneales, se revisó todo el cuerpo para comprobar si había más elementos invasores y se espantó al ver otro bicho en la espalda. A punto de ser arrastrado por un tifón de pánico, recordó que una vez había leído que no se debían quitar con pinzas, porque así

únicamente se arranca la cabeza de la garrapata y el cuerpo permanece incrustado. El método correcto era encender una cerilla, apagarla y luego tocar al parásito con la parte caliente para que así saliera disparado.

Al borde del infarto, se puso a buscar cerillas por todas partes. No era fumador pero, un momento, la chimenea. En el recipiente de cobre de la repisa tenía cerillas. Fue a toda prisa a por ellas, encendió una y tocó la cabeza de los bichejos. Se soltaron como por arte de magia, exactamente como había leído. El problema estaba en la de la espalda, a la que era incapaz de alcanzar por muchas contorsiones que hiciera. Maldito sea el mundo entero, tenía que recurrir a los vecinos de arriba para que realizaran esa asquerosa tarea. Todos se habían ido de fin de semana, excepto una mujer mayor que vivía confinada, la señora Melnikoff, una vieja gruñona, por supuesto. La señora tenía noventa años, la vista muy reducida y oía lo que buenamente podía con unos audífonos anticuados. Primero asustó a la pobre al tocar una y otra vez el timbre a una hora tan avanzada, y luego al intentar explicar a aquella nonagenaria casi sorda la complejidad del asunto. La anciana no sabía lo que era una garrapata y pensó que Baum, por sus gestos, padecía el baile de San Vito. Una y otra vez recalcó lo que tenía que hacer, y cuando al final se quitó la camisa, la mujer soltó un buen grito. Tras varios intentos desastrosos con la mano temblorosa y las cerillas calientes que torturaron a Baum sin piedad, finalmente dio en el clavo. Baum se habría echado a llorar de puro agradecimiento. Se apuntó en la cabeza enviarle un enorme ramo de flores, volvió a su apartamento, se sirvió hasta arriba una copa de oporto y disfrutó del primer sueño tranquilo de los últimos días.

Así es como juró no aventurarse en verano más allá de su código postal, ya que prefería pasar los días sofocantes sin insectos y en casa, con el aire al máximo. Tenía algunos amigos que también se quedaban en verano, pero se iban fuera casi todos los fines de semana. El único inconveniente de quedarse en la ciudad en julio y agosto era la soledad. Esa mañana del cuatro de julio, con el Upper East Side desolado como si hubiera explotado una bomba de neutrones, terminó

de trabajar en su novela y vio que era la hora de comer. Era un día con las tres ces: caluroso, cubierto y chorreante, el tiempo que menos gusta a los neoyorquinos. Con la nevera vacía, optó por ir a la cafetería de Madison Avenue, pedirse un sándwich de jamón y queso y una cerveza, y a lo mejor un pastel danés de cereza.

Salió del apartamento, caminó tranquilamente las dos manzanas cortas hacia su destino y entró en el establecimiento agradable, limpio y fresco. Pidió el sándwich y, en busca de un dulce perfecto para el postre, miró los *schneken*. Fue entonces cuando reparó en una chica joven, extraordinariamente guapa, con esa belleza natural y sencilla que siempre ejercía en él un poderoso hechizo. Posteriormente describiría su figura voluptuosa como el culmen de la «impecable exquisitez». Esa potente combinación de pequeños milagros le sentó como una bebida con droga dentro, y verla estirarse para alcanzar el tarro de una estantería alta lo transportó a los confines de la galaxia de Andrómeda. ¿Qué tienen esos vestidos veraniegos de algodón?, se preguntó. ¿Será que los tiñen de feromonas?

«¿Te ayudo?», se ofreció Baum.

«Sí, genial», respondió ella.

Realizó el acto caballeroso con la misma fanfarronería con la que sir Walter Raleigh extendió su capa sobre un charco para que pasara la reina Isabel.

«Muchas gracias», dijo, y él la miraba fijamente, con los ojos como las ruedas de fuegos artificiales. «Parece que no hay en toda la ciudad nadie más que nosotros», señaló la chica.

«Sí», contestó. «Creo que me gusta la idea». De repente se oyó decir lo de «creo». Tendría que haber dicho «me gusta la idea» sin ese añadido absurdo del «creo».

«Y a mí», confirmó ella.

Entonces no supo qué más decir. El escritor, el maestro de las palabras, el novelista, el hombre dispuesto a codearse con los autores de *Crimen y castigo* y *El proceso,* no era capaz de seguir la conversación después de un banal «creo que me gusta la idea». Ella se dirigió al mostrador, donde el camarero le hizo entrega del pedido.

«Aquí tiene la ensalada de camarones. ¿Algo más?».

«Y esta miel», indicó.

Baum se quedó parado como el hombre de la azada de Markham[11], impasible y aturdido, hermanado con el buey. A continuación vio que sacaba el dinero, pagaba, recogía el recipiente de plástico con la ensalada y desaparecía por la puerta hacia la sauna urbana. Baum volvió en sí y reaccionó arrepentido de su parálisis. Corrió al mostrador, ignoró el postre y pagó el sándwich de jamón. Quería hablar con esa chica. No quería que se fuera de su vida. Salió en cuestión de segundos, miró en todas direcciones, inmune a la humedad tropical, y la vislumbró a lo lejos doblar la esquina y subir por la calle Setenta y ocho hacia la Quinta Avenida. Se lanzó rápidamente tras ella, pero cuando ya casi llegaba a su altura, vio que entraba en un edificio pequeño de ladrillo marrón. Se aproximó, se dio cuenta de que era similar al suyo, un adosado dividido en varios apartamentos, encontró el portal cerrado y la chica ya no estaba. Se detuvo a analizar la situación y valorar posibles movimientos. Echó un vistazo a los nombres de los timbres para decidir cuál tocar. ¿Sería Dubinsky? ¿Jethro, Leeds, Hart, Royce, Jazack? Pensó que se comportaba como un desesperado. No obstante, ¿qué se puede hacer si uno se enamora a primera vista, cuando solo va a comprar un sándwich de jamón y de pronto se topa con una mujer con la que querría despertarse todas las mañanas, ser incinerado y compartir la misma urna hasta el fin de los tiempos? Esto es de película, barruntó. Estoy en una película. Estoy metido en pleno celuloide.

Su amigo Weinstock tenía la teoría de que los escritores eran más teatreros que los actores. Se veía en la forma de vestir: americanas con coderas, chaquetas militares, cuellos altos, botas de ante; bebían y fumaban sin medida, coqueteaban con la muerte y al final se quitaban la vida. Eran actores que hacían de escritores, y ahí estaba él, un escritor, aunque en una película diferente. Atrapado en una comedia romántica tontorrona, en el papel del desventurado protagonista que actúa de forma ridícula por una mujer a la que no conoce, una mujer que quizás vivía con otro tipo o que había envenenado a sus tres maridos. Probó suerte con Hart y

Jazack, pero no hubo respuesta. Llamó a Leeds y sonó una voz de varón.

«Perdón, me he equivocado». Apretó el timbre de Royce, contestó ella y reconoció su voz.

«¿Sí?», preguntó.

«Eh… hola», farfulló. «¿Eres la chica que estaba en la cafetería y se ha llevado una ensalada de camarones?».

«¿Quién es?».

«La otra persona que se ha quedado el fin de semana en Nueva York. Te ayudé con el tarro de miel de la estantería».

«Ah, sí, gracias. ¿No te di las gracias?».

«Quería hablar más contigo, pero te fuiste y luego vi que entrabas en esta casa».

«¿Me has seguido?».

«Pero no en modo acoso. Intenté alcanzarte para seguir hablando y vi que entrabas aquí. Bueno, no quiero molestarte… Vivo al girar la esquina. Me llamo Asher Baum. Soy escritor. Igual has leído mi libro, *Desesperación*. No digo que hayas tenido que leerlo sí o sí, pero quién sabe. Claro, si no te echaron para atrás las críticas. Aunque en Francia fue bien de ventas. Sería por el tema existencial».

«Pero ¿quién es?».

«Asher Baum. Te ayudé a coger el tarro de miel de la estantería».

«Ah, sí. Bueno, gracias».

«Una cosa, ¿te apetece ir a comer? He pensado que, como nos hemos quedado los dos en la ciudad, qué tal si vamos al parque con lo que hemos comprado y comemos en un banco».

«Ya he comido».

«¿Ya? ¿La ensalada?».

«Sí».

«¿Tan rápido?».

«Sí».

«Bueno, no se me ocurre nada más. Me parecía un buen plan. Me encanta Central Park. No pensaba que… vaya, sí que tenías hambre».

«Soy de comer rápido».

«Bueno, si no quieres comer conmigo, ¿te casarías

conmigo?».

«Hoy no. Hace mucho calor», dijo. «Pero te doy mi teléfono y comemos otro día. Estaré aquí todo el verano». Anotó el número y la llamó al cabo de cinco minutos, en cuanto llegó a casa. Quedaron para cenar la noche siguiente, y a partir de ese inverosímil inicio, disfrutó de los mejores, aunque escasos, años de su vida.

Pasaron juntos julio y agosto. Las dos únicas personas de la ciudad, o así lo sentía él. Recorrieron las calles, dieron paseos por el parque, cenaron en todas partes, vieron todas las películas, visitaron todos los museos, acudieron al festival Mostly Mozart y fueron a todos los espectáculos de Broadway. Era perfecta para Baum. Tyler Royce, que había nacido y vivido siempre en Park Avenue, una chica de colegios privados, el Bard College, inteligente, rápida de mente. «El matrimonio es la muerte de la esperanza», era uno de sus aforismos, pero al final del verano ya hablaban de casarse. Había pensado ser arquitecta, pero al final estudió para actriz. Cuando se dio cuenta de que nunca sería de las grandes, se dedicó a impartir clases de actuación, después se interesó por la escritura y consiguió vender un guion para la televisión. Sin embargo, había dos áreas en las que sí mostraba una genialidad imbatible. Era una auténtica musa. Cada hombre con quien había quedado, había salido o se había acostado le debía su apoyo y orientación para prosperar en su carrera, todos habían progresado gracias a sus consejos. El pintor se desprendió de su dependencia de De Kooning, el músico aprendió a tocar de manera más elaborada las *Variaciones Goldberg*. Baum, el novelista, también mejoró bajo su supervisión. Leía sus textos y le decía lo que resultaba original y lo que sonaba anticuado.

Alimentó su ambición, ya de por sí elevada, para que mirara más allá, descartara las tentaciones comerciales y no prestara atención a las críticas, pues la vida dura un suspiro. Contar con su aprobación pasó a ser lo más importante para él, y como el actor que había vivido con ella, el artista pop con el que salió dos años y el compositor con quien viajó a Europa, se contagió de su aliento y enriqueció su mundo creativo. Finalmente,

animó a Baum a cambiar el periodismo por la ficción. Lo empujó a abandonar el territorio donde se sentía más cómodo, a emplear menos tiempo en aquello que no le suponía ningún esfuerzo y a asumir riesgos. El fracaso no equivale a la muerte. El segundo aspecto de su genialidad se manifestaba en la cama, y Baum no albergaba ninguna duda de que todos los hombres con los que había hecho el amor jamás olvidarían las noches que pasaron con ella.

La presentó a sus amigos y quedaron encantados, excepto su hermano Josh, que veía algo que no lo convencía. «No sé, Asher, me cuesta explicarlo con palabras».

«¿Cómo que no sabes?».

«Es lista, muy guapa, te lo pasas bien hablando con ella, pero…».

«Pero, pero… pero ¿qué? ¿Te transmite alguna sensación mística o algo?».

«Solo te digo que por qué tanta prisa en casarte».

«¿Qué prisa? Llevamos como un año. ¿Eso es ir con prisa?».

«Bueno», respondió Josh de forma inexpresiva. Asher no consiguió sacarle más que esa tibia concesión.

«Y sigue con mucho interés lo que escribo. Me corrige cuando caigo en la autocomplacencia. Quita esto, quita lo otro. Tiene alma de editora».

«Supongo», dijo Josh con tono molesto, y por el motivo que fuera y que no acertaba a explicar, el hermano de Baum se mostraba suspicaz, renuente a que las cosas siguieran su curso.

Después de aquel verano en que Manhattan constituyó una isla de ensueño, creada únicamente para una chica y un chico, llegó el otoño, el aire se tornó frío y nublado, Nueva York se sacudió el calor y la humedad y se desperezó. Para muchos, el otoño en Nueva York compensa todas las molestias que la gran urbe genera el resto del año. El otoño y la primavera, pero los neoyorquinos de pura cepa consideran que es el otoño lo que hace especial a la ciudad. Ese otoño, la pareja compró leña para hacer el amor en la alfombra frente a la chimenea. Se sentaban en el sofá y contemplaban durante largos ratos el fuego, hipnotizados por las llamas, el sentimiento mutuo y la música de Billie Holiday que sonaba por los altavoces Hitachi.

Salían sobre todo con los amigos de Tyler, porque el grupo de Baum se había desperdigado y ya había aflorado ligeramente su misantropía.

Aun así, veían con cierta frecuencia a Amnon Weinstock, que no compartía el intuitivo escepticismo de su hermano. Ella presentó a Baum a sus padres, personas adineradas y de buena presencia, procedentes de París, donde vivían ahora para cumplir el sueño del padre. Estaban en Nueva York de visita durante una semana, en la que salieron los cuatro a cenar y ver todo tipo de espectáculos. Ella también conoció a los de él, que se quedaron encantados. En su lecho de muerte, la madre de Baum diría que Tyler era la chica más amable, guapa e inteligente que había conocido. En invierno les encantaba ir a Central Park cuando estaba cubierto de nieve. A Baum no era algo que le fascinara normalmente, pero con Tyler suponía un placer inmenso. Ella pasaba la mayor parte del tiempo en el apartamento de Baum, pero mantuvo el suyo hasta que dejó de hacerlo. En ocasiones cocinaba Tyler, pero solo sabía hacer espaguetis, de modo que con frecuencia encargaban la comida. El *sushi* era la opción favorita de ambos. Cuando llegó la primavera a Nueva York, pusieron fecha de boda para junio. A la ceremonia del ayuntamiento únicamente acudieron ellos. Una cosa sencilla. Celebraron la luna de miel en Chinatown con una buena sopa *wonton* de pato, buscaron un espacio más grande en el barrio que tanto adoraban, el Upper East Side, se mudaron a un apartamento de cuatro habitaciones justo al lado de la Quinta Avenida, un adosado reacondicionado de la calle Setenta y tres, y allí se establecieron para hacer vida en común, él como escritor, ella de empleada para un fotógrafo.

Hasta aquí, todo perfecto, pero ahora empieza la parte disparatada. Tyler conoció a otro hombre y, pese a resistirse con todas sus fuerzas, se enamoró de él. De repente decidió que la vida acelerada de Manhattan no era lo suyo y que se iría a Nueva Zelanda para estar con un músico cuya pasión era la cría de ovejas. Vivirían en su granja, donde se había dado cuenta de que estaba su destino.

Dijo que necesitaba alejarse del ajetreo de la ciudad, que estaba harta de soportar ese bullicio desde niña. No podía ya

con la superficialidad de la Gran Manzana y deseaba hacer algo más útil para la sociedad, como criar ovejas. Dijo que había tenido un matrimonio ideal, pero tal vez demasiado, se había adormecido en una existencia tan placentera y cómoda que se sentía estancada como persona. Añadió que Baum era un ser humano maravilloso y que algún día dejaría huella en la literatura si seguía consagrado a su vocación. Esta sensación repentina era como un despertar religioso, explicó. Reconoció que siempre había tenido un carácter voluble y que con Baum llegó a creer que sería muy feliz casada, algo que nunca le había ocurrido con ningún hombre. Quizás se debiera a un sentimiento de culpa por disfrutar tanto de la vida. Como Baum era tan increíble, tan fabuloso, había optado por casarse con él y se había propuesto que el matrimonio funcionara. Creía tenerlo todo controlado. Entonces conoció a Ricky Lake, un batería que había ganado un montón de dinero, había dejado la música y se había comprado muchos terrenos en Nueva Zelanda. Baum no debería sentirse mal, sino en cierto modo orgulloso porque, entre la infinidad de pretendientes apasionados y de proposiciones de boda, lo había elegido a él. Así que se fue a Nueva Zelanda para probar suerte con las ovejas y los carneros.

Decir que a Baum le costó asimilar lo que había pasado es quedarse corto. Pasó un año como si lo hubiera arrollado un tren de mercancías. Un batería de rock, música que ella aborrecía y calificaba de ruido perforador de tímpanos. ¿Y para vivir en una granja? Pero si estaba más enganchada a las calles de la ciudad que Damon Runyon[12]. ¿Y ahora se va a criar ovejas? Preguntaba esto a gritos a sus escasos amigos, quienes insistieron en que la solución no era el suicidio. Un psiquiatra le explicó que había nuevos medicamentos muy efectivos y le propuso buscar entre los dos el «cóctel» idóneo. Un Prozac con aceituna dentro, por favor, respondió Baum con sarcasmo. Lecciones que da la vida, aunque no sabía muy bien lo que había aprendido, si es que había aprendido algo. Estaba la lección de «el corazón no entiende de razones», pero esa obviedad la sabe cualquiera y no era necesario que se la recordaran a todas horas. Y la de «el humor de una mujer es

impredecible», pero también el de los hombres y, lo que es peor, con frecuencia ellos son más violentos. Llegó a la conclusión de que no todo tenía explicación. Se puso a darle vueltas al pasado para ver si aquello había sucedido por algo que había hecho sin darse cuenta. Algo que hizo y que provocó que ella se distanciara, si bien nunca se había quejado de nada. En su relación no parecía encajar el tópico de que el amor se desvanece con el tiempo. Y no siempre se desvanece, murmuró a un completo desconocido que estaba sentado en un banco del parque.

Estos pensamientos rondaban la cabeza de Baum mientras observaba a Sam y Thane alejarse hacia la arboleda. Esa noche la joven pareja cenó con Connie y Baum, y Thane se adueñó de la conversación. Todos tuvieron la ocasión de oír sus opiniones sobre cualquier tema, de saborear el suspense y el sacrificio acerca de cómo había alumbrado su obra maestra, cómo se le había ocurrido un argumento tan brillante y cómo había moldeado a cada personaje. Baum desconectó al poco rato. Lo que seguía sin entender era que una mujer tan inteligente y perspicaz como Sam no captara a ese pomposo narcisista que se creía el centro de atención. Saltaba a la vista que Sam era mucho más lista, rápida y agradable, y de lejos más interesante, que ese chico tan pagado de sí mismo. Y sin embargo, ahí estaba ella, a su lado, pendiente de apartarle a su novio un mechón de cabello de la frente y alabando las excelencias de su *best seller*. Tyler habría tachado el libro de convencional y artificioso. O tal vez no. ¿Constituía el éxito un afrodisíaco tan potente que también ella habría caído rendida? Thane no le quitaba a Sam las manos de encima, y si por un casual ella pensaba que era un charlatán insoportable, no se le notaba. Más bien al contrario. El misterio de la atracción.

Por su parte, Baum permanecía en la mesa y lanzaba miradas algo culpables a Sam, de manera furtiva para disimular su fascinación. Era un placer detenerse en su rostro, hermoso como el de Tyler. A medida que transcurría la cena, vio que tenía con ella muchos aspectos en común, pero el momento más relevante para Baum surgió cuando ambos comentaron que la mejor sopa con *dumplings* de Nueva York

era la del Joe's Shanghai de Chinatown. La coincidencia en ese asunto banal despertó en él una sensación de bienestar difícil de describir. Cuando también opinaron los dos que el montaje actual de *El jardín de los cerezos,* tan aclamado, era pésimo, Baum aprovechó la oportunidad para explayarse con elocuencia sobre su dramaturgo favorito. Sam también veneraba a Chéjov.

En cuanto salía algún tema que se desviaba demasiado, Connie regresaba a Thane, su infancia, el reconocimiento a su trabajo o su inigualable genialidad. Que temas tales como las corridas de toros, los colchones suecos de lujo o el nizam de Hyderabad se recondujeran a Thane y sus planes de futuro era algo que dejaba atónito a Baum. Connie siempre encontraba la manera. Por algún milagro del universo, salió a colación una obra del off-Broadway que Baum había escrito, una de sus varias incursiones en el teatro, y le sorprendió que Sam la hubiera visto, que además le hubiera gustado y que se hubiera quedado estremecida por el clímax catastrofista.

«A mí también me pareció una buena obra», señaló Connie, «pero a la gente le tiró para atrás».

«Cuesta mucho si no te apoya la crítica», indicó Thane. «Aparecen los críticos, te echan por tierra, te llaman idiota, y ya me dirás qué haces. Recuerdo lo que dijo aquel sobre tu obra, Asher… "Eso no es teatro", escribió, "es lloriqueo"».

«Me da igual, creo que tuviste mucho valor al escribirla», dijo Sam con la mirada puesta en Baum, y durante unos segundos fue como si hablara Tyler frente a un plato de espaguetis, su especialidad culinaria. Al terminar la cena, Thane, Sam y Connie se pusieron a hablar del reportaje televisivo sobre Thane y de cómo presentarle para que vendiera más libros. Baum anunció que salía un momento fuera y se fue a tomar un poco el aire. El frescor de la noche resultaba una delicia tras la sucesión de arias autorreferenciales de Thane. A Baum no le gustaban nada las cenas de largas sobremesas. Lo ideal para él era sentarse, comer, charlar un poco y a otra cosa. Nina lo sacaba de quicio en el desayuno porque bebía despacio el zumo de naranja, luego dejaba el vaso, cogía el tenedor, se servía un trozo de

tostada francesa, daba un bocado, dejaba el tenedor, decía algo, daba un sorbo al zumo, dejaba el vaso y vuelta a hablar. Baum quería beberse de un trago el zumo de naranja, saciar la sed con una satisfacción salvaje, engullir el *muffin* con el café y empezar con lo que deparara el día, pero tenía delante a Nina con sus sorbos, comentarios y pequeños bocados, sentada tranquilamente sin pensar en el tiempo vital que se escurría como en un reloj de arena. Curiosamente, su hermana gemela Ann hacía lo mismo, pero con ella no le molestaba.

«¿Se puede saber lo que hacías en la cena?», se preguntó.

«¿Cómo? ¿Qué he hecho? Nada. Cenar».

«No parabas de prestar atención a la novia de Thane».

«Me recuerda a Tyler».

«Ya veo».

«¿Sabes qué?».

«Dime».

«Pero es *top secret*».

«¿A quién voy a contárselo?».

«Tengo la sensación de que le gusto un poco».

«¿En qué te basas?».

«Ay, míralo… el escéptico».

«Eso quisieras tú, pero, amigo mío, ya se te pasó esa etapa. No creo que se derrita por ti».

«Tú no percibes las cosas como yo, me he quedado con algunos detalles. ¿Te has fijado en que ha hablado mucho de mí? Le gustó mi libro, y vio una obra mía y también le gustó. Y no era una obra fácil de entender».

«Y que lo digas. Reconozco que no tengo paciencia con esas obras de vanguardia que para ti son arte. No soy muy fan de Beckett».

«No vamos a hablar ahora de nuestros gustos. El tema es que Sam y yo estábamos en la misma onda».

«¿Por qué? ¿Por opinar lo mismo que tú sobre el mejor sitio para tomar sopa con *dumplings?* Yo a eso no le daría ninguna importancia».

«Y tampoco nos gustó el montaje de *El jardín de los cerezos*. No se dejó llevar por las críticas entusiastas».

«¿Y qué me quieres decir? Ojalá no sea lo que pienso».

«No quiero decir nada. Está muy bien que te haga caso una chica tan joven y guapa. Sobre todo si además se parece a Tyler. Es lo que digo. Punto final».

«Claro, porque es la novia de Thane».

«Eso demuestra que tiene una disonancia cognitiva. Le gusta Thane y también se lo pasa bien conmigo. Puede tener en la cabeza dos ideas opuestas y seguir como si nada».

«Lo mejor es que te vayas a dormir y empieces a pensar en lo que le dirás a Connie cuando salgan a la luz las acusaciones de Cindy Tanaka o como se llame la chica que te entrevistó».

«Solo digo que, en otras circunstancias, iría a por Sam».

«Es lo que tienen las circunstancias. Por definición, nunca son otras, son las que son. Por eso se llaman circunstancias. ¿Me explico?».

«Evidentemente, yo nunca iría a por…».

«Sí, claro. Igual que tú nunca tocaste a la japonesa».

«Tyler habría calado a Thane el primer día y lo habría despachado con la excusa de una migraña».

«¿Quieres olvidarte de Tyler? Te dejó hecho polvo».

«Sí, al final», dijo con melancolía. «Pero no paro de pensar que Sam me recuerda mucho a ella».

«Mira, es pura física. El placer que obtienes en una relación es equivalente al dolor sufrido cuando te abandonan».

«¿Y qué te parece que Thane haya citado al inútil aquel con lo del lloriqueo?».

«Es que lo del lloriqueo es verdad».

«O sea, que el poeta Allen Ginsberg escribe un lamento llamado *Aullido,* ¿y a él se le permite aullar pero a mí no lloriquear?».

Esa noche Baum durmió de manera profunda y apacible, y tuvo sueños agradables, excepto uno en el que lo crucificaban boca abajo en un ascensor atascado. A la mañana siguiente llamó su agente para comentar que había hablado con Roadhouse, una editorial pequeña que estaría interesada en su próxima novela. Publicaban obras diferentes y controvertidas, y estaría bien tener una reunión para explicar los detalles del libro. Baum se alegró de la noticia y agradeció a Bell el apoyo, máxime al no ser él un autor fácil de colocar. Accedió a la

reunión con el editor Shivay Banerjee para el día siguiente. En cierto modo, le atraía la idea de publicar con un sello que daba salida a voces atípicas y a renegados del circuito literario.

Se lo contó a Connie, quien se alegró, si bien disimuló la decepción de que ese hombre, a quien una vez creyó destinado a una carrera como la de Thane, se conformara con una editorial especializada en obras marginales. No había duda, se había equivocado de persona. A veces se sentía culpable por despreciar así a su marido. Tal vez despreciar era una palabra muy fuerte. Mejor, falta de respeto. Le fastidiaba haber tenido poco ojo y achacaba a Baum esa miopía suya. A veces, cuando lo pensaba con detenimiento, el enfado con Baum se disparaba, se irritaba de verdad. No entendía esa necesidad de estar con hombres creativos y se oponía a recurrir a especialistas en psicoterapia, a los que comparaba con quienes doblan cucharas con la mente. Esa decepción con su esposo provocaba que perdiera frecuentemente la paciencia con él, porque además Baum no reconocía el talento de Thane, algo que achacaba a la envidia, los celos y la rivalidad.

A mediodía apareció Jerry Mack, el director del publirreportaje sobre Thane, para tratar diversos aspectos y buscar localizaciones. Iba con un operador que no paraba de hacer fotos. Thane y Sam no habían regresado todavía de visitar la feria agrícola de New Milford y Connie estaba encantada de recibir a los recién llegados y enseñarles el paraje. Desplegó sus encantos y compartió con Mack la emoción de hacer un reportaje sobre un escritor emergente de primer nivel. Se puso contentísima al insistir Jerry Mack en su fascinación por la obra de Thane y mostrarse impresionado por la madurez de un chico tan joven capaz de abordar así su primera novela. Connie se deshizo en agradecimientos y él contestó: «Me remito a todos los comentarios que he leído». Mack se quedó parado en el césped a contemplar la espléndida belleza del entorno.

«Este sitio es espectacular», afirmó. «Yo nací en el campo, pero no era para nada como esto».

«Tendrías que verlo cuando hay nieve», apostilló ella.

«¿Ese estanque lo hicisteis o es natural?».

«Es natural. Antes había ranas. Se comían a los mosquitos. Pero metí lubinas para que Thane pescara, las lubinas se comieron a las ranas y volvieron los mosquitos». Connie se rio con cierto nerviosismo.

«He reconocido el lugar por la descripción del libro de tu hijo. Lo ha captado muy bien y le ha dado un simbolismo perfecto».

«Sí, sus reflexiones sobre lo que implica vivir apartado son muy emotivas, ¿no crees?».

«Me dejó asombrado la manera de tejer la trama y los personajes. Como te decía, nací en una zona rural de Vermont y tengo un montón de recuerdos de la granja. La llamábamos granja, pero no era una granja, aunque teníamos algunos caballos y faisanes. Ah, y unas cuantas gallinas. Huevos frescos».

Era evidente que habían congeniado al instante, y hablaron de los encantos de los pinos y las marmotas mientras caminaban por el terreno y Connie enseñaba a Jerry Mack las colinas y arroyos y, cómo no, su árbol favorito, un majestuoso sauce llorón.

«Hay un montón de sitios estupendos para filmar», dijo él. «Tengo al cámara por ahí haciendo fotos de todo».

Los dos proseguían juntos el paseo y Baum, en su despacho, se rompía la cabeza con la palabra precisa para una frase de su novela sobre la Inquisición española. Solo se interrumpía para revisar las noticias en el ordenador por si aparecía alguna sobre su insensato desliz con la bella periodista oriental. No pretendía lo que ella había pensado, aunque cuesta malinterpretar el impulsivo intento de dar un beso. ¿Perdí los papeles?, se preguntaba. Ya no estaba seguro de nada, salvo de que únicamente podía hablar consigo mismo y a veces ni él se entendía.

Sam volvió a colarse en sus pensamientos. No la había visto desde la cena, excepto en sueños, e incluso ahí no siempre la distinguía de Tyler Royce, una vez llamada Tyler Baum. Se había despertado temprano, antes de que se levantaran Sam y Thane. Desayunó con Connie, que comentó lo emocionada que estaba de que el productor televisivo hubiera mostrado el

mismo entusiasmo que ella por el programa sobre Thane. Se notaba que quería hacer un buen reportaje. Los dos habían conocido a Jerry Mack hacía poco, pero fue un encuentro breve. Baum y Connie comían con Thane en el Café Boulud de Park Avenue, donde también estaba él, quien, al dirigirse a la salida, pasó junto a su mesa. Se detuvo allí, se presentó, enumeró brevemente su impresionante currículum y afirmó que le encantaría hacer algo sobre Thane, porque lo consideraba la mayor promesa del panorama literario estadounidense.

«La novela me parece magistral», sentenció. «Y seguro que en el futuro harás muchas más». Que no cabía en sí de alegría sería la frase tópica para describir a Connie, mientras Baum permanecía sentado en silencio, sin tener claro si era la ensalada de tomate y cebolla o aquel entrometido rastrero lo que le había provocado un repentino ardor de estómago.

«Thane y yo nos habíamos fijado en ti», confesó Connie. «Creíamos que eras David Beckham».

«Vaya, menudo honor», contestó.

Fijaron un día para que Mack acudiera a la casa de campo a hablar del proyecto. Thane comentó: «Es raro pensar en uno mismo como tema de un reportaje… como si fuera la invasión de Normandía».

Connie y Mack se rieron. A Baum le llamó la atención que, cuando alguien tiene éxito, cualquier chiste sin gracia se considera una muestra de ingenio.

Cuando la agente de Thane, Lydia Frankel, supo del encuentro, pidió a Thane y Connie que no lo dejaran escapar. «Es un productor de documentales muy bueno, con mucha cabeza y estilo. Esto marcará un antes y un después. Avisadme si puedo ayudar en lo que sea».

Así pues, allí estaba Baum, acurrucado en el despacho con sus blocs de hojas amarillas, que llenaba de notas aleatorias con la esperanza de superar el estancamiento creativo o, en su defecto, abandonar la novela y trabajar en otra cosa. Entre los apuntes desordenados, uno decía: «Tengo cincuenta y un años y todavía aprendo algo a diario. El problema radica en que lo que aprendo cada día suele contradecir lo que aprendí el día

anterior».

Volvió a evocar a Sam, de Sam pasó a Tyler y entonces tuvo un pensamiento banal y simplón: ¿Es posible que una persona tenga solamente un amor en la vida o eso son cosas de Hollywood? Habían pasado muchos años de la relación con Tyler, pero parecía una película clásica, proyectada sin descanso en su memoria. Se entretenía con la idea de que Sam fuera la secuela. Miró por la ventana hacia el césped y allí estaban Connie y Jerry Mack. Había notado en el desayuno que Connie se había puesto bastante sexi. Era una mujer muy guapa, juvenil, elegante, de infarto. Entonces se le ocurrió, seguramente por la culpa que sentía por pensar en la novia de Thane, que tal vez empezaba a surgir algo entre Connie y Mack. Quizás Connie también coqueteaba con ese cineasta. Quizás simulaba una simpatía excesiva para asegurar que se hiciera el reportaje sobre Thane. O a lo mejor sentía un cierto cosquilleo por el atractivo realizador. Y dado que Sam había despertado en él ideas perturbadoras, comenzó a sospechar que tal vez Connie también experimentara esas sensaciones. ¿Y qué pasará por la cabeza de Jerry Mack? Connie era una mujer muy sensual, y es evidente que Mack se había dado cuenta. Faltaría más. Ella sabía sacarse partido.

«No paras de proyectar», dijo en voz alta. «Te veo muy perdido».

«Puede ser. Pero Connie parecía un tanto colada por este tío aquel día que se paró en nuestra mesa».

«Es curioso. Tu paranoia empeora con los años».

«Estoy seguro de que Connie ha tenido algunos líos. Josh, Damian y a saber quién más».

«Pero no lo tienes del todo claro».

«No tengo claro nada. ¿Cómo seguir adelante sin estar seguro de nada?».

«Eh, mira ahí fuera. Los veo demasiado a gusto. Yo saldría a ver qué es lo que se cuece».

Baum se levantó y salió por la puerta para saludarlos justo cuando se aproximaban a la casa.

«Este es Jerry Mack. Te acordarás. Lo viste un día».

«Claro. En el restaurante», dijo Baum mientras se daban la

mano. El previsible apretón varonil, pensó. A este tipo en algún momento le enseñaron que un apretón de manos que te aplasta los huesos sirve para marcar quién es el macho alfa. A Baum le cayó mal, y bajó la mano para que remitiera el intenso dolor en los nudillos.

«Menuda extensión de terreno tan bonita tenéis aquí», comentó Mack.

«Extensión de terreno», pensó Baum, jerga de vaqueros. Esto no es un rancho, aquí no hay ganado. «Sí», dijo. «Y es especial en esta época del año».

«Le he dicho a Jerry que se quede a comer», anunció Connie.

«Ah, genial, genial», asintió Baum de manera amistosa, con una actuación merecedora del Óscar. Lo próximo será, pensó, que me vaya a dormir en el sofá para que ocupe mi lugar en la cama con ella.

«Podrías mostrarle las tortugas», propuso Connie. «Jerry me ha dicho que le encantan las tortugas. Yo iré a preparar unas bebidas. ¿Qué quieres tomar, Jerry?».

«¿No tendréis whisky de malta?», preguntó Mack.

«Tenemos Glenlivet, ¿te va bien?», dijo Connie.

«Una mujer de mi estilo», prosiguió Mack. «Has dado en el clavo».

«Es también mi favorito», afirmó ella. «¿Y para ti, Asher?».

«Una copa de vino blanco».

«El vino blanco es la bebida preferida de las adolescentes», señaló Mack sin ánimo de ofender, aunque Baum no lo sintió así.

Tortugas. Qué emoción. A este imbécil le gustan las tortugas. Ahora tengo que llevarlo al riachuelo a ver si encuentro uno o dos de esos bichos desganados que se arrastran por las rocas para seguir el insulso plan de la naturaleza.

Connie se encaminó a la casa y Baum percibió que Mack clavaba la vista en donde claramente estaba su trasero. Encarnaba el ideal platónico de la Venus Calipigia, o, como decía él de manera más basta, tenía un culo que hablaba por sí solo. Baum apenas llegaba a barruntar qué imagen

pornográfica habría atravesado el córtex cerebral de Jerry Mack, y seguro que no tenía nada que ver con las tortugas.

«Tienes una mujer muy guapa», opinó Mack. «Y un hijo increíble».

«Hijastro», corrigió Baum. «Sí, me considero afortunado».

«Me gustaría que salieras en el reportaje para hablar sobre Thane. Tus experiencias con él, cómo has vivido su evolución como artista y cómo le has influido, que seguro que habrá sido de muchas formas».

«Ajá».

«Tú también eres escritor. No conozco tu obra, pero tu mujer me ha dado a entender que una tuvo mucho éxito en Eslovenia».

«En otros países me ha ido bastante bien».

«A veces, lo que suena soso en nuestro idioma cobra fuerza en otras lenguas».

«Sí, mis obras ganan con las traducciones».

«Es curioso. ¿Sientes alguna vez cierta rivalidad?».

«¿Con Thane? ¿O con Tolstói?».

«Qué bueno. No, ya sé que lo adoras, pero los dos os dedicáis a escribir, y no sería la primera vez que un escritor critique a otro sin miramientos».

«Bueno, no siento rivalidad con Thane».

Entonces sonó el móvil de Mack. «Perdona, tengo que responder». Atendió la llamada y se apartó para hablar en privado. Baum lo miraba cotorrear al teléfono junto a un rosal y fantaseó con aporrearlo con un objeto contundente.

«Relájate», se dijo a sí mismo.

«Perdona, pero este tío tiene algo que no me convence».

«Te has construido la historia de que a Connie le hace gracia, igual que lo de tu hermano o lo del escenógrafo que vive ahí al lado».

«Es superior a mí. ¿Tú crees que Connie y yo podemos arreglar lo nuestro? Empezar de cero».

«¿Lo que pienso de verdad?».

«Estoy hecho un lío. Tengo un montón de sentimientos contradictorios. Nada me parece coherente».

«La coherencia estúpida es el demonio de las mentes

estrechas. Ralph Waldo Emerson».

«Yo necesito un poco de coherencia. Me es imposible seguir adelante si nada se mantiene estable».

«Así es la vida. El centro nunca se mantiene».

«Cierto. Siempre se me olvida que somos una esfera, una pelota que flota en el espacio. Entonces, ¿qué carajo se puede esperar? ¿Es posible la estabilidad? Pura fantasía. Mi vida es un chiste».

«Hoy estás acelerado. Eh… chsssst, que viene».

Jerry Mack regresó donde estaba Baum.

«Perdona, era urgente. Una cosa que estoy editando sobre Yayoi Kusama. Otra artista tremenda. Oye, ¿hablabas solo?».

«¿Yo?».

«Estaba con la llamada, te he mirado una o dos veces y parecía que hablabas sin parar contigo mismo».

«No, no», dijo Baum avergonzado. «Solo espantaba una abeja. No me gustan las abejas. Causan más muertes que las picaduras de culebra. Es un dato que conoce poca gente».

Jack Mack lo miraba con atención, luego volvió en sí y dijo: «Perdona que haya estado tanto rato».

Connie apareció con un vaso de whisky para Jerry Mack y un vino blanco para su marido.

«Si bebo antes de la comida, me pongo en modo fiestera», dijo con una sonrisa.

«Eso me encantaría verlo», bromeó Mack.

A Baum no le hicieron gracia esos comentarios y pensó de nuevo en el objeto contundente mientras Connie regresaba a la casa con sus pantalones ajustados.

«¿Solo bebes eso?», preguntó Mack a Baum.

«Soy peor que Connie. El alcohol me va directo a la cabeza. Un poco de vino a veces me relaja. Pero no suelo beber nada más fuerte».

Jerry Mack retomó el tema de las tortugas. Baum lo condujo a buscar a los asquerosos reptiles, una emoción que habría evitado con gusto. Connie preparaba en la cocina unos sándwiches de ensalada de pollo y los dos hombres paseaban y daban sorbos a las bebidas. Bueno, Baum tomó unos sorbos y Jerry Mack se bebió la suya entera. Llegaron al riachuelo, y

mientras esperaban que saliera algún animalejo, siguieron con la charla y Baum empezó a soltarse con cada sorbo.

«¿Sobre qué escribes?», preguntó Mack. «Disculpa que no haya leído nada tuyo».

«No es como lo de Thane. No soy un genio».

«Sí, Thane me recuerda a algunas de las grandes figuras. Edith Wharton. Eso es escribir de verdad. Wharton, Henry James. No solo tocan temas profundos, también te lo pasas bien con su lectura».

«Yo soy fan absoluto de los rusos, y por supuesto de Kafka. Eran autores muy profundos. O sea, la gente dice que el libro de Thane es profundo, pero en realidad la palabra sería "entretenido"».

«Ah, pero también es profundo. Y no solo para su edad. Y el estilo que tiene. Hay algunas frases deliciosas. Y digo deliciosas. Podrían servirse de entremeses».

«¿Como las albóndigas suecas?».

«Bueno…».

«¿O los huevos rellenos? ¿Las minisalchichas envueltas con jalapeño? ¿En qué entremeses estás pensando?».

«Detecto un pelín de envidia», dijo Mack. «A eso aludía con la rivalidad de los escritores».

«Cuando hablas de entremeses, ¿te refieres a las almejas gratinadas?».

Contra toda lógica, Mack, que había apurado el Glenlivet, no estaba nada afectado. Seguía lúcido, centrado, intenso. Se había cuestionado su criterio, pero se mantuvo en sintonía con la opinión mayoritaria. Baum, por su parte, solo había bebido tres cuartos del vino blanco y ya se sentía algo tocado. Se había despojado de varias de sus inhibiciones y empezaba a mostrar en la cara una sonrisa un tanto boba.

«No digo que todos los libros tengan que ser *Los hermanos Karamázov*», añadió, «o *El proceso*, y tampoco digo que no tenga que haber espacio para las trivialidades».

«¿Crees que su novela es trivial?», preguntó Mack. «Me dejas de piedra».

«Puede que la palabra no sea esa», respondió Baum, y dio el último trago al vino. «¿Te parece mejor "banal"?».

«¿Banal? Jamás diría que es banal. Todos los críticos han resaltado la originalidad de la trama, muy pertinente en el contexto actual. Con suspense, historia de amor».

«Vale, “complaciente” sería la palabra».

«Me parece increíble lo que dices de la novela de tu hijo».

«Hijastro».

«Se ha comentado que es una novela visionaria».

«Sí, ya sé quién es el crítico que ha dicho esto. Un cretino total».

«Me dejas a cuadros».

«Sabes perfectamente que la mayor parte de los críticos son escritores frustrados. Tienen celos o quieren destacar. Es la única disciplina artística en la que los críticos emplean el mismo medio para criticar que los artistas para crear. Piénsalo».

«¿Vas un pelín contento?». Con el efecto del vino, la amargura se había apoderado por completo de Baum.

«Volvamos», dijo Jerry Mack. «Veo que tu mujer nos llama». Regresaron a la casa y, en el breve recorrido, Baum se recuperó un poco del mareo.

«Ya está la comida», anunció Connie, «y ahí llegan Thane y Sam. Justo a tiempo». Se sucedieron los apretones de mano y las sonrisas. Sam y Thane fueron al piso de arriba a asearse un poco antes de comer.

«Tiene mucha presencia, podría haber sido estrella de cine si no se hubiera dedicado a escribir», comentó Jerry Mack.

«Prefiero mil veces el mundo de las letras al de Hollywood», dijo Connie. «Conozco la industria del cine y no me merece mucho respeto. Me alegro muchísimo de que Thane esté dotado para la literatura».

«Bueno, deberías hablar con tu marido. Es el crítico más severo de Thane», señaló Mack con naturalidad.

«¿Ah, sí?», dijo Connie.

«Ningún escritor, por grande que sea, está exento de recibir críticas», apuntó Baum con la sensación de estar metido en un lío.

«¿Has hablado mal de la novela de Thane?», preguntó Connie.

«Digamos que si tu marido fuera el que otorga el Premio Nacional del Libro, Thane no estaría entre los finalistas. Ni en la fase de acceso, ya puestos».

«Asher tiene un punto de vista muy peculiar sobre la escena literaria del país», concluyó Connie. Dijo esto como se lo habría dicho Martha a George en *¿Quién teme a Virginia Woolf?* Miraba a Baum con esos dos ojos grandes y hermosos, que ahora emitían rayos desintegradores.

Sam y Thane aparecieron justo para salvarle la vida a Baum y los cinco se sentaron a comer los respectivos sándwiches de ensalada de pollo. Comieron y mantuvieron una conversación informal, mientras Connie se tomaba un respiro para aplacar la ira y calmarse poco a poco. Ayudó que Jerry Mack explicara su plan para canonizar a Thane con el maravilloso reportaje y anunciara que pediría a la cadena más tiempo en antena del habitual. Mack le dijo a Baum que hablarían y revisarían sus diferentes opiniones antes de contestar las preguntas que pensaba formular. Se resaltó bastante la reputación de Jerry Mack y sus documentales. Connie, Thane y Mack se juntaron aparte a intercambiar ideas para el proyecto y Sam comentó a Baum que la feria agrícola había estado bien, aunque tampoco había sido demasiado interesante. Él dejó caer que iría al día siguiente a Manhattan por trabajo y ella preguntó: «¿Vas a Nueva York? ¿Puedo ir contigo? Tengo una reunión a la que no debo faltar».

«Claro, ¿a qué hora?».

«La reunión es a las once», contestó.

«Perfecto».

No le venía perfecto a esa hora, pero le atraía tanto la idea de pasar tiempo con Sam que cambiaría su cita. Después de una larga sobremesa, Jerry Mack dio las gracias a todos y se marchó a toda velocidad en su BMW, después de pedir a Connie, eso sí, su número de móvil por si había algún aspecto que tratar sobre el reportaje. Sam tenía pendientes unas llamadas del trabajo y Thane se fue a la máquina de ejercicios. Connie preguntó a Baum qué le había parecido Jerry Mack.

«Un directorcillo simpático», respondió Baum. «Esos documentales tan premiados son meras declaraciones de amor.

No resultan nada incisivos ni llevan mucha investigación».

«Elige a personajes que merecen esas declaraciones de amor. Son todas estrellas en su campo. Ya sé que no lo ves así porque tu nivel de exigencia es muy alto», dijo Connie, y la última frase rezumaba un sarcasmo que buscaba la humillación.

«Y dale otra vez con eso. Tiene muy buena opinión de Thane y de su forma de escribir, y estoy de acuerdo en que el reportaje irá genial para las ventas. No obstante, me has pedido mi opinión sobre él y me parece simpático, pero bastante simple».

«Creo que su matrimonio no va bien», señaló Connie.

«¿En serio? ¿Y cómo lo sabes?», preguntó Baum, con la mosca detrás de la oreja.

«Por unos comentarios que ha hecho. ¿Cómo iba saberlo?».

«Por Dios, llega un desconocido, ¿y se sincera contigo sobre su matrimonio?».

«No ha sido así. Salió el tema de la pareja y me quedé con algunas cosas que dijo. Y para mí no es una persona simple. De hecho, es bastante brillante. Fue a Harvard».

«Igual que tú».

«Sí. Hizo la carrera de Ciencias Políticas y después se pasó al cine». De repente, a Baum le quedó todo tan claro como el agua. Mack había ido supuestamente a buscar localizaciones, pero desvió con habilidad la conversación al tema del matrimonio para que Connie supiera que estaba libre.

«Supongo que no coincidisteis en Harvard».

«No. Una pena, porque los dos guardamos muy buenos recuerdos de la universidad. Sí que tuvimos algunos profesores en común».

«Bueno, es evidente que está encantado contigo. Y con Thane, por supuesto».

Connie se puso a llorar.

«¿Qué? ¿Qué pasa?».

«No sé. Hoy estoy un poco triste».

«¿Sigues enfadada conmigo por haber criticado la novela de Thane?».

«No. No todo gira en torno a ti, Asher».

«No quería decir eso».

«Será el vino de la comida. Y sí, estaba muy cabreada contigo».

«Te pido perdón».

«Y Jerry Mack me ha recordado los años de Harvard. Fui muy feliz entonces».

«Ya imagino».

«Tenía toda la vida por delante», prosiguió, y se dejó caer en una silla. «Tantos proyectos e ilusiones».

Baum la miraba mientras lloraba. Se quedó parado unos segundos y entonces él también arrancó a llorar, y entre los sonoros sollozos, buscó a tientas un clínex. Metió la mano en el bolsillo y sacó un enorme fajo de clínex sueltos. Le sacaba de quicio este universo absurdo, donde te prometen que los clínex salen uno a uno, pero en realidad dejan de salir cuando la caja llega a la mitad, y entonces tienes que hurgar bien adentro con la mano e inevitablemente extraes pilas enteras de una vez, porque no hay forma de agarrar solo uno. Lo vivía como un fraude y bramaba contra ello con la misma vehemencia que empleaba contra el destino de la humanidad.

«¿Y tú ahora por qué lloras?», preguntó Connie.

«No lo sé», dijo Baum.

«¿Cómo que no lo sabes?».

«No sé por qué estoy llorando, ¿vale? Me he puesto a llorar pero no sé darte ningún motivo».

«Cielo santo, para ya. Vaya forma de llorar tan fuerte, no es muy varonil que digamos».

Connie se levantó, se marchó enfadada y dejó allí a su marido, que se enjugaba las lágrimas y se recomponía poco a poco.

«Por el amor de Dios, ¿a qué viene ese disgusto?», oyó que se decía a sí mismo.

«Yo qué sé. ¿Ahora te vas a meter conmigo? No estoy de humor».

«¿No sabes por qué lloras?».

«No».

«Cálmate un poco, anda».

«Ya estoy bien».

«¿Te digo yo el motivo?».

«¿Tú lo sabes?».

«Te has puesto a llorar porque te va todo fatal. El universo, la caja de clínex, la vida, el trabajo, el matrimonio. Creo que soportas mucha tensión, y que además estás a la espera de que pase lo peor, lo de la chica japonesa, que te preocupa más de lo que piensas. Se te está viniendo todo abajo».

«¿Te he contado que Connie quiere un perro? Un dóberman. El mismo que tenía Himmler».

Baum fue incapaz de escribir nada ese día, y por la noche, cuando se metió en la cama al lado de Connie, estaba exhausto. Todavía sentía algo por su esposa, pero resultaba imposible saber lo que era ese algo.

Lo único que pudo concluir es que tenía sentimientos contradictorios. Se esforzaba por aclarar el desconcierto mientras la conciencia se desvanecía y acabó por imponerse el sueño. A la mañana siguiente se despertó con la mente un poco nublada al principio. Se preparó el desayuno como un zombi y con el café consiguió reactivarse.

«¿Dónde tienes la cabeza esta mañana?», preguntó Connie.

«Creo que me he levantado con algo de resaca, pero estoy bien».

«Anoche hablé con Jerry Mack y está convencido de que Thane tiene opciones de ganar el Premio Nacional del Libro».

«Ajá».

«Vaya por Dios, ¿la noticia te ha fastidiado el día?».

«Ojalá tenga suerte».

«Jerry me contó que intentaste hundirlo. Se quedó pasmado».

Ya estamos otra vez con Jerry, pensó Baum.

«La verdad, no se esperaba que un padre hablara así de su hijo», dijo Connie.

«Hijastro».

«Sé de sobra que Thane no tiene tus genes».

«Tan pronto y empezamos bien», dijo Baum con la esperanza de reducir la tensión.

«No se me fue en toda la noche de la cabeza y he tenido unas pesadillas horribles».

«Me extraña que no me despertaras para echármelo en

cara».

«Pues estuve a punto».

«Tienes que cuidar ese mal genio».

«Sí, tengo mal genio y digo cosas de las que me arrepiento luego. Y tú sabes siempre cómo ponerme de los nervios».

«Había bebido vino con el estómago vacío cuando lo critiqué. Tranquila. Solo diré cosas buenas de él en el reportaje. Yo también he dormido mal. ¿Lo dejamos estar?».

«Buenos días», dijo Sam al entrar en la cocina, con una energía que revitalizaba el ambiente. «Quería salir pronto. ¿Me da tiempo a tomar un café?».

«Claro», afirmó Baum, que pensó, como era de esperar, en lo guapa que estaba con esa figura que realzaba el conjunto de jersey y falda. Connie ofreció a Sam un zumo, el café y una magdalena de maíz.

«¿Has dormido bien?», preguntó Connie.

«Muy bien. El aire del campo. Thane todavía está en la cama».

«Necesita descansar como mínimo ocho horas», dijo Connie. «O nueve. Está dándole vueltas a una nueva novela».

«Está tan mono dormido, como un bebé».

«Sí, lo sé», señaló Connie. «Es Alain Delon de joven».

Baum se revolvió por dentro sin mover un solo músculo del cuerpo ni de la cara, una habilidad que había desarrollado con los años, y esperó a que Sam terminara el café. Todos aquellos desayunos con Tyler… ella con los copos de avena con miel y las tostadas recién hechas. Estaba absorto en sus pensamientos, como quien oculta algo. Sam acabó de desayunar, Baum se levantó y acercó el coche a la puerta. Ella se apresuró y subió al vehículo. Salieron y Baum advirtió que resultaba todavía más guapa con las gafas de sol. Había empezado con el ánimo por los suelos con Connie y ahora lo tenía por las nubes con Sam mientras el coche atravesaba la campiña. Hablaron de temas intranscendentes. Sí, las hojas han dejado atrás el verano y ahora se despiden con una explosión de rojo y amarillo. La guerra en Oriente Medio es, sin duda, una tragedia, «El emperador de los helados» es también uno de mis poemas favoritos, ¿has visto una película de Renoir que se llama *Una*

partida de campo? Fabulosa.

«Me gusta tu forma de conducir», comentó ella. «Transmites seguridad. Thane se pone muy tenso. Es una persona muy nerviosa. ¿Te has fijado?».

Era la primera vez en la vida que alguien reconocía su habilidad al volante. Tyler no paraba de meterse con él porque siempre se perdía. Animado por el halago de Sam, impuso con mayor virilidad su dominio de la carretera, pisó el acelerador y terminó parado por exceso de velocidad. Se llevó únicamente una advertencia del compasivo policía de Connecticut. Se echó unas risas con Sam y volvió a circular con normalidad.

«Es genial ir contigo. Es muy aburrido ir en coche sola, y Thane está muy ocupado con el trabajo. Le hemos dado un buen anticipo. Es decir, el editor».

«Yo tengo ahora reunión con un editor», comentó Baum. «Nunca quiero anticipos. Me siento más presionado con los plazos de entrega».

«¿De qué editorial?».

«¿Te suena Roadhouse?».

«Sí, está bien. Van un poco a contracorriente. ¿Te reúnes con Shivay Banerjee?».

«Sí. Banerjee. Le ha dicho a mi antiguo agente que quería hablar conmigo de mi nuevo libro».

«Mejor no pierdas el tiempo con Roadhouse. Es una editorial muy pequeña. Y Shivay es un poco excéntrico. Bueno, ya lo verás. No te darán anticipo ni tampoco te harán mucha promoción. Aunque me has dicho que no quieres anticipos, lo cual está bien pensado, creo. Tendrías que hablar con mi jefe, Henry Cobb. Te caería genial. Es el editor de Thane».

«Ya lo sé, pero no lo conozco».

«Es raro que Thane no te haya presentado a Henry. Creo que le encantaría tu trabajo. Igual ya ha leído algún libro tuyo o le ha comentado algo a Thane».

«Thane no me ha dicho nada».

«Se le habrá pasado».

Claro, pensó Baum, seguro que se le ha pasado. Thane jamás lo recomendaría a su editor. No soportaba sus obras ni, por encima de todas las cosas, que durmiera con su madre en la

misma cama.

«A lo mejor es porque piensa que ya tienes editorial», añadió Sam. «Henry es la persona más íntegra y honrada que existe. Pregunta a quien sea. A quien sea».

«Sé que es una persona respetada, está muy bien considerado».

«Es un encanto, una persona muy dulce, con carácter, pero ese carácter lo saca siempre para defender lo justo. Te caería genial. Es raro que Thane no os haya presentado. Se fía mucho del criterio de Thane».

«He tenido un problema con mi editorial, así que he roto con ellos. Mejor dicho, me invitaron a irme».

«Bueno, tienes que conocer a Henry. Recuerdo ahora que una vez le dijo a Thane algo bueno sobre tu libro».

«Sería un placer conocerlo», dijo Baum, que empezó a sentir un poco de optimismo sobre su futuro.

«Invítala a comer».

«A eso iba». Era Baum hablando con Baum.

«¿Qué?», preguntó Sam. «¿Has dicho algo?».

«¿Yo?».

«Sí, ahora mismo».

«Nada, preguntaba si estabas libre para comer».

«Después tengo todo el día libre. Genial lo de quedar a comer».

«Bueno, pues cita confirmada. Te recojo después de nuestras reuniones».

«Llámame antes. Por si se alarga la mía».

Baum dejó a Sam en Madison con la calle Treinta y tres y la vio dirigirse deprisa hacia el edificio donde trabajaba.

«Pero ¿qué te crees que va a pasar, Asher?», se dijo mientras salía a buscar un aparcamiento.

«¿Con Roadhouse?».

«Con Roadhouse no, idiota, con Sam. Lo de Roadhouse es una reunión de trabajo».

«Con Sam, nada. Es solo pasar un rato con ella. Comer juntos si se libera pronto, llevarla tal vez a ver los cuadros de Pissarro del Metropolitano si le apetece y después volver a Connecticut».

«Ajá».

«Si crees que voy con otra intención, te equivocas».

«Solo te digo que no te lances otra vez. ¿Has mirado la prensa a ver si sales?».

«Nada más levantarme. Hasta ahora, nada. Bueno, ya tengo bastantes cosas en la cabeza. Me reúno ahora con un editor y Sam dice que puede ponerme en contacto con Henry Cobb. Eso ya sería la bomba».

«Es verdad que Henry Cobb tiene mucho prestigio. Lo de Roadhouse está bien, pero ni punto de comparación».

«Es increíble que Cobb le hablara a Thane de mí y ese cabroncete no me haya dicho nada. No ha hecho nada para que coincidamos».

«Ya me dirás por qué te sorprende, Asher. Sabes muy bien lo que opina de ti. Para qué iba a recomendarte a su editor, a Cobb, que solo publica a escritores importantes».

«Creo que llevaré a Sam a comer al Balthazar. Conozco a Keith y me hará hueco. Una mesa tranquila en una esquina».

«Pobrecillo».

«¿Qué quieres decir?».

«No se puede volver al pasado».

«¿Te he dicho que me recuerda a Tyler?».

«Solo unas mil veces».

Baum metió el coche en un garaje que, como de costumbre, costaba un ojo de la cara, se dirigió al edificio donde estaba la editorial Roadhouse Publications y optó por usar las escaleras. Prefiero subir once pisos y arriesgarme a un ataque al corazón antes que morir atrapado en un ataúd vertical, pensó.

Llegó al undécimo sin aliento, pero convencido de haber acertado con la decisión. Lo condujeron entre jadeo y jadeo al despacho de Banerjee. Era un hombre mayor, de pelo canoso, aspecto agradable y buenas maneras, que, según dio a entender, percibía en el estilo literario de Baum algo que no acababa de cuajar.

«Se nota que vales y se nota que fuiste periodista unos años», indicó Banerjee. «Ofreces muchos datos, detalles, opiniones personales, pero ninguna emoción. Ahí es donde flojeas. Te empeñas tanto en abordar grandes temas, esos que

intentan dar respuesta a lo irresoluble, que acabas por filosofar sin parar. Mejor deja el destino de la humanidad a los intelectuales de verdad, cosa que, evidentemente, no eres. Tu trabajo consiste en crear seres humanos con vida, genuinos, no meros vehículos para exponer tus ideas trilladas, desahogar tu angustia existencial o, como la mujer de Job, maldecir a Dios o, si no existe, luchar en vano contra el vacío. Por tus libros tengo la sensación de que, aunque afirmes que no te gusta la gente, en el fondo te importa bastante».

«En mi interior siento una enorme tristeza por los de mi especie», explicó Baum con la intención de igualar las máximas grandilocuentes de Banerjee. «Todo lo que hacen es por miedo y pánico, y me gustaría hallar algún resquicio que sirviera de redención y alivio para contribuir a que aceptaran su destino, si no con alegría, al menos sin tanto terror».

«Esa no es tu función como escritor. Por encima de todo, tu objetivo es entretener. Y si a partir de ahí tienes algo importante que decir, perfecto, pero un mensaje que no se transmite de forma amena es la muerte del artista».

«Pero no estoy en el mundo del espectáculo. Reconozco que mi objetivo puede parecer ambicioso, pero aspiro a cambiarle la vida al lector».

«Aburrirlo con un libro en el que se ha gastado veintiséis dólares no hace más que agravar sus padecimientos». Banerjee se encendió un cigarrillo. «No eres Dostoyevski», prosiguió el editor, «aunque está claro que te gustaría serlo. Además de que él tenía mucho humor. Igual que Kafka. Pero para qué hablar de los genios. Tú no lo eres. Pero seguro que eso ya lo sabes. No digo que no tengas tus virtudes, más bien modestas, con destellos ocasionales de imaginación e ingenio. En mi humilde opinión, creo que estás lleno de rabia, y por ese y otros motivos tu estilo resulta soso. Rimbombante, esa es la palabra que usa la gente para referirse a ti. Por cierto, espero que todo esto no te siente mal».

«Por favor, para nada, me encanta que me despedacen».

«Te soy sincero porque en tus libros hay algo que habría que desarrollar. Me da pena que quede sepultado entre bilis y pedantería».

«Por desgracia, la bilis y la pedantería son mi punto fuerte», dijo Baum mientras se levantaba. «Te agradezco el interés, pero he dejado el coche en doble fila».

«¿Has pensado que, quizás de forma inconsciente, deseas que tus libros vendan poco para poder decir que tienes un público muy selecto y creer, aunque suene un poco retorcido, que eso se debe a que lo que haces es arte?».

«¿Una crítica más? De mi manera de vestir no has dicho nada».

«Veo que te ha sentado mal», comentó Banerjee. «Dime qué es lo que te tiene tan enfadado».

Baum se quedó con la mirada perdida durante un instante. «Vine al mundo sin la habilidad de mentirme a mí mismo».

«Ya veo», señaló Banerjee. «Es una herramienta para sobrevivir. De todos modos, sin duda es algo que hay que afrontar».

Baum se sentó en silencio, ligeramente ensimismado. «Mira», dijo el indio. «Piénsalo en casa. Si crees que tengo un poco de razón y te lo planteas, la próxima vez que escribas algo podríamos trabajar juntos. Termino con un consejo: para escribir una gran novela, hay que mantener a toda costa al lector pendiente de lo que pasará después. Si además quieres hacer una reflexión profunda de verdad, repasa el libro con un editor y déjate de tanta sabiduría».

Baum se marchó desconcertado. Esperaba una reunión muy distinta y dedujo que tal vez su agente Scott Bell había conseguido la cita no porque el indio se muriera de ganas. Seguramente, el editor de Roadhouse había aceptado recibirlo porque trabajaba mucho con Bell y respetaba su labor. No se hacía una idea clara respecto a Banerjee, que imponía con su presencia y aun así no se molestaba en suavizar las críticas ni en resultar simpático. De hecho, había sido despiadado. Tampoco daba la impresión de ser un charlatán ni un idiota. Tal vez fuera ese aire hindú, calmado, prudente, profundo. Y qué narices significaría eso que había dicho al final, lo de dejarse de tanta sabiduría. Baum pensó que tenía mucha suerte porque Sam estaría ahora organizándole una reunión con Henry Cobb, quien le publicaría o no, pero se ahorraría el

discursito de yoga sobre la literatura. Con todo, como presumía de ser una persona de mente abierta, se propuso reflexionar más adelante sobre las palabras de Banerjee aunque le dolieran. Déjate de tanta sabiduría. Menuda aportación. Y sin embargo…

En cualquier caso, Baum no estaba ahora para pensar en los consejos de un editor indio, sino en los placeres de una comida agradable en Balthazar, que tal vez se completara con una tarde de museos, un plan que tantas veces había disfrutado con Tyler. Sam confirmó la comida, también le gustaba mucho Balthazar, y Baum dijo que pasaría a recogerla. Estaba ocupada con una serie de reuniones y tardaría como mínimo una hora. Añadió que había hablado con su jefe y que se reuniría con Baum en cuanto tuviera hueco, probablemente la semana próxima. Con este anuncio sintió una descarga de electrolitos positivos en la cabeza.

Ahora tenía que matar el tiempo. Vaya frase, pensó Baum. La vida es así. Matas el tiempo hasta que el tiempo te mata a ti. De paseo por la ciudad en ese día otoñal de una belleza inimaginable, disponía de tiempo para meditar, mientras tarareaba «I'm wild again, beguiled again»[13] y así, salvaje y hechizado, se embebía de las calles de Nueva York. El grato paseo se vio invadido por cavilaciones sobre su matrimonio, su esposa, las acusaciones que pronto iban a estallar y las miradas de Jerry Mack a Connie. Pensó en el delicioso plan de pasar el día en Manhattan con Sam Taylor y evocar los momentos con la mujer que le enseñó lo que era estar enamorado y que también le desbarató la vida. Pensó en los motivos por los que había sido tan difícil realizar la transición desde el periodismo hacia la ficción. Cada vez que se adentraba en el mundo de las historias inventadas y los personajes complejos, se encontraba perdido; perdido en las estrellas, en buscar respuestas a todo, en el tiempo y la materia oscura. ¿Y qué podía hacer? ¿Escribir? ¿Esforzarse aún más? ¿Escribir mejor? Pero dejarse de tanta sabiduría. Se preguntó si el editor canoso de la India era una persona profunda o solo era un indio.

A Baum le encantaba el centro de Manhattan. Caminó desde Chelsea hasta el hermoso West Village, fascinado con cada

manzana bordeada de árboles. Al cabo de un rato, entró distraído en una librería. Curioseó entre los autores que lo superaban con creces, hojeó a los rusos, a los poetas que adoraba, Eliot, Wallace Stevens, Philip Larkin. Obviamente, en una sección estaba expuesto el libro de Thane. El dueño está para ganar dinero, razonó. En cuanto a la foto del autor en la cubierta trasera… desde la imagen de Truman Capote tumbado en el diván con la mirada fija, no se había dado un caso similar de un escritor con tanto amor propio y a la espera del aluvión de elogios. Thane posaba sobre la hierba, con la camisa blanca desabrochada hasta el ombligo, el pecho bronceado, vaqueros ajustados, descalzo, con flores silvestres que enmarcaban la escena y un par de cisnes al fondo en el estanque. Dan ganas de vomitar, pensó Baum. No obstante, ahí estaba a la venta, junto a Proust y Flaubert.

Un tipo bajito, con pinta de escarabajo y unas gafas redondas enormes, cogió un ejemplar del *best seller* de Thane.

«No se lo lleve», dijo Baum. «Lo he leído. Puro *marketing*. Muy aburrido».

«No me cabe duda», respondió el escarabajo. «Estoy al tanto de este libro. Tengo un amigo que es un friki de los libros y me lo ha explicado bien».

Mira quién habla de frikis, pensó Baum.

«El que lo ha escrito lo ha copiado todo. Se ve que es uno de los plagios más salvajes que ha visto mi amigo».

«¿En serio? ¿Por qué lo dice?», preguntó Baum con mucho interés.

«Le digo que esto es un plagio».

«Sí, ¿y cómo es que nadie lo ha dicho?».

«El libro original apenas se conoce. De los años cincuenta. Muy pocos lo leyeron cuando salió».

«¿Y por qué no lo ha dicho su amigo?».

«Quería, pero es que no podía. De un día que se quedó tieso en la calle».

«¿Infarto?».

«Atropello en pleno centro. Salía de una reunión de Alcohólicos Anónimos».

«Un alcohólico», Baum le seguía la corriente a ese elemento.

«Es un plagio descarado. Un robo en toda regla».

Baum se dio cuenta de que el escarabajo era bastante intenso y se preguntó si habría un ápice de verdad en ese desvarío.

«Es decir, ¿que esto está plagiado y no lo ha destapado nadie?». A Baum le había parecido un perturbado de la calle que se había metido en la librería, pero iba afeitado y bien vestido.

«Frases, párrafos enteros, el concepto, la idea, los personajes. Mi amigo, incapaz de hablar, paralizado, estaba bastante enfadado con este tema. Decía que era lo más asqueroso que había visto nunca».

«¿Eso dijo el friki? ¿El friki de los libros?».

«Sí, sí, Pinchuck, mi amigo Pinchuck. Se ha muerto ya».

«¿De qué libro está sacado?».

«Ah, ¿que de dónde viene el plagio?».

«Sí, ¿qué libro es? ¿De qué autor?».

«Una obra que no conoce nadie. Con un título de la Biblia. Sí. *Imposible para el hombre*. Ese es el título. Pues eso, la frase de la Biblia, "lo que es imposible para el hombre es posible para Dios". ¿Conocía la frase?».

«No. Para nada. ¿Dónde se consigue ese libro? ¿Quién es el autor?».

«Ni idea. Está descatalogado. Habría que ir a un sitio donde vendan libros descatalogados». El escarabajo alzó la novela de Thane. «Esto lo lees y no vale nada. Normal, es un producto falsificado. Es como comprarte un mueble de época que es en realidad una imitación de fábrica. Pinchuck me comentó que había actualizado cosas pero que todo estaba copiado. Me dijo que el original, cuando salió, no lo compró casi nadie. Y que la historia tiene más vigencia ahora que entonces. Que en aquel momento, en los cincuenta, pasó sin pena ni gloria entre críticos y lectores, pero hoy en día todo ha cambiado. La editorial hace tiempo que cerró. Es increíble que alguien haga una cosa así y se vaya de rositas».

«¿Y usted por qué no ha dicho nada?».

«¿Para qué? ¿Para complicarme la vida? Ya tengo mis problemas. Van a trasladar mi empresa a Viena. Me dan otro

puesto y en otro país. Mucha más responsabilidad. Menos mal que sé alemán».

Al salir a la calle, con la brisa refrescándole la cara, Baum buscó en Google «Imposible para el hombre», y era cierto, se trataba de un libro de Harry Eastman. No había mucha información. A saber quién era ese escarabajo friki que hablaba de un friki aún mayor que era alcohólico, había sufrido un atropello y había muerto. ¿Tendría Thane tanta caradura y tan poca vergüenza como para copiar la historia, con personajes y diálogos incluidos, de un autor fallecido? Costaba creerlo. Thane no es tonto. ¿Y cómo es que nadie se ha dado cuenta? Por otra parte, estaba eso de que era un libro poco conocido, y además hay plagios por doquier, creía Baum, y solo nos enteramos de los que se detectan.

Baum se encaminó hacia Strand, donde tenían todos los libros publicados desde que Gutenberg fue al registro de patentes. ¿Será verdad?, se preguntaba. Cómo cambian las cosas. Revelar que ese supuesto genio es un estafador, un farsante, un timador. Lo que habría sucedido es que Thane dio con ese libro, lo plagió, lo maquilló un poco y, según Pinchuck, el amigo del escarabajo, encima lo hizo con mucha torpeza. Como era de esperar, en Strand quedaba un solo ejemplar de *Imposible para el hombre* y Baum lo agarró al vuelo. Se lo llevaría a casa y compararía los dos libros, página a página, tranquilamente, y si el escarabajo tenía razón, elaboraría un dosier incriminatorio. El caso es que le resultaba imposible esperar hasta llegar a casa. Disponía todavía de tiempo antes de recoger a Sam. Era reacio a comprar el libro de Thane, *El corazón biselado,* y engordar las ventas con sus veintiséis dólares, pero la impaciencia lo obligó a pasar por el aro.

En una calle secundaria del West Village, vio un adosado con escaleras en la entrada, se sentó cómodamente con los dos volúmenes de tapa dura y empezó a leer *Imposible para el hombre,* comparándolo con el libro de Thane. Se hallaba tan enfrascado en la lectura que no se dio cuenta de que un hombre salió de la casa con un lebrel afgano, bajó los escalones y lo esquivó sin inmutarse mientras pedía permiso. Leyó durante una hora como si poseyera un láser, y cuanto

más avanzaba, más perplejo se quedaba por la magnitud de la copia. El escarabajo no se equivocaba. Era uno de los casos más graves de plagio imaginables. Y pese a lo inteligente que era Thane, estaba hecho con una torpeza absoluta. Se notaba a la legua el intento de incorporar detalles actuales. El timo se basaba en la suposición de que nadie se enteraría jamás de la existencia de una novela desconocida y descatalogada, escrita además por un autor fallecido. Lo que nunca comprenden esos estafadores tan listos es que puedes engañar a la gente inteligente, culta y con estudios, pero el mundo está lleno de frikis y escarabajos, y a esos no los engañas.

Sin embargo, se había hecho tarde y tenía que recoger a Sam. Fue al coche, metió los libros en el maletero, salió a pie del aparcamiento a toda prisa y tomó un taxi. Tenía en su poder un secreto tremendo.

«¿Y ahora qué hago?».

«Y yo qué sé», se contestó a sí mismo. «Hay que pensarlo un poco».

El taxista preguntó si le había dicho algo. Respondió que no, el chófer se encogió de hombros y siguió como si nada. Sam esperaba en el arco de la entrada del edificio, con una amplia sonrisa en la cara que le levantó el ánimo por completo. La conversación en el taxi hasta el Balthazar fue un batiburrillo de temas.

«¿Qué tal tu reunión?», preguntó ella.

«Menudo personaje ese indio».

«Por no decir otra cosa. He hablado de ti con Henry Cobb. Quiere verte la semana que viene».

«Te estoy muy agradecido y me muero de ganas de reunirme con él».

«¿A que hace un día estupendo?», comentó Sam. «Mi horóscopo decía que hoy sería un día especial. No creo en eso, pero lo leo a diario. “Otoño en Nueva York”», añadió. «Seguro que conoces esa canción tan preciosa».

«Clifford Brown. ¿Has escuchado su versión?».

«No», respondió ella.

«Te encantará».

«Bueno, cuéntame más de la reunión con Shivay».

«Todavía tengo que recuperarme».

«Te veo muy alterado. ¿Estás bien?».

«Mejor te lo cuento ahora con unas patatas fritas».

Lo que pensaba contar era que la reunión con Banerjee lo había trastocado por completo y por eso estaba algo nervioso. Ya le habían dicho en otras ocasiones cosas similares, pero que te las dijera un indio impresionaba más.

«Sí», confirmó Sam. «Tiene una apariencia que impone».

Lo que no pensaba contar era el hallazgo respecto al libro de Thane. No por falta de ganas, sino porque no se atrevía. Va a ser un mazazo, imaginó, y por Dios, ¿qué pasará con Connie? ¿O Connie lo sabría? ¿Estaría en el ajo? Un complot de madre e hijo. No, Connie no es así. Le va a sentar como un tiro. Un tiro mortal. Aunque quizás estuviera al tanto y había preferido mirar para otro lado. No, no hay que dejarse llevar. Hasta ahora nadie ha dicho nada, y muy probablemente todo seguirá así. Si esto sale a la luz, será el fin para Thane. Se acabó su carrera. Por parafrasear a cierto príncipe de Dinamarca, no, esto no es bueno, ni puede acabar bien, porque el corazón que estallaría sería el de Sam y Connie, debo refrenar la lengua.

«¿Acaso he de refrenar la lengua?», expresó en voz alta.

«¿Has dicho algo?», preguntó Sam.

«¿Yo?», dijo avergonzado.

«Sí, me ha parecido que decías algo».

«Intentaba recordar un verso de *Hamlet:* “Descansa en la razón, muévete con pasión”».

«Creo que eso no es de Shakespeare».

«No, creo que no, pero estaba pensando que el cerebro no se encuentra en la cabeza, sino en la sangre».

«Me encanta eso que haces de sumergirte en tus pensamientos y hablar contigo mismo», señaló Sam.

«¿Has leído *Imposible para el hombre,* una novela de Harry Eastman?».

Se quedó pensativa un instante.

«No. *¿Imposible para el hombre?* No. ¿Por qué? ¿Está bien?».

«No, no. Es una novela antigua. Me acabo de acordar, nada más».

«¿De qué va?».

«Ah, sobre unas personas que quieren cambiar sus vidas y al final las cambian para peor».

«Ya. No. Es la primera vez que oigo hablar de ella».

Baum quería desviar la conversación. No sabía muy bien qué hacer. Tenía que considerarlo a solas. Buscar un momento de tranquilidad y valorar las posibles decisiones. Planificar qué hacer con esa información tan comprometedora. Ahora no era el momento. Tenía la suerte de pasar un día en Nueva York con un ser dulce y maravilloso con el que regresaba a los días más felices y plenamente vividos de su existencia, y ahí estaba ella, sonriéndole mientras el taxi se aproximaba a Balthazar. Un auténtico viaje al pasado.

«De verdad que mil gracias por organizarme una reunión con Henry Cobb. Respecto a Shivay Banerjee, no sé muy bien qué pensar de él».

«Imaginaba que no ibas a llevarte muy buena impresión, pero no quería decirte nada. Por no inmiscuirme. Él tiene una gran opinión de sí mismo. Pero no es idiota. Creo que tú y Henry os caeréis genial. Los dos sois de convicciones firmes. Es un hombre muy intenso, recto y con principios, muy enérgico, se preocupa por todo. Vive a base de pastillas, pero si tuvieras que estar en un bote salvavidas con una persona, nadie mejor que él. Un ser humano excepcional».

Sam tenía en gran estima a su jefe y confiaba tanto en el trabajo de Baum que había intercedido para conseguir la reunión. No había duda de que Baum estaba colado por Sam, y aunque la lógica indicara que eso no conduciría a ninguna parte, o si acaso al desastre, se dejaba arrastrar por la corriente. Sin darse cuenta, comenzó a analizar con lupa cada frase que ella decía. La elección de las palabras, el contexto, la entonación. ¿Indicaban de alguna manera si sentía algo? Se produjo un silencio y entonces dijo Sam: «La historia del libro que has mencionado es similar a la del libro de Thane».

«Ah, mira, ya hemos llegado», dijo él, salvado milagrosamente de comentar su observación. Tras cinco minutos de charla en Balthazar sobre la calidad de las *brasseries* parisinas, pidieron las ensaladas y, faltaría más, las hamburguesas y las patatas. El camarero, la serpiente en ese

Edén del Soho, preguntó si iban a tomar vino. Sam preguntó a Baum qué le parecía. Él, temeroso de que aflorara Asher el Histérico, respondió que mejor no. Ella, sin embargo, mordió la manzana, pidió una copa de Cabernet Sauvignon para acompañar la comida y no tardó en soltarse y mostrar un encanto todavía más arrebatador.

«Me da la sensación de que tienes algo metido en la cabeza», dijo ella. «¿Estás bien?».

«Sí», respondió, Baum. Querría haber contestado: «No se te escapa una. Con lo inteligente que eres y el ojo que tienes, ¿cómo es que estás con Thane?». Le faltó poco para tirar de la manta, lo habría hecho si hubiera aceptado el Cabernet Sauvignon.

«Se nota que te encanta estar en Nueva York», comentó Sam. «Pareces una persona distinta».

«¿En qué sentido?».

«Más animado».

«Soy de ciudad a muerte. Londres, Roma, París. Me va la marcha».

«Aun así, vives en Connectitut, rodeado de colmenas y nidos de pájaros».

«Connie sería incapaz de vivir en otro sitio. No sabe moverse por las calles. Yo me crie en las calles».

«Connie es estupenda, pero, en confianza, ¿te digo una cosa?».

«Ya sé lo que me vas a decir».

«Ella y Thane están demasiado apegados».

«Me lo dices o me lo cuentas».

«Es decir, en parte es bonito ver lo mucho que se admiran».

«Sí, aunque hay quien dice que en esa relación hay algo que resulta inquietante y da hasta grima».

«No. No digas eso. Es solo que es raro ver tanta cercanía entre madre e hijo».

«Connie está convencida de haber dado a luz a un genio».

«Sí, es un genio. Un genio consentido. Con exceso de confianza, pero es normal cuando eres tan inteligente como él. Creo que a mí también me consintieron demasiado».

Baum se percató de que no había dicho «tú también eres un

genio, aunque un genio por descubrir».

«¿Dónde viviste de pequeña?», preguntó.

«En San Francisco. En el barrio de Pacific Heights. Mi padre era ingeniero civil y mi madre daba clases de filosofía. Me lo consentían todo. Jamás oí la palabra “no”».

«Como Tyler. Eres clavada a mi exmujer. Os parecéis físicamente. Decís las mismas cosas. También se implicaba y daba muchos consejos. Sobre todo respecto a mis libros. Y era muy guapa… como tú».

«Vamos, que te pierden las chicas guapas».

Baum había soltado ese piropo para tantear el terreno y ver cómo reaccionaba, pero no obtuvo ninguna señal clara.

«Connie puede llegar a agotarte», comentó con la intención de insinuar muy sutilmente que quizás la relación con su esposa no fuera a la perfección.

«Tienes que quererla un montón para sacrificar tu pasión por Nueva York. Sé muy bien lo que piensas de vivir en el campo».

«Sí. Soy alérgico al polen. Y ya ves, vivo rodeado de pastos y hierbas silvestres. Para expiar mis pecados».

«¿Cuáles son tus pecados?».

«¿Cuáles son los tuyos?».

«Los dulces. Ser impaciente. ¿Qué más? Enamorarme de la persona equivocada».

Bravo, pensó Baum, justo en el blanco.

«¿Y tú?», preguntó ella.

«La soledad, los agujeros negros, el tiempo, los ladrones que se meten en casa, los tumores, el fracaso, los ascensores… Si sigo, nos tiramos todo el día».

Sam sonrió y miró a Baum.

«Vaya. El miedo es el origen de esos destellos de inspiración en tus obras. De alguna manera, eres un caso único».

«¿Un caso único de qué?».

«De chifladura».

«Gracias, hoy todos me dicen lo que piensan de mí».

«Thane me hablado de tus problemas, de que has pasado por momentos difíciles. Pero no eres nada resentido, gruñón tal vez, aunque simpático».

«Un chiflado simpático».

«Y eres sumamente interesante. Al menos para mí».

«¿Te ha contado también que, cuando Tyler me dejó, tuve un poco de depresión?».

«¿Solo un poco?».

«Es verdad, no fue un poco, fue una depresión en toda regla. Mis amigos tenían miedo de que hiciera una locura. Me ingresaron en una especie de psiquiátrico, bueno, en un psiquiátrico. Cuando entré por aquella sala tan grande hacia la habitación, pensé que me iban a dar unas descargas, no sé el motivo porque para nada era el plan que tenían; pensé además que me quedaría atontado, me entró el pánico y quise salir corriendo, pero me detuvieron y me dieron unas pastillas que me calmaron».

«¿Cuánto tiempo estuviste?».

«Solo unos días. Serían una o dos semanas. De modo que sí, tienes razón, estoy chiflado, pero eso fue hace tiempo, aunque últimamente he tenido algún momento de ansiedad. Como si perdiera la cabeza. No sé explicarlo muy bien».

«Ya sé que un crítico dijo una vez que tus obras son mero lloriqueo, pero para mí hay algo universal en tus quejas. Soy consciente de que pocos opinan como yo».

«Me haces un gran favor al presentarme a Henry Cobb».

«Así que estabas muy enamorado de Tyler, tu ex».

«Parece mentira lo que me recuerdas a ella. ¿Te lo he dicho ya? Te pareces mucho a ella, y aquí estoy contigo en Balthazar».

«¿Por eso querías quedar conmigo? ¿Porque te recuerdo a Tyler?».

«Puede ser», dijo, encantado del coqueteo mutuo, aunque consciente de que no podía ni quería ir más allá.

«Bueno, al menos vamos a pasar una tarde agradable», señaló ella. «¿Damos una vuelta y vemos alguna exposición?».

«Voy a ver qué hay. Buscaré una buena para expiar mi culpa por esta charla». Sin renunciar al flirteo, se hizo cargo de la cuenta y se fueron.

Se trabajaron el Soho y el Meatpacking District. Algunas de las obras que vieron eran estupendas, y otras, no tanto. Baum

era un apasionado del arte y pensó en todos los artistas jóvenes que luchan por abrirse camino en un mundo que amaba el arte, se emocionaba con el arte, necesitaba el arte y, paradójicamente, trataba tan mal a los artistas. Pensó en Thane y le invadió una sensación de rabia que prefirió aparcar para no estropear la tarde. Tuvieron la suerte de dar con una exposición fotográfica en la que vieron unos fabulosos Lee Friedlanders y luego algunos Weegees. Quedaron fascinados con el trabajo de ambos. Pararon en la Morgan Library para ver unas ilustraciones originales de *Alicia en el país de las maravillas* y ella compró una bolsa de tela de Alicia para su sobrina.

Baum le contó una anécdota graciosa que acababa de recordar, un viaje con Tyler por Europa. Cuando estaban en Múnich, él propuso ir en coche a Dachau, el antiguo campo de concentración nazi que se había conservado intacto y estaba abierto a los turistas. Tanto él como Tyler se sorprendieron al ver el terrorífico campo arropado por hermosos bosques, entre árboles y flores. Allí lo tenían, a escasa distancia del pueblo, tal y como se ve en las espeluznantes fotos y las filmaciones de la época, con la cámara de gas y el crematorio. Había rincones hermosos y bien cuidados donde se asesinaba a golpes a los prisioneros. Miles de seres humanos inocentes padecieron hambre y torturas, y muchos se arrojaban a los cables eléctricos para quitarse la vida cuando el sufrimiento se volvía insoportable. Era lo más próximo al infierno que podía imaginarse. A la salida oyeron a una turista preguntar inocentemente en el mostrador central si había tienda de regalos. Sam se rio tanto como él y Tyler en aquel momento. Fueron en taxi al Metropolitano para ver las obras de Pissarro. Los dos eran admiradores absolutos del *Boulevard Montmartre una mañana de invierno*. Asher comentó que le encantaría entrar en ese cuadro y estar allí, entonces, no aquí, ahora. Sam se rio y dijo «llévame contigo». Más tarde, ya en el exterior, de paseo por Central Park, el impacto de la imagen seguía en su interior, al igual que la respuesta de ella.

«Venía a menudo aquí con Tyler a mirar las pinturas, aunque lo que ella quería era meterse dentro de un Renoir.

Hablamos mucho de mudarnos a París».

«¿Es tu sueño? ¿Vivir en París? El mío, desde luego».

«Sí. Pero ese cuadro resulta tan cautivador porque consigue que desees estar allí esa mañana de invierno en concreto. Hay que entender que buena parte del sueño se basa en contemplar a la gente con esa ropa y en esos carruajes. Imagina cenar en el Maxim's. Evidentemente, si hubiera vivido aquella época, ahora estaría muerto. Y claro, los dentistas no tenían novocaína».

«Sí, la vida se burla de nosotros, ¿no crees?», dijo Sam. «Tanto encanto y belleza, y tanto Dachau».

«Con suerte, terminas con una roca en lo alto de una montaña. ¿Y qué haces con una roca ahí arriba? Nada. Nada. Perdona, no quería ponerme a bramar así».

«¿Y si en lugar de una roca fuera un gran libro?».

«Buena respuesta, pero vuelve a preguntármelo dentro de unos miles de millones de años cuando, por parafrasear a Gertrude Stein, ya no exista un aquí aquí».

«Llevas el pesimismo al extremo. Yo que iba a decir que habría sido divino vivir en el París de la *belle époque*. Vivir en un cuadro de Renoir».

«Sí, y los que aparecen en un cuadro de Renoir a lo mejor desearían haber vivido en uno de Fragonard».

Mientras paseaban y charlaban por el gran parque paralelo a la Quinta Avenida, empezaron a encenderse las cálidas luces de los apartamentos neoyorquinos, creando así una escena muy romántica a través del follaje, y Samantha Taylor se volvía cada vez más guapa a medida que caía el anochecer.

Fue el momento más placentero que había tenido en mucho tiempo, pero estaba claro que terminaría mal, ya que aquello no iría a ningún sitio, pese a que a ella le parecía «simpático» y «sumamente interesante». Estaba «chiflado», pero su lloriqueo era «universal». En fin. Ese día permanecería como un regreso a sus años más felices y se sintió afortunado de haberlo vivido ahora que todavía era capaz de aguantar quince flexiones.

Entonces sucedió algo increíble. Algo sacado de una película o un sueño, nada que ver con la rutinaria temporada teatral de fracasos que es la vida. Habían dejado el parque para dirigirse

al aparcamiento. Se encaminaban a la Quinta Avenida y se reían de alguna trivialidad, porque un aspecto divertido del día era que se reían casi de las mismas cosas, algunas serias, otras banales. Pensaron tomar algo rápido en el Bemelmans Bar antes de regresar a Connecticut, porque a ambos les gustaba mucho ese lugar con los fantásticos murales del artista. De hecho, Sam tenía una acuarela original de Bemelmans de *Madeline*[14], un regalo de sus padres. Llevaban media hora de conversación sobre las excelencias de París. Se desviaron de la avenida, cruzaron la calle Setenta y siete en dirección a la coctelería situada en el hotel Carlyle hasta llegar a Madison Avenue, y, de repente, con quién iban a toparse sino con Tyler. ¿Tyler? Sí, era Tyler Royce, quien una vez fue Tyler Baum y ahora era Tyler Lake. Sam supo al instante de quién se trataba, más que por la descripción que había hecho Baum, por su reacción física, comparable quizás a cuando el meteorito exterminó a los dinosaurios. Baum se quedó estupefacto.

«Hola, Asher», dijo con una amplia sonrisa que desbordaba entusiasmo. «Qué sorpresa».

A Baum, inmovilizado como si hubiera sufrido un traumatismo por objeto contundente, la única palabra de su lengua materna que le acudía a la cabeza era «Tyler». Tras activarse las neuronas del cerebro, solo acertó a preguntar: «¿Qué haces aquí?». Por Dios, pensó, puedo decir algo mejor. Qué manera de desperdiciar ese momento a lo Noël Coward.

«Se ha casado un amigo de Ricky y hemos venido a la boda. Te veo bien».

«Y yo a ti», fue lo que se le ocurrió. ¿Qué me pasa? Con lo genial que se me dan los diálogos.

Apenas se le notaban los años, y lo poco que había cambiado no desentonaba con su belleza natural. Ni rastro de bótox en aquella maravillosa cara recién salida del campo. Estaba radiante, lozana, hermosa. Por lo visto, vivir criando ovejas le sentaba bien. De todas las cosas que habían compartido, el recuerdo que volvió con más nitidez e intensidad fue el primero, aquel día ante el timbre y la charla por el interfono. En este encuentro casual de ahora, solo faltaba la música de fondo con la orquesta al completo.

«Te presento a Sam», dijo ante aquella situación que no podía resultar más incómoda. «Es la novia de mi hijastro».

«¿Y qué haces con ella?», preguntó Tyler entre risas pese al sonrojo de Baum.

Las dos mujeres se saludaron afectuosamente y, por un instante, Baum contemplaba una sesión doble de cine, con la original y la secuela.

«¿Qué tal el trabajo?», preguntó Tyler. «Leí tu libro. Si tuviera tiempo, me encantaría comentarlo contigo, pero tenemos el avión esta noche. Veintisiete horas de vuelo. Justo lo que te va», añadió con sarcasmo.

«Tendrás muchas ganas de volver a casa. Hay que cuidar de las ovejas». Baum experimentó de nuevo el dolor, esos sentimientos contradictorios.

«Ya te digo que aquello no es para ti», afirmó Tyler. «“Todos los animales son humanos fallidos”, recuerdo que dijiste una vez».

«Bueno, las ovejas son otra cosa. Jamás me perdería un buen esquilado de lana. O ver pastar al rebaño en la pradera con un *border collie* a mi lado. O, ya puestos, unas chuletas de cordero con gelatina de menta».

«Déjate de chorradas, Asher. A mí me llena un montón. Y se aprenden muchas cosas. Seguro que no sabrás que las ovejas tienen las pupilas rectangulares».

«Pues ni idea, no sé cómo he vivido tantos años en el Upper East Side de Manhattan sin ese dato. Ya ves tú qué cosas».

«El tema es que te llevarías bien con las ovejas. Tenéis una cosa en común. También se automedican».

«¿Y eso?».

«Al igual que tú, comen ciertas plantas, pero no como alimento, sino para combatir enfermedades, y saben perfectamente cuáles son las que curan».

Baum jamás habría imaginado, cuando conoció y se enamoró de Tyler Royce, una refinada y acérrima neoyorquina asidua a los estrenos y los restaurantes de moda, que años después, ya divorciados, coincidirían en Madison Avenue y mantendrían una conversación sobre su vida en Nueva Zelanda. Cuando el poeta Robert Burns escribió que «los planes

mejor trazados de ratones y hombres a menudo salen mal», no sabía lo rematadamente mal que podían salir.

«Íbamos a tomar una copa. ¿Te apuntas?», propuso Sam.

«Me encantaría, no puedo. Pero gracias. Ya llego tarde, aunque ha sido un placer verte, Ash».

«Sí. Lo mismo digo. Si no, nunca habría sabido que las ovejas tienen las pupilas rectangulares».

Y con una sonrisa, se fue, rumbo desde Madison Avenue hacia la siguiente etapa en las aventuras de Tyler Royce, la pastora de Park Avenue.

A pesar de lo que le hubiera dicho a Sam, se quedó muy afectado por el encuentro con su ex, y cuando se sentaron en el Bemelmans, al pedir ella una margarita, él pidió otra.

«Creía que no te iban las bebidas fuertes», dijo Sam.

«Y es verdad. No me gusta nada el sabor. Solo probaré un poco. Todo esto me ha cogido por sorpresa. Además, tengo que conducir».

«Te ha dejado tocado de verdad».

«Estoy bien», mintió, un poco avergonzado. «Tendría que haber sabido lo de las ovejas y las pupilas rectangulares. ¿No han traído mi bebida?».

«Desde aquí se oye cómo te late el corazón», señaló Tyler.

Baum se levantó de la silla. «Tengo que echarme un poco de agua en la cara. Si no vuelvo dentro de cinco minutos, llama a una ambulancia».

Para él había sido un encuentro irreal y necesitaba un momento para tomar aire. Estaba completamente sorprendido y desconcertado por haber coincidido con Tyler después de todo lo que había pasado, y aquello desató un torrente de recuerdos, los paseos, las charlas, las risas, sus labios, sus bromas, sus espaguetis. Y de repente, como había expresado a la perfección Larry Hart, un día se había visto con zumo de naranja solo para uno[15]. Recordó que mencionaron la camisa de fuerza, pero nunca se llegó a eso. «No tenemos previsto administrarle terapia electroconvulsiva, señor Baum. ¿De dónde ha sacado esa idea?».

La ironía está en que yo no era para nada una persona violenta, rememoró. Pero allí no lo tenían tan claro.

«Estaba usted un poco fuera de sí», dijeron.

«Yo estaba bien hasta que oí las palabras “terapia electroconvulsiva”».

«Se habrá equivocado, señor Baum. Igual lo ha oído, pero no era respecto a su caso. Cálmese».

Y ahora estaba a solas en el cuarto de baño del hotel Carlyle. Allí comenzó a hablar en voz alta. «Eh, ¿has visto lo que ha pasado?».

«Imposible no verlo».

«Tenía buen aspecto».

«¿Tyler? Sí, es de las que mejoran con los años».

«Y todavía conserva ese toque sensual. Todos iban detrás de ella».

«Sí, pero estaba tranquila conmigo. Hasta que dejó de estarlo. O eso es lo que yo pensaba. Ese tío de Nueva Zelanda… ya lleva mucho tiempo con él. Nueva Zelanda. ¿Qué se le habrá perdido en Nueva Zelanda?».

«No te calientes la cabeza porque no llegarás a entenderlo. Tú mismo lo dijiste. No todo en esta vida tiene explicación. Es una chica que prefiere los borregos al trasiego».

«Paso de tus ocurrencias».

«¿Nunca detectaste ninguna señal?».

«No. He pensado muchas veces si hice algo mal».

«Bueno, así es la vida. La vida no es una ciencia exacta».

«¿Te has fijado? Sigue con los dientes de arriba tan prominentes. Se me había olvidado que eso me volvía loco. Sam los tiene iguales. Y resultan tan sensuales como los de Tyler. Sam tiene unos morritos incomparables. Los de Tyler son los mejores que he visto nunca. Ya me ves, hundido ahora entre morritos y dientes».

«Estás tocando fondo, Asher. Hace tiempo que no levantas cabeza».

«Cuando conocí a Tyler, llevaba aparatos en los dientes. No sé si te lo había contado. Qué sexi. Por Dios, a saber por qué me ponían tanto los aparatos. Un simple trozo de metal. Sam no lleva, pero le quedarían bien».

«Asher, no me escuchas. Te digo que tienes que centrarte».

En ese momento, Baum se mostraba ajeno a las palabras

sobre su caída en picado.

«Estaba pasándolo estupendamente con Sam cuando apareció Tyler. Ha sido muy bonito, como contemplar dos lunas. ¿No han descubierto una segunda luna más pequeña? [16]».

«Es increíble lo que se parecen. Cuando las vi juntas y a ti en medio, me resultó surrealista».

«Hoy ha sido como pasar el día con Tyler. Balthazar, las galerías de arte, Central Park y luego la Tyler auténtica. No se me va de la cabeza».

«Ni a mí».

«Todo esto me supera. Sam, Tyler, el escarabajo de la librería. Así que Thane, ese farsante de pacotilla, lo ha plagiado todo. Es que lo sabía. ¿A que decía yo que era pura fachada? ¿A que sí?».

«Es verdad».

«Y tú decías que no».

«Reconozco que era escéptico».

«¿Has visto el libro de ese autor? ¿El de Harry Eastman? Hay partes que Thane ha plagiado palabra por palabra».

«¿Has pensado lo que vas a hacer?».

«No sé. Necesito beber algo. ¿No he pedido ya? Pero, venga, ¿dónde está mi margarita?».

«Yo no la tomaría. Piensa cómo te pones ya solo con el vino blanco».

«Bueno, pero necesito una copa. A ver si me calmo un poco».

En ese instante, se abrió la puerta del baño, se asomó un hombrecillo a punto de entrar, vio que Baum lanzaba gritos al aire, cerró con rapidez y desapareció.

«Estás asustando a la gente. Lo de hablar solo se te está yendo de las manos».

«Mira quién habla. Ni que fuera para tanto», dijo Baum. «Ese tipo era una de esas almas cándidas y delicadas que no entran en un baño si hay alguien más. La gente tiene manías raras con los baños. Somos seres defectuosos. En el cielo, cuando Dios creó al hombre, se dio prisa para terminar en seis días. ¿Por qué tanta prisa? ¿Y ese séptimo día libre para qué?

¿Para echarse una siestecita en las nubes? ¿Qué carajo vas a hacer bien en solo seis días? ¿Sobre todo si es algo tan complicado como la gente?».

Desvariaba sin mesura en el escenario de azulejos del baño.

«Y otra cosa, justo antes de que nos envíen a nacer a la Tierra, un ángel coge un temporizador mecánico, muy pequeño, gira la rosca, nos lo inserta en el cuerpo y, según cuánto haya girado, ese es el tiempo que vivimos. Un temporizador. El ángel normalmente mueve la rosca hasta los ochenta años y luego te mete el aparato. A veces gira con más fuerza y otras veces tienes mala suerte y gira poco. El temporizador empieza a avanzar y cuando se detiene te apagas. Ya está todo predeterminado. Da igual que no pares de hacer cinta o de tomar omega-3. Todo depende del temporizador que el ángel te inserta al nacer».

Baum tenía la respiración entrecortada y necesitaba a toda la costa la margarita. Quería volver con Sam, sentarse frente a ella, igual que tantas veces con Tyler, y recuperarse con el tequila. Quería sentirse feliz y triste al mismo tiempo. ¿Triste por qué? Porque también hay cierto placer en la tristeza. ¿Por qué? Porque todo carece de sentido. Su percepción era acertada, no todo en esta vida tiene explicación. Sam esperaba en la mesa, iluminada por la luz cálida y rosada de una lámpara que resultaba tremendamente favorecedora. Estaba con su segunda margarita. Se sentó en la silla y se dio el gusto de contemplar a la chica. La margarita aguardaba allí mismo.

«Cuidado con eso», dijo él, mientras señalaba la bebida de Sam. «Tiene mucha sal. No es buena para la tensión».

Un judío hipocondríaco hasta la médula. Está con una preciosidad de mujer en una cafetería, con poca luz y entre copas, y se preocupa por si la sal puesta en el borde del vaso es mala para la tensión.

«Has tardado un buen rato», dijo Sam. «¿Estás bien?».

«Sí. ¿Qué te ha parecido Tyler?».

«Como la habías descrito. Un sol de chica. Seguro que es tan genial como dices».

Tú también eres genial, pensó Baum, y en lugar de los habituales sorbos a ritmo de *adagio* que daba a cualquier

bebida de más de doce grados, agarró la margarita con la mano entera y se la tomó de un trago, como el protagonista de una película de vaqueros. Ahí estaba él, sonriente, todo rojo, con los vasos sanguíneos de la cabeza completamente dilatados. Sam notaba también el efecto de la segunda copa. Ambos se miraban en el silencio vespertino del bar, con música del pianista del local, un tema de Vernon Duke, y colores dignos de tecnicolor. Si alguna vez se había presentado el momento ideal para realizar, como dicen los ajedrecistas, una apertura de libro, era ese. Y aunque se moría de ganas de dar el paso, algo le impedía mover el peón a rey 4. Así que al final fue Sam quien le agarró la mano.

«Hoy me lo he pasado de maravilla», dijo ella.

«Sí, ha estado muy bien», respondió, pasmado por su arrojo.

«¿Te cuento una cosa? Es algo que quería contarte. Pero igual ya lo sabes».

Entra en escena la dopamina y la cámara se acerca para un primer plano. Baum pensó que, si iba a ser algo del estilo de «Asher, en el poco tiempo que te conozco, te he cogido mucho cariño», casi mejor no oírlo, aunque en el fondo anhelaba escuchar exactamente esas palabras. Un camino llevaba a la dicha, el otro al infierno. Sin embargo, el camino a la dicha era, en realidad, dar un rodeo hasta el infierno.

El caso es que no sabía muy bien lo que quería. Ya había estado una vez en el infierno y no tenía ninguna intención de volver de visita. Aun así, ya percibía cierto olor a azufre. Mejor esperar a que hablara y ver qué tal le reaccionaba el cuerpo. Se miraría a sí mismo desde fuera y, como mero espectador, no sería responsable de lo que a su personaje se le ocurriera hacer. Dudaba de si se impondría el Asher Malo o si el Asher Bueno extirparía a esa gárgola de su interior para regresar al mundo del sentido común. ¿Qué habría hecho Kant si ella le hubiera cogido la mano? Kant habría recurrido a lo del Imperativo Categórico. ¿Habría reflexionado qué pasaría si todos reaccionaran así, como el Asher Malo? ¿O tal vez, tras sentir la mano de ella, Kant se la habría llevado a un hotel para estar los dos a solas y acto seguido se habría puesto a escribir dos mil páginas opacas, imposibles de entender, para tratar de

justificarse?

«¿Te cuento una cosa de Thane?», preguntó.

Ya va, pensó Baum, ¿qué hago? Será del estilo de «no sé cómo decírselo a Thane, pero he empezado a sentir algo por ti». Asher se moría de ganas de ver la reacción de Asher.

Sam lo miró fijamente con esos ojos grandes y sensuales y dijo: «Thane me ha pedido que me case con él y estoy muy contenta. A Connie es a la única a la que se lo ha dicho y está loca de alegría. Tenía la esperanza de que formalizáramos la relación y ya está hecho. La verdad es que al principio me entró cierta inquietud. Creo que Thane es un escritor fuera de lo común, y ya me ha pasado otras veces lo de enamorarme del artista en lugar de la persona. Eso me ha supuesto muchas noches de lloros. Pero Thane es más que un artista. Es un ser humano excepcional. Tiene valores y mucha humanidad, lo he hablado un montón con mi psiquiatra y voy a dar el paso. Te cuento esto porque sé que Thane y tú nunca habéis hecho buenas migas y tampoco habéis tenido una relación muy cercana. Se me había ocurrido que, ahora que voy a formar parte de la familia, por decirlo así, y como tú y yo nos entendemos a la perfección, a ver si puedo conseguir que os llevéis mejor, algo que Connie no ha logrado nunca. Bueno, esto es lo que quería comentarte, y me ha parecido que, después de pasar un día tan agradable, era un buen momento. ¿Me he metido donde no debía? Dímelo con confianza».

Baum se quedó inmóvil, no miraba ni a Sam ni al vacío, sino a la eternidad. No sabía qué decir, no sabía qué pensar. Se sentía perdido, tanto en el cosmos como en el Bemelmans Bar.

«Ajá», murmuró. Permaneció en silencio. Respiró lenta y profundamente, mientras deglutía una inmensa decepción. Al final consiguió hablar. «¿Has leído *Imposible para el hombre*?», preguntó, con el efecto de la margarita que había hecho su magia.

«No, ¿me lo habías preguntado ya?», dijo Sam. «Es una novela, ¿no?».

«Una novela antigua del siglo pasado. De un tal Harry Eastman. ¿Te suena el nombre?».

«No».

«Di con ella de casualidad. El autor ya murió».

«Ni idea. ¿Has oído lo que he dicho sobre tú y Thane, y lo de hacer de mediadora?».

«Ya veo que no lo has leído. Pocos saben de ese libro».

«No me suena de nada *Imposible para el hombre*. ¿Por qué? ¿Me espera algo bueno si lo leo?».

«¿Algo bueno? No, no. Te auguro que si lo lees, te pensarás mejor lo de casarte con Thane». Era la primera vez que le decía una cosa tan fuerte y se arrepintió en cuanto le salió de la boca. Un movimiento dramático en exceso, y ahora, dentro de su cabeza, el caos, la danza de los infieles.

«¿De qué hablas, Asher?», se extrañó. «¿Se te ha subido ya?».

«Thane ha copiado prácticamente todo su libro de *Imposible para el hombre*. Es uno de los casos más graves y descarados de plagio que he visto en la vida».

«No sé de qué hablas, Asher. Creo que estás bebido».

«En parte siento que tendría que callarme, no decir ni mu, y quizás nadie se diera cuenta, pero, al margen de eso, creo que tenía que avisarte».

«¿Avisarme de qué? ¿De qué hablas?».

«Me han dicho hoy que Thane ha plagiado ese libro».

«Qué disparate. ¿Quién?».

«Me lo ha contado el escarabajo en una librería. Pero es un robo tan flagrante del trabajo de otra persona que siento en mi interior que debería contárselo a algún periodista y que sean ellos los que destapen este delito repugnante. Lo veo como un deber hacia mis colegas de oficio, hacia todos los escritores que se las ven y se las desean para escribir con honradez. Como un deber hacia el legado de un autor fallecido y la cultura en general. También hacia tu jefe, Cobb, que va a sufrir un ridículo enorme por haberlo publicado. Pero sí tengo clara una cosa. Ahora que me has dicho que piensas casarte con él y que has pasado por relaciones en que confundiste al artista con la persona, y como aquí Thane ni es artista ni es una persona honrada, tenía que decírtelo para evitar que te lances al vacío».

En ese momento, el bar se quedó en completo silencio, a excepción del pianista, que iniciaba el tema «Moonglow».

Empezaban a entrar los clientes para la hora feliz, había cierto ambiente, pero todavía predominaba la tranquilidad.

«No te creo», dijo al fin Sam, aunque no cabía duda, Baum la había dejado desconcertada.

«Supongo, claro está, que no sabías nada de esto y que ahora estás asimilándolo».

«No te creo», insistió, y ya fuera por el cambio de color en las mejillas o la humedad que se le acumulaba en los ojos, resultaba evidente que no se había tomado bien la noticia.

«No te mentiría», aseguró Baum. «Solo pienso en tu futuro».

«Nadie dice que mientas», replicó, y el tono de su voz dejaba traslucir algo más que un atisbo de irritación. «Lo que digo es que estás un poco bebido y que has tenido un encuentro traumático con tu ex y que estás un poco alterado».

«Estoy bien, Sam, y sí, ver a Tyler me ha descolocado, una margarita es mucho para mí, quizás esté un poco bebido y no debería haberte dicho nada, pero he pensado que tenías que saberlo».

«Connie siempre dice que no paras de competir con Thane y que te molesta que triunfe. Obviamente, hace mucho que escribes y nunca has publicado nada que conecte tanto con el público como ha conseguido Thane a la primera».

«No, nunca he vendido mucho, pero eso ya lo sabes».

«Tampoco has tenido el reconocimiento de la crítica. Nadie dice que no seas bueno ni tampoco que no tengas potencial, pero según pasan los años, uno quiere ver que se cumple ese potencial». Estaba a punto de llorar, la segunda margarita le había sentado como a él la primera. «Connie dice que estás amargado porque esa promesa que eras no se ha materializado. De momento. Yo creo que de momento. Por eso, para mí, si trabajas con Henry Cobb, quizás te ayude a crear esa obra maestra que se te ha resistido hasta ahora. O con Shivay Banerjee, si eres capaz de soportarlo. Es lo único que digo, y solo he tomado una copa más que tú». Había desviado con exabruptos el meollo de lo que Baum había expuesto y ahora él no podía echarse atrás.

«Lo ha copiado todo, Sam. No solo la trama, sino también los personajes, en ocasiones discursos y párrafos casi idénticos,

y en algunos casos palabra por palabra».

«¿Eres consciente de lo que dices? El plagio es delito. Pero eso es lo de menos. Si creyera que lo que dices de él es cierto… ¿No querrás destruir su reputación?». Estaba a todas luces confundida, se negaba a aceptar que existiera la más mínima posibilidad en el universo entero de que hubiera un ápice de verdad en tamaña insensatez.

«Sé muy bien que el plagio es delito», dijo Baum. «Del latín *plagium*. Secuestro, robo literario. ¿De verdad crees que no sé latín?».

«Te tengo respeto, Asher. Soy consciente de que últimamente has tenido mucho estrés y que has empezado a hablar solo. Tus últimas obras no han ido bien, esa en la que trabajaste durante un año tuvo una acogida muy pobre. Creo que las críticas fueron excesivas, pero lo habrás pasado mal. Luego te suelta una lección ese faquir indio, Shivay Banerjee, y te encuentras a la mujer que te dejó hecho polvo, tendrías que haberte visto la cara. Te han vuelto los recuerdos de aquella ruptura, y me cuentas una historia de un hombre que se parece a un escarabajo que te dice no sé qué de un libro desconocido».

«Voy a darte ese libro».

«Y luego me dices que el hombre al que quiero y con quien voy a casarme es un impostor que me ha engañado desde el principio. Que no debería casarme con él porque sería como lanzarme al vacío». Se puso a llorar, tenía la voz entrecortada y se levantó de la mesa. «Perdona», dijo, se fue al baño y dejó en la mesa a Baum, que empezó a hablar consigo mismo en aquel rincón a oscuras del Bemelmans Bar, una silueta negra proyectada sobre un mural de Madeline en París.

«¿Qué? ¿Contento ya de haberla hecho llorar?».

«¿Y qué iba a hacer, dejar que se casara con ese farsante y se enterara cuando ya fuera tarde?».

«Quizás no se hubiera enterado nunca. Quizás nadie se hubiera enterado. Nadie ha dicho nada de momento. Quizás esto pase inadvertido si no te subes a la parra con eso del robo literario, como tú lo llamas, y no tiras de la manta».

«No he tirado de ninguna manta. Conozco a un puñado de gente que mataría por tener esta información. Y no me habrás

visto llamar a nadie. Es una chica que va directa al desastre, veo que puedo evitarlo o al menos advertirle del error tan tremendo, ¿y tengo que callarme? ¿Dejar que se entere a las malas? Y si no sale a la luz, ¿qué pasará cuando publique el próximo libro? ¿A quién se lo plagiará? A ver, ¿qué tipo de persona hace esas cosas?».

Entonces se acercó un camarero y, con mucha diplomacia, le pidió que bajara un poco la voz porque molestaba a las mesas de al lado. Baum echó un vistazo alrededor y vio que empezaba a llegar la gente tras la jornada laboral y que algunos lo miraban de arriba abajo.

«Ah, disculpe», dijo Baum. «No me había dado cuenta». En cuanto se fue el camarero, susurró: «Por Dios, habla más bajo».

«Decía que no era asunto tuyo delatarlo. No digo que no lo merezca, pero que se encarguen otros».

«Sí, sí, ya sé que ibas a decir eso. Cállate y vete por ahí. Es un milagro que no haya salido nadie aún a acusarlo de plagio. Pero el tema no es si lo cogen o no. ¿Esto no demuestra cómo es Thane? ¿Y ella va a casarse con un tipo capaz de planear un engaño tan calculado?».

«Me da pena. Me hace pensar lo inseguro que es y que toda esa pose arrogante le viene porque está obsesionado».

«¿Obsesionado con qué?».

«Con obtener la aprobación de su madre. ¿Qué te pasa, estás lento? Esa necesidad de demostrarle a todas horas que está a la altura de la imagen que tiene de él».

«Pero si se casa y después se desvela que el marido es un miserable, ¿qué pasará con la pobre Sam?».

«Dirás que siempre recurro a frases hechas, pero, mira, no sacudas el avispero. Que las aguas sigan su curso sin tu santa intervención. No vayas de salvador de la chica. Ni de todos los esforzados y honrados escritores. No vayas de salvador de la humanidad frente al cosmos. Tú a lo tuyo».

La bella Sam regresó a la mesa. Estaba más serena, se sentó y preguntó: «¿Tienes un ejemplar de ese libro del supuesto plagio?».

Hablaba con mayor frialdad. Adiós al encanto de aquel día. Incluso el tiempo afuera había cambiado, pero Baum no se

había dado cuenta. Cambió de postura en la silla y respondió: «Lo tengo en el maletero del coche. Y también un ejemplar del libro de Thane. Necesitaba los dos para comparar».

«Está claro. ¿Me lo dejas, por favor? El de Thane ya lo tengo».

«Por supuesto. Sam, yo solo…».

No le dejó terminar la frase. «Sé que actúas de buena fe. Pero el tema es serio. Afecta a varias personas. A mí, a Thane y también a Connie, a Henry Cobb, que estaba muy contento por haber descubierto a Thane».

Baum era incapaz de escuchar la retahíla de consecuencias sin arrepentirse de haber abierto la boca. Sintió una furia arrolladora contra el destino que había provocado su encuentro con el escarabajo en la librería. Sin embargo, mucho tiempo atrás también se había encontrado casualmente con Tyler en un restaurante. La suerte, la coincidencia, el destino. ¿Quién aguanta vivir en un mundo así sin perder la cordura?

«¿Y yo qué he hecho, Sam? ¿Qué he hecho? Solo quería avisarte de un problema tremendo».

«Vale. Lo entiendo. Pásame el libro. No voy a volver a Connecticut contigo. Voy a revisar ese libro por mi cuenta. Me quedaré esta noche en mi apartamento. Cenaré algo, tomaré café, y comprobaré con atención lo que dices antes de precipitarme, que es uno de mis peores defectos».

«¿Te compro algo para cenar?».

«No hace falta. Tengo cosas en casa».

Ay, Dios, reflexionó Asher. Me odia. Mi intención era buena, lo ha reconocido, y ahora me trata con una frialdad total.

«Venga», prosiguió. «Vamos a mi coche y te doy el libro. Y luego te llevo a casa».

«Bien».

Bien, pensó. Un frío monosílabo. Sam se levantó para salir, él también y se dijo a sí mismo: «Bueno, ¿qué esperabas?».

«¿Qué?», preguntó ella, ya que no había oído lo que decía al estar más cerca de la puerta.

«Nada, nada. Iba a decir que sé que estás enfadada y que te pido perdón por ser yo el que te ha dado la mala noticia. No mates al mensajero». Sin respuesta. Menos todavía que el

monosílabo. Eh, ¿yo qué he hecho? Me preocupo por ella y soy yo quien se lleva los palos.

Caminaron en silencio unas cuantas manzanas hasta el aparcamiento. Llovía sin parar.

En el coche no se dijeron nada. Baum sintonizó la emisora de música clásica. Richard Strauss. *Muerte y transfiguración.* Perfecto. Cambió de emisora al ver la cara que puso ella. Sam solo rompió el silencio una vez en todo el trayecto hacia su apartamento de Bank Street.

«¿Estás sobrio para ir a Connecticut?», preguntó.

«Sí. ¿Por qué, voy dando tumbos?».

«No, pero son dos horas, se ha hecho de noche y empieza a llover fuerte».

«Estoy bien».

«Esto es el final para Thane», comentó ella.

«A lo mejor no. A lo mejor he sacado una conclusión apresurada».

«Ya», dijo con amargura.

Pararon frente a un adosado, su apartamento ocupaba la segunda planta entera. Baum sacó el libro del maletero y se lo entregó. Ella se quedó quieta y miró un instante la portada. Él la acompañó hasta la puerta. La lluvia les mojaba, pero eso era lo de menos.

«Gracias por este día», dijo Sam.

«¿Me llamas cuando lo leas?».

«Si no me tiro por la ventana».

«Vives en un segundo. No creo que te pasara nada», bromeó con la intención de suavizar aquel ambiente, denso como el hormigón recién vertido. La agarró de los hombros, el mismo gesto que le había causado problemas con la periodista oriental, si bien esta vez no besó a Sam.

«Mira», agregó, «podemos olvidar esto y pasar página. Tal vez no se entere nadie más».

«Aunque fuera así, hay personas que no podemos pasar página». Dicho esto, se dio la vuelta, subió las escaleras de entrada y se metió en el edificio.

Baum inició la ruta al mundo de las garrapatas y las tortugas. Volvía a casa con una lluvia cada vez más intensa y

tenía que inclinarse hacia delante para ver bien a través del parabrisas inundado. Le dolía la espalda por forzar la postura. Entonces recordó una cosa de muchos años atrás. Por qué será que las noches de lluvia avivan los recuerdos, se preguntó. También las tardes de lluvia. ¿A santo de qué pasará esto? ¿Qué conexión se dará entre el cien por cien de humedad y el hipocampo? Caen las gotas y los momentos del pasado regresan de golpe. Al menos así le sucedía a Baum, y a la altura de Bridgewater, se acordó de una vez al salir de una obra teatral suya, la primera que había escrito. Se había montado en Provincetown. No había quedado muy bien, y aunque quería probar suerte como dramaturgo, prefería la novela. Era un drama sobre una familia del Bronx, y habían ido al estreno su madre y su padre, así como Ruth Kahn, su novia de entonces, que acudió con sus padres, y muchos amigos, un grupo amplio congregado aquella noche que había empezado con muy buen pie. El problema llegó cuando los familiares y amigos empezaron a ver que los personajes de la obra se basaban en ellos, algunos de manera muy detallada. Abundaban los conflictos, las debilidades emocionales, las manías y los fracasos de cada cual, junto con los deseos lujuriosos y la confesión de infidelidades, todo allí representado en el escenario y a la vista del público. Su amigo Blitzstein aparecía como un *voyeur,* y David Rosen, como un tramposo en las cartas, mientras que la madre de su novia quedaba como una marimacho mandona. Sus padres también albergaban sus remordimientos, que habrían preferido guardarse para sí y no compartir con los demás.

Evidentemente, había cambiado los nombres, aunque tampoco mucho. Helen era Ellen, y Jerry, Gerald. Pero era joven cuando escribió la obra, y si bien pensó que generaría algún reparo, imaginó que todo el mundo se lo tomaría con buen humor, cosa que no sucedió. Baum recordó la vuelta en coche, también bajo un aguacero. Conducía él, su novia iba al lado, y sus padres echaban chispas en el asiento trasero. Detenidos en un semáforo a la espera de la luz verde, su padre le dio un golpe en la cabeza con un programa de mano enrollado. Después de aquella noche, su novia no volvió a

dirigirle la palabra. La obra fue un desastre por otras razones, entre ellas, el exceso de personajes, la falta de profundidad, las risas fuera de lugar, pero qué más daba, escribía mejor, incluso mucho mejor, a medida que pasaban los años. Eso sí, nunca con la calidad de sus reportajes periodísticos.

Bastaron unos pasos desde el coche hasta la casa para terminar calado hasta los huesos. Estaba como un rata mojada en cuestión de veinte segundos.

Connie se hallaba en el sofá y veía la televisión con una copa en la mano. Baum había notado que últimamente bebía más y desde bien temprano. De repente a todo el mundo le ha dado por beber, pensó. Con los años nos hemos vuelto bebedores, cuando antes era suficiente con un vino tinto o blanco, con una cerveza. Ahora se ve que hace falta algo más fuerte.

«¿Qué tal ha ido?», preguntó sin levantar la mirada.

«Bien». Se quitó los zapatos y empezó a despojarse de la ropa mojada.

«Thane está malo. No es nada. Hemos hecho la prueba del COVID y no tiene. Es solo un poco de fiebre. Su temperatura normal es de treinta y seis con tres décimas, y con que le suba un poco, ya se siente como si le pasara un camión por encima».

Pobrecillo, pensó Baum. Me extraña que no lo haya llevado a la UCI del Monte Sinaí.

«Se ha tomado dos paracetamoles y se ha ido a la cama».

«Seguro que sale de esta», musitó Baum.

De todos modos, reflexionó, tengo otros frentes abiertos y estoy reventado después de las olimpiadas de emociones que he vivido hoy.

«¿Me ha llamado alguien?».

«No. ¿No venía Sam contigo?».

«Tenía cosas de trabajo mañana y se ha quedado».

«Asher», dijo con un entusiasmo desbordado, «se va a casar con Thane. Estoy contentísima».

«¿En serio?».

«Deberías alegrarte un poco por él. Está muy contento y ella rebosa de ilusión. No es solo que hagan buena pareja. A él le ha tocado una chica joven y estupenda. Es la mujer ideal para

que lo apoye en su carrera literaria. Es guapa y encantadora, y no olvidemos el futuro que tiene en el mundo editorial». Tomó otro sorbo de la bebida y murmuró con nostalgia: «Ojalá tengan la vida que había imaginado para nosotros. Bueno, no quiero ponerme triste. Había pensado hacer la boda aquí, en la parte de afuera. Podríamos arreglar el lugar de maravilla y había pensado que la ceremonia se celebrara debajo del sauce llorón. Las ramas inclinadas hacia abajo forman una catedral natural».

«¿Has leído un libro titulado *Imposible para el hombre?»,* preguntó él.

«No. ¿Por qué? No lo he oído nunca. ¿De quién es?».

«Nada, que me han dicho que es interesante». Baum vio por su reacción que no era cómplice de la desfachatez de su hijo.

«Thane quiere vivir por aquí», siguió Connie. «Estaba pensando qué tal la casa de Gunderson. Quizás se ponga en venta. ¿A que sería fantástico tenerlos ahí al lado para ver cómo crecen los niños? Soy muy joven para ser abuela. Qué cosas digo. Estoy borracha. Thane ha encontrado el amor. Seguro que cuando conozcas mejor a Sam, también te encantará. Seguro que si fueras joven, te habría encajado a la perfección. Qué suerte que os hayáis caído bien. Lo único que te falta es no tener tantos celos de Thane».

Habían estado a punto de mantener una conversación sin reproches, pero Baum estaba tan agotado que no quería seguir por ahí.

«Imagino que Thane está con la nueva novela», dijo.

«Sí. Tiene un lío en la cabeza porque lo han llamado de varios sitios para dar clases y hacer una residencia artística. En todas partes quieren a gente joven. No sé, además tiene varias dudas con el libro en el que está trabajando. Podrías hablar con él. Sería muy buen profesor. Tiene una forma de ser que atrae a la gente».

«Bueno, estoy un poco reventado. Me voy a la cama».

«Hay pollo frío en la nevera».

«No tengo hambre», dijo Baum, y dejó a Connie con su miniserie. Llenó un vaso de agua fría, se la bebió y subió al piso de arriba. Tenía ganas de darse una ducha, pero descartó

la idea por si lo llamaba Sam. No había sabido nada de ella aunque daba por hecho que ya habría leído el libro, o una parte importante, para darse cuenta del plagio flagrante, del robo de una obra ajena. No tenía su número y tampoco quería pedírselo a Connie, mejor evitar preguntas. Para qué quieres el teléfono de Sam, le habría dicho.

La culpa, ese elemento poderoso que lo cubre todo, igual de omnipresente que el oxígeno, y quizás igual de esencial. Sin embargo, estaba inquieto por no haber recibido ninguna llamada de Sam. Pero ¿de qué debía sentirse culpable? Él no había cometido ese robo. Era a Thane a quien debería perseguir la policía con perros rastreadores.

«¿Por qué no me habrá llamado?», se preguntó Baum.

«Quizás no lo haya terminado aún», se contestó.

«No tiene que leerse el libro entero para darse de bruces con el delito».

«Entonces, se lo habrá leído, le habrá entrado el sueño y te llamará por la mañana».

«Le dije que me llamara en cuanto lo terminara».

«Tal vez lo ha leído y no lo ve igual tú», se dijo a sí mismo.

«¿Estás de broma? ¿Cómo no va a verlo igual que yo? Es un plagio descarado. Tú lo has leído, ¿no?».

«Y tanto».

«O sea, ¿que estoy loco? ¿Estoy viendo cosas donde no las hay?».

«No. Lo ha plagiado. Y no cosas sueltas. Secciones enteras, la idea, los personajes».

«Exacto, y el plagio es delito, ¿no?».

«Se llama delito relativo a la propiedad intelectual».

«¿Cómo sabes eso?».

«Lo he buscado».

«¿De verdad?».

«¿No te acuerdas? Sí. Y si ha ganado dinero con el plagio, y de hecho ha ganado un montón, se enfrenta a una multa».

«Sí, y hasta quince años de prisión».

«¿Ves como sí lo sabes?».

«Tampoco quiero que vaya a la cárcel. Pero ella tenía que ser consciente de con quién va a casarse. Ahora me siento mal

por habérselo dicho».

«Habías bebido. Estabas ligando con una chica que te recuerda a Tyler».

«No sé si seré capaz de dormir hasta que me llame».

Eso era una verdad como un templo. Baum esperó y esperó, con los ojos cansados, los párpados casi cerrados, y aun así no conciliaba el sueño. Ella no llamó. Como buen hipocondríaco, se le pasó por la cabeza que, afectada hasta el extremo por el vil saqueo y el futuro que le esperaba al hombre con el que iba a casarse, había decidido poner punto final. Somníferos. No, eso no. Tal vez gas. La cabeza dentro del horno. Baum se dormía y se despertaba todo el rato. Al final amaneció y seguía sin recibir la llamada. Connie se levantó temprano y salió a correr para quemar el alcohol de la noche. Baum aprovechó la ocasión para sustraer de su móvil el número de Sam. No lo tenía. Se metió a hurtadillas en la habitación de Thane, pero este lo sorprendió.

«¿Qué haces?».

«Buscaba el número de teléfono de Sam. La llevé ayer en coche y he perdido una cosa. Era por si la había encontrado».

«¿El qué?».

«¿Cómo?».

«¿Qué has perdido?».

«Un sobre marrón pequeño». Baum, que mentía fatal, dijo esas palabras entre sudores y susurros.

«Espera, la llamo», dijo Thane al tiempo que marcaba el móvil.

«Ah, no te preocupes, que estás enfermo».

«No voy a pegarte nada. Estoy mucho mejor». Thane terminó de marcar. Se hizo el silencio.

Baum estaba de pie, nervioso, se balanceaba de un lado a otro mientras esperaba. Cuando responda, pensó, no sabrá a lo que me refiero si le cuento lo del sobre. Pero no sé por qué estoy nervioso. No le he robado la novela a nadie. Una vez ambienté una historia en Praga, pero por el toque kafkiano. Y no plagié nada. No hubo respuesta. «Hola, cariño, soy yo. Llámame cuando te venga bien. Asher dice que ha perdido un sobre marrón. Por si lo habías visto».

Le dio las gracias y Thane se giró en la cama para arañar otra media hora antes de enfrentarse al mundo.

¿Qué es lo que pasa? ¿Dónde se habrá metido? ¿Habrá esperado a leer el libro por la mañana y estará enfrascada en la lectura? Estoy que me subo por las paredes.

«¿A qué hora te dijo Sam que iba a volver?», preguntó Connie antes de meterse en la ducha.

«No me lo dijo», respondió convencido de que algo no iba bien. Pasó la mañana y el nivel de ansiedad de Baum estaba a punto de alcanzar la velocidad de escape. Sam no cogía las llamadas y no contestaba los mensajes. Connie se pasó el resto de la mañana pegada al teléfono con sus amigos, habló de ir a una exposición de moda en Manhattan la semana próxima y les contó también las buenas noticias: que el agente de Thane estaba en negociaciones de un contrato cinematográfico importante para adaptar la novela, y que él y Samantha Taylor se casarían más o menos por Acción de Gracias. Además, Thane ya escribía apuntes para un nuevo libro y a lo mejor hacía una residencia artística en una universidad de mucho prestigio. No quiso decir el nombre.

Baum abordó a Thane dos veces después de levantarse, un comportamiento raro en él que despertó suspicacias respecto al inusitado interés por el misterioso sobre marrón. En una de las ocasiones, le preguntó si tenía noticias de Sam, Thane respondió que no y que estaría en alguna reunión. Siempre andaba con reuniones, aunque Baum había llamado al trabajo y le habían dicho que no había acudido en toda la mañana. Sin más explicación. Dios mío, ¿estará muerta en su apartamento? Por otro lado, Baum intentaba reunir el valor para preguntarle a Thane si había leído *Imposible para el hombre* y ver cómo reaccionaba. Pero, aunque no dejaba de darle vueltas, no se atrevía. Se encontraban todos en el jardín de entrada cuando apareció un coche de alquiler, se abrió la puerta y era Sam.

Tenía cara de no haber dormido, los ojos irritados, no era la misma persona. Llevaba en la mano *Imposible para el hombre,* se acercó a Thane y se lo arrojó a los pies.

«¿Qué es lo que pasa?», preguntó Connie, desconcertada por el gesto.

«Que te lo cuente él», respondió Sam.

«¿De dónde has sacado este libro?», dijo Thane.

«Tu padrastro lo localizó en una librería de libros antiguos. Lo leyó, y cuando le comenté que íbamos a casarnos, pensó que tenía que decírmelo».

«¿Qué es lo que pasa?», repitió Connie. «¿De qué va esto?».

«Esto va de que la novela de tu hijo, la que le ha valido tantos elogios a bombo y platillo, por no hablar del dinero, está plagiada de principio a fin».

«¿De qué hablas?», preguntó Connie.

«Que te lo cuente Thane. Que te cuente él toda la historia», señaló Sam enfadada.

«¿Qué es lo que dices de Thane? No entiendo nada», insistió Connie. Thane estaba paralizado, se había quedado sin palabras.

«Perdona por ser tan directa, pero tu hijo ha plagiado el libro de otro y creía que nadie se iba a enterar. Así fue hasta que llegó Asher, me pasó el libro y se vino abajo toda esta mentira asquerosa».

«¿Eso es verdad, Thane?», dijo Connie. «¿Has plagiado el libro? No me lo creo».

«¿Por qué os ponéis todos así?», intervino Thane. «Me encontré un libro desconocido, descatalogado, del siglo pasado, con algunas ideas que yo ya tenía, además de unos personajes excepcionales. Todo ahí metido en una novela que no había leído prácticamente nadie. El autor estaba muerto, la editorial se fue a pique hace años y nadie llegó a conocer jamás el argumento y los personajes. El tema me venía como anillo al dedo para una historia actual que tenía en la cabeza, mucho más vigente hoy que cuando se publicó eso. Nadie sale perjudicado. Ni el autor, ni el editor, ni los herederos, ya que no hay porque lo comprobé. Evidentemente, no ha habido ningún comentario y estaba seguro de que nadie se enteraría o preocuparía por esto. Hasta que llega este sujeto que quiere hundirme y crearme un problema con Sam».

«Lo leí anoche», apuntó Sam. «A las cincuenta páginas, ya tenía claro que era un plagio. Pero me quedé tan alucinada cuando lo terminé, que llamé a Henry a las doce de la noche

para contárselo. Creía que iba a darle algo. Me dijo que se lo llevara de inmediato. A esa hora, a las doce. Esta mañana ha dicho que no quiere saber más de ti».

«No está metido en ningún lío. Tendríamos que pasar del tema», comentó Thane.

«¿Lo dices en serio?», prosiguió Sam. «Eso es que no conoces a Henry Cobb. ¿Te creías que no iba a retirar tu libro y contar lo que ha pasado? No conoces a Henry. Confió en ti. El engaño, esta indecencia tan calculada, su reputación como editor, como hombre íntegro que es. Lo has traicionado. Esta mañana ha llamado al departamento de prensa para negar públicamente tener conocimiento de la fuente original. Ha pedido disculpas y ha parado la publicación».

«Es increíble», dijo Connie. «¿Cobb se ha vuelto loco o qué?».

«En lo que respecta a su honradez e integridad, no lo llamaría loco».

«El problema de Henry es que es muy intenso», añadió Thane.

Connie se había quedado blanca de la impresión, empezó a ponerse roja de enfado y miró a Baum.

«¿Por qué lo has hecho?».

«¿Cómo?», expresó, incapaz de cerrar la caja de Pandora que había abierto al intentar realizar una buena acción.

«Serás idiota», siguió ella. «Y el tema es que no eres idiota. Eres malo».

«¿Qué tenía que hacer? ¿El crío copia el libro y te enfadas conmigo?».

«Todo iba bien. Nadie se había enterado. Vale, está mal hecho, pero el libro está descatalogado, la editorial ha desaparecido y el autor está muerto y sin herederos. ¿De verdad tenías que abrir la boca? ¿No había otro modo de gestionarlo? Nadie habría dicho nada si tú no lo hubieras convertido en un problema».

«¿En un problema?», dijo Baum. «Es su editor el que lo ha convertido en un tema serio. Yo solo se lo conté a Sam porque, como iba a casarse con Thane, pensé que debía saberlo».

«¿Y qué más te da a ti si se casan o no?», preguntó Connie.

«Pensé que tenía que saber dónde se metía».

«¿Qué eres, su protector?».

«Pensé en la cuestión moral… ¿qué habría hecho Kant?».

«No te escudes ahora en Kant, cerdo asqueroso. Eres un chivato. Ahora se han enterado todos, o se enterarán mañana. Los medios, el escándalo, el bochorno». Empezaban a formarse lágrimas en los ojos de Connie, lágrimas de rabia y humillación, lágrimas que alcanzaban los cien grados centígrados.

«Le has arruinado la vida», dijo Connie, con los dientes apretados. En ese momento, Baum lamentaba profundamente haberse cruzado con el escarabajo, lamentaba haberse enterado del asunto, haber leído el libro y avisado a la chica, lamentaba haberse levantado esa mañana, estar vivo en este mundo, no ser más que un conjunto absurdo de células que matan el tiempo entre un abismo y el siguiente.

«Esto saldrá en todos los medios», siguió Connie, «y no había ninguna necesidad. Todo este asunto podría haber pasado inadvertido. Se podría haber resuelto en privado. Podrías haber hablado con él cara a cara, haberle explicado que todo esto era inaceptable y que no volviera a hacerlo jamás. Eres su padrastro, no su rival para conquistar a esa chica. A ti te hacía gracia Sam».

«¿De qué hablas? Se te va la cabeza, Connie», dijo Baum, que gesticulaba con una mano, porque la otra la tenía con el carrito del helado. «Solo se lo conté a Sam. Ella se lo contó a Cobb. Cobb se ha puesto como loco».

«Ahora lo tacharán de plagiador. Saldrá en todos los periódicos, no solo en los más sensacionalistas».

«Sam», dijo Thane, que había captado con claridad el mensaje de que no habría boda, ni para Acción de Gracias ni en ningún momento futuro hasta el fin de los tiempos.

«¿Adónde vas?», preguntó Connie a Sam, al ver que se apresuraba al interior de la casa.

«A recoger mis cosas para volver a Nueva York».

El conductor del coche de alquiler se aproximó a las dos. Era el señor Perry Brodnax, un tanto rellenito y con una cara tierna.

«¿Podría, por favor, ir al baño?», preguntó.

Sam se había dirigido con paso firme hacia la casa para recoger sus pertenencias y desaparecer de la vida de Thane. Thane seguía con la defensa de sus argumentos.

«Se ha llegado a una conclusión tremendamente precipitada». Pero quién sería capaz de explicar un asunto tan sórdido.

Connie miró fijamente a Baum. «¿Ves lo que has hecho? Maldito bichejo, parásito asqueroso. Su carrera, su matrimonio».

«¿Podría, por favor, ir al baño?», reiteró el conductor.

«Cállese», le gritó Connie, y entró a toda prisa en la casa entre lágrimas.

«¿Qué es eso tan horrible que ha hecho?», preguntó el chófer a Baum.

«Tiene un baño justo ahí, junto a la caseta de la piscina», indicó.

«¿Qué es lo que he hecho?», se preguntó Baum.

«Eres un chivato», se contestó a sí mismo. «A esos siempre les echan la culpa».

«¿Y mejor haber cerrado la boca? Entonces ella se casa con un farsante y vive un infierno. Si la engaña con el libro, también le sería infiel».

«No conozco los detalles», comentó el conductor, «pero en las películas de cárceles, el soplón suele salir mal parado».

«¿Y a usted quién le ha preguntado nada?», dijo Baum.

«¿No estaba hablando conmigo?», dijo el conductor. «Aquí no hay nadie más».

«Quería usted ir al baño», añadió Baum, y señaló de nuevo el lugar.

«Disculpe», dijo el chófer, confundido, y se fue con rapidez hacia donde indicaba Baum.

«Ayúdame», dijo Baum. «Siento que me vengo abajo».

«No hay justicia. Tal vez en un universo paralelo, pero con la suerte que tienes, ni siquiera ahí tampoco».

Y entonces, como si fuera la escena de una película, Connie salió hecha una furia con una pistola. Dios mío, ¿de dónde ha sacado Connie una pistola? El primer pensamiento que pasó

por la cabeza de Baum era que iba a quitarse la vida, pero el segundo, mucho más atinado, desvelaba que su intención era disparar contra él. Connie apuntó con cuidado y apretó el gatillo. Falló por completo. Baum recordó cuando ella había hablado de comprar un arma. Tanto decir lo seguro que era el campo y quería comprar una pistola. Solo de pensarlo le daba miedo, y la obligó a prometer que renunciaría a esa idea. En vista de su enorme preocupación, le aseguró que no compraría ninguna. Le había mentido, y no solo tenía un arma, además le apuntaba y disparaba sin contemplaciones.

Baum se escabulló hacia el bosque para esconderse entre los árboles. Connie fue detrás de él, disparó varias veces, falló, pero cada vez erraba por menos el tiro. Baum saltaba entre la maleza, los árboles y los arbustos, y pensaba que preferiría correr por la calle Cincuenta y siete o por la Tercera Avenida, su verdadero territorio. En cualquier caso, allí estaba, entre jadeos y resoplidos por la tierra y la hierba, pisando ramitas secas, ante una situación que se agravaba al ver que ella se paraba a recargar.

«Mira, imbécil», se dijo a sí mismo sin resuello, «a esto es a lo que hemos llegado. Corriendo entre matorrales para salvar la vida, con una mujer que te apunta por la espalda con una pistola».

«¿Qué es lo que he hecho? Está loca».

«Está loca y tú también. La diferencia es que ella va armada».

Una bala le rozó el cuello y le cayó una gota de sangre en la camiseta de Banana Republic. «Dios mío, mi mujer va a matarme», resolló. No quería morir. Cazado como un pobre animal en el bosque. Tampoco quería morir atravesado por una espada de samurái en el ferri de Staten Island. Lo cierto es que, pese a todos los lamentos sobre el horrible cosmos y el sinsentido de la vida, quería vivir. «Y ni yo mismo lo entiendo», dijo.

Ya sin aliento, llegó a un claro. Era la autopista. Siguió corriendo hasta situarse en mitad de la vía. Los coches pasaban a toda velocidad a su lado. Connie llegó al extremo del bosque y abandonó la persecución, había gastado todas las balas. Los

coches se detuvieron al verlo, desesperado, agitar los brazos.

«Quiere matarme», dijo.

«Bueno», respondió para sí. «No te ha pasado nada».

«¿Quién es toda esta gente? ¿Por qué se está parando el tráfico?».

«Están aquí para ayudarte», dijo.

«No necesito ayuda. Dime qué es lo que he hecho yo».

Los conductores estaban atrapados en un embotellamiento, aterrorizados al ver a un lunático que corría sin control, y llegó un coche de policía.

«¿Qué sucede aquí?».

«¿Qué sucede?», preguntó Baum. «¿Se han parado todos por mí? ¿Todos estos coches?».

«Sí», se contestó. «Tranquilízate. Estás haciéndome pasar vergüenza».

El policía comentó: «Relájese. Con calma. Nos haremos cargo de usted».

«Hazle caso, Asher», volvió a decir para sí. «Estás desvariando».

«Quítemelo de encima», dijo Baum al policía. «Antes era fácil tratar con él. Se ha vuelto retorcido. Y eso no me gusta. No me cae bien la gente retorcida».

En una película, esto sería un plano de los policías que intentan pacientemente calmar a Baum. Fundido en negro y paso a otro plano donde, semanas más tarde, Baum conversa con su hermano, Josh, en un centro de rehabilitación muy acogedor. Es un entorno rural, pero no parece importarle. Hay otros pacientes con problemas peores que el suyo. De hecho, hoy recibe el alta después de mes y medio. Los dos hombres dialogan mientras Josh ayuda a Baum a hacer la maleta.

«Ya te he preparado la habitación», dice Josh. «Te quedarás conmigo hasta que te recuperes del todo, y no hay ninguna prisa».

«Me quedaré poco. Me encuentro mucho mejor».

«Se te ve mejor, Asher. Has recuperado el color. Ya no das voces ni murmuras cosas sin sentido».

«¿Y qué noticias hay del mundo exterior?».

«Bueno, ya sabes que Connie ha pedido el divorcio. Ella y

Thane están en Inglaterra con el padre biológico. Aparte de eso, no tengo grandes noticias. De verdad que no te has perdido nada. Necesitabas descansar. Da gracias de no haber vivido el delirio mediático. Tú, Connie con la pistola, Thane con toda esa mala prensa. Ah, y una periodista japonesa que te acusó de agredirla. ¿Qué era toda esa historia? Cielo santo, ni que la hubieras tenido encadenada en el sótano. Piénsalo y vente conmigo. ¿No te he dicho que me voy en barco por el Amazonas? Para salir un poco de la civilización».

«Pinta bien. Serpientes, cortadores de cabezas. Es lo que me va».

«Y no te olvides de las arenas movedizas».

«No, creo que me quedaré en Nueva York y afrontaré aquí lo que venga. Tengo planeado ponerme a trabajar en un nuevo libro».

«Buena idea. Siempre que trabajas estás mejor. Por cierto, pregunté a un amigo lo de desenterrar a papá y no es tan complicado como pensaba».

Los dos hombres terminaron de recoger, salieron del edificio y se dirigieron a través del jardín hacia el coche de Josh.

«¿Ya tienes la idea para el nuevo libro?», preguntó a Baum.

«Sí».

«¿Quieres contármela?».

«¿De verdad quieres oírla?».

«Sí».

«Se sitúa veinte mil millones de años en el futuro. La existencia ha llegado a su fin. No hay nada. No hay universo. No hay luz, no hay estrellas, no hay espacio, no hay tiempo. Nada de nada».

«¿Y entonces qué pasa?».

«Esa parte no la he pensado aún».

Baum se subió al asiento delantero junto a su hermano y partieron los dos.

---

1. Referencia a los versos de W. H. Auden «Thoughts of his own death, / like the distant roll / of thunder at a picnic» [‘Pensamientos sobre su propia muerte, / como el lejano retumbar / de un trueno en un pícnic’], incluidos en *City without Walls and Other Poems* (1969).

2. Anna Mary Robertson Moses (1860-1961), pintora conocida como Abuela Moses (Grandma Moses). Comenzó a pintar a los 70 años y su obra, que supera los 1.500 cuadros, se caracteriza por la recreación de apacibles escenas rurales de Nueva Inglaterra.

3. Referencia a *Murder, She Wrote (Se ha escrito un crimen,* en España), serie televisiva protagonizada por Angela Lansbury en el papel de Jessica Fletcher, profesora jubilada y escritora que se encargaba de resolver, a la manera de Miss Marple, un crimen en cada episodio.

4. Referencia a la novela de ciencia ficción de John Wyndham *The Midwich Cuckoos,* publicada en 1957 y adaptada al cine con el título *Village of the Damned (El pueblo de los malditos).* La historia transcurre en un municipio donde toda la población pierde durante unas horas el conocimiento. Al despertar, las mujeres descubren que han quedado repentinamente embarazadas. Todos los niños nacidos de esos partos son seres crueles con capacidades de control mental.

5. En abril de 2023, el alcalde de Nueva York, Eric Adams, nombró a Kathleen Corredi primera directora del programa de reducción de roedores, cargo también denominado Rat Czar ('zar de las ratas'). Su objetivo consiste en combatir la proliferación de ratas, un problema endémico de la ciudad.

6. Alto funcionario y diplomático del gobierno estadounidense (participó en la creación de la ONU y en la Conferencia de Yalta) que en 1948 fue acusado de ejercer de espía para la Unión Soviética.

7. Ilustradora de la revista *The New Yorker* entre los años veinte y cuarenta, célebre por retratar la vida ociosa de las mujeres de la alta sociedad estadounidense.

8. En 1895, Mark Twain publicó «Fenimore Cooper's Literary Offences», un texto que arremetía, con humor y sin contemplaciones, contra el estilo del autor de *El último mohicano.*

9. Philco era una marca estadounidense pionera en la construcción de aparatos de radio; *Make Believe Ballroom* fue un programa radiofónico muy popular en los años treinta y cuarenta.

10. Vehículos de diversas clases (furgonetas, autocaravanas o camionetas) empleados en Nueva York para divulgar por las calles el judaísmo mediante el reparto de folletos y comida, entre otras actividades.

11. Referencia a «The Man with the Hoe» («El hombre de la azada»), poema de Edwin Markham publicado en 1899, que incluye el verso sobre el buey aquí citado.

12. Escritor y periodista célebre por retratar la sociedad neoyorquina de los años veinte y treinta a través de un variado elenco de personajes, especialmente del mundo de los bajos fondos.

13. Verso del tema «Bewitched, Bothered and Bewildered», escrito en

1940 por Rodgers y Hart para el musical *Pal Joey*.

14. Ludwig Bemelmans, escritor y dibujante estadounidense conocido por *Madeline,* serie de libros infantiles publicados entre 1939 y 1961. En 1947, Bemelmans adornó con murales de leve toque humorístico diversas paredes del bar del hotel Carlyle. El local, llamado hoy Bemelmans Bar, sigue siendo una de las coctelerías de referencia en Nueva York.

15. Alusión al verso «And ordered orange juice for one» del tema de Rodgers y Hart «It Never Entered My Mind», que forma parte del musical de 1940 *Higher and Higher*.

16. Posible alusión al descubrimiento en 2020 de un pequeño asteroide, de entre dos y tres metros de diámetro, que había realizado diversas aproximaciones a la Tierra desde hacía tres años. Fue bautizado con el nombre 2020 CD_3.

Título original: *What's with Baum?*

Edición en formato digital: agosto de 2025

© Woody Allen, 2025
International Rights Management: Susanna Lea Associates
© de la traducción: Manuel de la Fuente Soler, 2025
© Alianza Editorial S. A. Madrid, 2025
Calle Valentín Beato, 21
28037, Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN ebook: 979-13-7009-052-4

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Índice

¿Qué pasa con Baum?
Créditos

Contenido

1. Cubierta
2. ¿Qué pasa con Baum?
3. Créditos

Hitos

1. Cubierta
2. Créditos
3. Portada